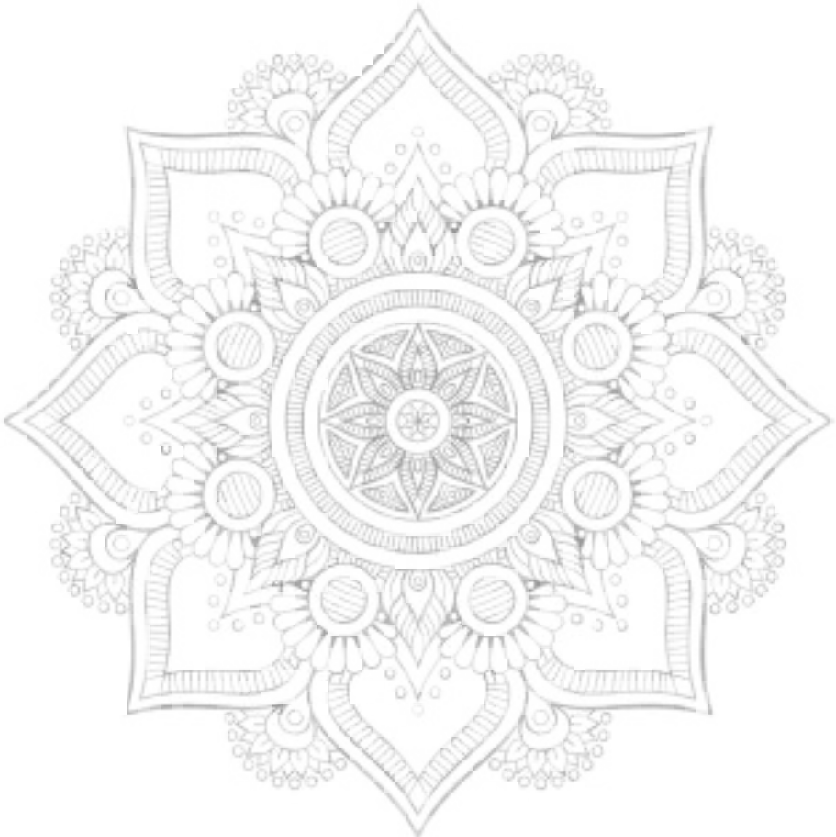


Relatos de pacientes usuarios de Cannabis Medicinal



RELATOS DE PACIENTES USUARIOS DE CANNABIS MEDICINAL



Índice

Historias de esperanza y tesón	7
Cannabis para un carabinero desahuciado	11
Le devolvió la independencia a mi mamá.....	17
Hoy mi hijo no sufre de dolores	21
Aunque me vuelvan a acusar otra vez	25
El primer bebé autorizado para utilizar aceite de Cannabis en un hospital	29
Conmigo se equivocaron: lo mío era uso medicinal	33
Cuando vuelves a reír, te ríes desde el alma	37
El Cannabis me trajo a la vida.....	41
Pasé de la silla de ruedas a tener una vida completamente normal	45
Le cambió la vida a mi hija	49
Me olvidé de mis convulsiones	53
El Cannabis permite que mi hijo esté vivo y bien.....	57
Mi hijo volvió a reír.....	61
Pude mejorar mi calidad de vida y seguir trabajando	65
Niño chillanejo mejora su calidad de vida	69
Mi hija bajó de diez a cero crisis diarias	73
La sonrisa de Florencia volvió	77
Volvimos a soñar	81
Mi pequeño milagro	85
Les pedimos que se pongan en nuestros zapatos	87
Ahora me puede decir 'mamá' con su voz adolescente	89
El Cannabis significó un despertar en nuestro hijo	93
Yo no pensaba que volvería a creer así en la vida.....	97
Llegó la paz y la calidad de vida	101
Nunca había estado tanto tiempo sana.....	103
Hasta tres meses sin crisis	107
¿Sabes?: soy una niña feliz	111
Sus ojos ya no sólo buscaban los míos, sino los de muchos más.....	115
Mi hija había vuelto a nacer	119
Tiene días, y momentos de tranquilidad, que antes no tenía	123
Está más conectado con su medio.....	127
Hacer tu propio remedio en casa no puede ser más noble	131
Se ve un niño feliz	137
Se notan sus ojitos que brillan	139
Ha descubierto muchas cosas, como mirar las estrellas	143
Estoy feliz por fin, después de doce años de lucha.....	147
Cannabis medicinal es nuestro derecho a vivir	151
Sólo trajo beneficios positivos a mi vida.....	155

Por ignorancia desconocía las propiedades medicinales de la planta	159
No se podía vivir así, pero ahora soy feliz	163
Su próximo paso era la silla de ruedas; ahora Benjamín camina.....	167
Ha mejorado la calidad de vida de la familia	171
Ojalá que muchas madres pierdan el miedo y se atrevan.....	175
La verdadera medicina está en la naturaleza.....	179
Reviví a la alegría de estar despierta cada día	183
El tratamiento con Cannabis fue el complemento para las quimioterapias.....	187
Para mí el cannabis no es medicina alternativa, es mi opción de vida.....	191
Toca convencer a la comunidad médica de que existen otros tratamientos.....	195
Nada se compara a ver la mirada de mi hijo y su sonrisa.....	199
Nunca nos imaginamos que íbamos a encontrar a paz en una planta.....	203

Historias de esperanza y tesón

En este libro hemos recogido algunos de los muchos testimonios de nuestros pacientes a lo largo de los años de vida de Fundación Daya. Algunos son relatos en primera persona; otros entrevistas que en su momento compartimos a través de nuestras redes sociales. Todas y cada una de estas historias tan humanas, sensibles y esperanzadoras, nos recuerdan la naturaleza impermanente de nuestra existencia, por una parte, y la posibilidad de relacionarnos de manera abierta y cálida con los aprendizajes que, muchas veces, los procesos de enfermedad despiertan.

Descubrimos en estas historias de coraje y determinación cómo el uso de esta antigua planta medicinal, injustamente estigmatizada y perseguida durante el último siglo, ha permitido brindar alivio, tranquilidad y alegría a tantas familias de nuestro país. En este camino de amor y solidaridad, el ejercicio del derecho a cultivar las propias plantas de cannabis en búsqueda de salud y bienestar, ha sido la herramienta principal, contra viento y marea.

No ha sido fácil; tomar esta senda ha significado, para quienes la han emprendido, desafiar creencias, tanto personales como colectivas; ha implicado asumir el peligro de ser injustamente criminalizados, arriesgando incluso condenas. Es en este escenario adverso en el que se despiertan las conciencias y se unen las voluntades, desafiando viejos paradigmas, cuestionando leyes injustas, articulando el trabajo colectivo y solidario. En este proceso de empoderamiento y aprendizaje, lo más duro ocurre cuando las plantas, a partir de las cuales los usuarios preparan sus diferentes productos terapéuticos, son decomisadas y destruidas, siendo privados de sus tratamientos. Esto debe cambiar, ya que implica una grave vulneración del derecho a la salud y la vida, además de un atropello al espacio de libertad y soberanía personal.

Es por esto que urge la pronta puesta en tabla en el Senado de la Ley Cultivo Seguro, aprobada ya por amplia mayoría en la Cámara de Diputados. Es claro que el cultivo

personal es lícito bajo el actual marco jurídico, pero de existir una investigación del ministerio público, generalmente motivada por una denuncia anónima, ocurre que el usuario es culpable hasta que demuestre lo contrario, aun siendo esto totalmente inconstitucional. Esta ley permitirá que la prescripción médica sea considerada autorización suficiente, impidiendo así la incautación de las plantas. Solo entonces los miles de usuarios de cannabis medicinal en nuestro país podrán ejercer su derecho al autocultivo con la seguridad y dignidad que se merecen.

Más de veinte mil pacientes han sido acompañados por la Red de Salud Daya en el bello camino del cannabis medicinal, generando vínculos amorosos y colaborativos, compartiendo saberes y experiencias, sufrimientos y también alegrías. Cada uno de ellos es una historia de esperanza y tesón; esperamos se vean representados en esta pequeña recopilación.

En este libro, ellos tienen la palabra; los invitamos a conocer sus relatos de amor y dolor.

Ana María Gazmuri V.
Directora Ejecutiva Fundación Daya
Octubre 2018, Santiago de Chile

Nuestros agradecimientos a:
Soledad Gazmuri
Natalia Dueñas
Ana María Gazmuri
Pablo Padilla
Antonio Reiter



Cannabis para un carabinero desahuciado



En su casa en Villarrica, acompañado por sus seres queridos, murió Arnoldo del Carmen Moya Pérez, un ex funcionario de Carabineros víctima de un **cáncer pulmonar**. Su familia hizo todo lo que estuvo a su alcance para aplacar sus dolores hasta que decidió probar con Cannabis, conseguida en el mercado informal. Este es el esperanzador testimonio de su hijo, Patricio, entregado a la Fundación Daya, que vio cómo su padre se deterioraba, encontrando en las infusiones de Cannabis el derecho inalienable a una muerte digna.

En mayo del año pasado mi padre, Arnoldo Moya Pérez, dejó de sufrir, llorar, alucinar y comenzó a volar. El final de su vida empezó en agosto de 2014 cuando, producto del tabaco, le diagnosticaron un cáncer al pulmón en etapa terminal. En ese momento comenzó el final, acompañado de nueve meses de desesperación, probando cuanto remedio casero o cuanto fruto nos decían podía servir, pues la junta médica decidió no darle tratamiento por lo avanzada que estaba la enfermedad, dejando que los cuidados familiares hicieran el trabajo que, según ellos, durarían tres meses. Creo que tenían razón: con la ayuda de todos los que empujaron el carro, en una cuesta empinada, logramos darle tiempo a él para que concluyera su vida, cerrando todos sus temas, dando una mejor calidad en sus últimos días que, como ustedes saben, son muy tristes y dolorosos.

Mi viejo fue carabinero durante 26 años. Trabajó en tiempos difíciles en Lota, Arauco y Talcahuano. Muchas veces dejó la casa para cuidar y servir a la población, cumpliendo con su trabajo, siendo un digno servidor público, según nos contó él

en esos terribles nueve meses, donde la enfermedad y el tabaco cobraron lo suyo. “Nunca se avergüencen de mí, trabajé en una época difícil, nunca hice daño a alguien por su forma de pensar y recuérdeme como un buen carabinero”, manifestó en sus últimos días. No se imaginan lo difícil que es preguntarle a tu padre y amigo, si tenía que cerrar algo de aquella época.

Todos pensábamos que el Hospital de Carabineros y planes como el Auge nos darían el apoyo que necesitábamos, y que pese al negro futuro que nos venía envolviendo, sin conocer por todo lo que debíamos pasar, podríamos sobrellevar la desesperación del dolor físico y el control psicológico que debíamos atender hasta el momento que mi viejo cumpliera el final de su destino.

Lamentablemente -y no lo sabíamos-, Carabineros no tiene derecho al Plan Auge, que para todos es un derecho, pero para ellos no. No sabemos por qué esta diferencia entre chilenos, ya que no se trata de un bien material como una casa o auto, sino de entregar a las personas una forma digna de morir, ojalá sin dolor, y que esto no se transforme en una catástrofe familiar por los costos o acceso que no todos tienen.

En ese escenario, producto de comentarios y noticias de televisión, supimos que el uso de cannabis podía suplir de cierta forma, aquello que por derecho tienen algunos, pero que se le negaba a mi viejo por haber servido en Carabineros. Preguntar a tu padre, abrazado por el dolor que parches ni tabletas aplacaban, si quería probar algo que por muchos años él mismo no aceptaba y que socialmente no era permitido, fue difícil, pero él lo tomó como si supiera de antemano los efectos que tendría en él, no sólo aceptando sino pidiendo probar. Pobre viejo, el dolor no lo dejaba dormir, comer, ni respirar bien.

Creo que ustedes se imaginan. Sentir que uno es traficante y a hurtadillas nocturnas intentar conseguir flores en el mercado negro, con todo el riesgo que ello tiene. Mi mente fluía y era desesperante pensar que para disminuir el dolor de mi viejo, me tomaran preso la misma institución que le negaba la salud a él. La rabia podía más y pensar que él podría dormir siquiera algunas noches tranquilo, hacía que todo encontrara un sentido y una misión. No me iría a Villarrica si no conseguía lo que buscaba. Más tarde, mi hermana Marcela, no sé cómo lo hizo, un día llega de visita a la casa con cuatro latas de vino de exportación, llenas de yerba y flores de la misma planta. Ella viajaba con sus dos hijos en bus, llena de marihuana para su viejo, como si llevara conservas de frutas, con una tranquilidad envidiable. Para colmo, en el terminal de buses de la ciudad habían incautado un cargamento de

lo mismo una semana antes. Como esto daba resultado y mi viejo se sentía bien, muchos amigos nos contactaron con un mundo y una cadena que, aunque oculta, nos ayudó mucho. ¡La provisión ya estaba asegurada!

En este camino, entendiendo nuestra desesperación, recibimos orientación y apoyo de Fundación Daya, y pudimos beneficiarnos de esta bendita planta y no sentirnos como delincuentes, cuando lo único que queríamos era darle una vida digna a mi padre y que tuviera el tiempo suficiente para que pudiera, si era su intención, cerrar su vida y dejar desde su punto de vista a mi madre protegida.

El cambio fue sorpresivo, mi viejo comenzó a comer, dormir mejor, el dolor desaparecía, incluso un día tomó su máquina de cortar pasto, se puso su overol y cuando volví a casa, lo vi cortando el pasto en nuestra parcela en Villarrica. Mi hermano y mi madre lo acompañaban recogiendo lo que él iba dejando con su trabajo; más preocupados que le fuera a pasar algo, que por el mismo trabajo que él desempeñaba. Que rico es sonreír y que el alma se llene de gozo, hablar con la persona que más quieres y decirle: "estaba bueno que ya trabajara, porque se ve mal que esté flojeando todo el día". Y él, con una sonrisa, respondiendo sin emitir una palabra, sólo moviendo sus cejas. Esa era la calidad de vida que valió todo el miedo y esfuerzo en conseguir Cannabis. Daba lo mismo sentirme como un delincuente.

Pasaron tres meses y aún no comprendía cómo soportaba la vida que llevaba. Cada tres días tenía que ir al hospital a drenar sus pulmones porque no podía respirar y cuando le preguntaba cómo estaba, me respondía que "un poco ahogado pero sin dolor". No sé si esta yerba le ayudaba o era él mismo quien se daba valor; pero ya no lo veía llorar y podía descansar en casa y dormir tranquilo, después de completado el procedimiento.

El último mes, a raíz de una crisis respiratoria, que lo mantuvo en un sueño profundo por casi dos semanas, tuvimos que recurrir a la morfina, droga que no nos querían suministrar en el sistema público porque mi viejo tenía previsión con DIPRECA y no les corresponde a ellos otorgarle la droga. Según los directivos del Hospital de Villarrica debíamos recurrir a la clínica que Carabineros tiene por convenio en Temuco. ¿Cómo llevo a mi padre a Temuco, si no lo puedo mover de su pieza al baño? ¿Cómo explico que tenía que usar pañales? ¿Cómo lo hacemos para conseguir morfina, si no la venden en farmacias y no se la quieren dar porque Carabineros tiene convenio con clínicas y también tiene sus propios hospitales? ¿De qué me servían los hospitales si éstos quedan en Santiago y tenía a mi viejo en una zona rural de Villarrica? En el hospital me decían: "Lleve a su padre a la Clínica Mayor de Temuco,

intérnelo un día para que le suministren la morfina y después lo trae de vuelta a su casa al otro día". Si eso me dijeran a mí, puede que le encuentre sentido y, por último, me sirve para descansar, pero a mi padre no le quedaba tiempo. Querían que gastara los últimos días en buscar la ayuda que para todos es un derecho."

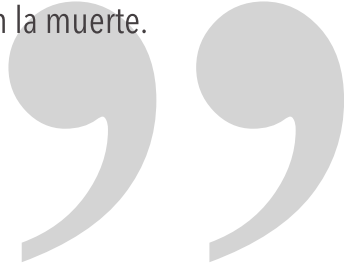
Siempre existe gente que pone el sentido común ante cualquier error del sistema y los funcionarios del Hospital de Villarrica, convencieron al director del hospital -él los autorizo-, previo pago al contado de la droga y la visita de ellos al campo, para instalarle un infusor en su piel.

"La cannabis o marihuana es una droga y te hace alucinar y perder los sentidos", es una frase que se dice. Si hubiera sabido que los últimos meses de mi padre servirían para algo, créanme que con todo el dolor que tenía al ver la vida en él apagarse, lo hubiera filmado. Con la morfina mi viejo empezó a alucinar, ver sombras, algo lo atormentaba y se sentía fuera de sí y con mucho temor. El dolor también con esta droga desapareció, pero apareció la decadencia de su estado y una angustia donde pedía ir a su casa, cuando él ya estaba en ella, veía a su madre y revivía su muerte como si hubiera ocurrido en ese instante, cuando ella ya había muerto cuando él tenía 10 años. ¿Para esto rogamos por una droga? Por lo menos no tenía dolor.

Recorrería mil plazas de noche, me expondría a traer de contrabando mil veces más si lo necesitara y no me preguntaría si es un delito o no. Mi viejo, tomando leche con marihuana, pudo cerrar su vida y pedir perdón, juntarse con familiares que estaban distanciados por las variadas cosas insignificantes con que vivimos y que con el tiempo le damos un gran valor: ver a sus hermanos y abrazarlos, compartir y comer con sus nietos, incluso tuve tiempo de decirle cuánto lo quería y él, con una sonrisa y con lágrimas de cariño y amor, también decírmelo.

Si me volviera a pasar, no dudaría en usar nuevamente esta planta. Qué importante es para mí decir que agoté todos los medios para que mi viejo tuviera el tiempo para cerrar su paso por lo que conocemos hasta ahora como vida. La importancia de dar calidad a ese tiempo. Que él haya recorrido todos los lugares donde vivió, saludar a vecinos que producto del trabajo y sus traslados habían dejado de ver hace años. Algunas personas cuando se enfrentan a la muerte hacen deportes aventura, se arriesgan y viven la adrenalina como nunca lo hicieron. Mi viejo, en cambio, quería saludar a vecinos y amigos que no veía hace mucho, compartir, pedir disculpas y abrazar a la familia alejada por las diferencias de la vida.

Quiero dar gracias a todos los amigos por los datos y por hacer pública esta lucha para dignificar la muerte de muchos. Espero que la razón y el sentido común alumbren a aquellos que deben hacer el camino de conseguir cannabis más fácil para aquellos que la necesitamos. Solo puedo decir que, mientras todo esto se discute, ya sabemos que esta planta sirve, dónde conseguirla y nada cambiará nuestra decisión de usarla, cuando el destino de cada uno de nosotros se tope con la muerte.





Le devolvió la independencia a mi mamá



Francisco Lara es trabajador minero y oriundo de la III región de Atacama, Copiapó. Su madre Wilda Veliz, de 83 años, fue diagnosticada con **Parkinson**, una enfermedad crónica, progresiva y degenerativa que causa la pérdida paulatina de la capacidad física y mental. Postrada durante más de cuatro años, en la actualidad Wilda puede caminar apoyada de un burrito gracias al aceite de Cannabis que consume hace más de un año.

Su hijo vio un reportaje por televisión en el cual se mostraban los efectos positivos del Cannabis en algunas enfermedades crónicas: "Tras ver este reportaje decidimos como familia investigar sobre las propiedades de la planta y logramos elaborar aceite de Cannabis con muy buenos resultados", expresa Francisco.

En un comienzo la madre de Francisco se rehusó a usar Cannabis como tratamiento, por los estigmas que rodean a la planta. Su hijo relata que la primera reacción de su mamá fue de negación. "Le dije que lo intentara y que sólo faltaba ella, pues hay mucha gente que se beneficia del Cannabis con magníficos resultados". Finalmente Wilda se convirtió en usuaria de Cannabis medicinal en 2016, con grandes resultados.

Durante los años que Wilda estuvo postrada, consumió medicamentos bastante costosos, que nunca le entregaron efectos tan positivos como el aceite de Cannabis. A las semanas de consumir sus primeras dosis del nuevo tratamiento, su vida dio un giro radical: "Hubo una gran mejoría en su estado anímico y esto la llevó a querer levantarse de su cama. Entonces empezó a tener movilidad en sus piernas y brazos, sin ninguna otra ayuda médica de por medio. El Cannabis le devolvió la independencia a mi mamá y nos alivió el trabajo que requieren sus cuidados Se

está atreviendo a hacer cosas del hogar y con mucho ánimo, algo impensado hace un tiempo atrás”, relata su hijo.

Para elaborar el aceite de Cannabis Francisco se apoyó en la información entregada por Fundación Daya y sus lecturas por internet de un medio español. La primera planta que cultivó era del tipo sativa, cuya cosecha fue la primera materia primera para elaborar el tratamiento: “Las sativas han ayudado a mejorar el estado anímico de mi madre y la que mejor resultados nos ha dado es la White Widow”.

Francisco decidió viajar a Santiago y asistir a Fundación Daya para recibir acompañamiento terapéutico para el caso de su madre. Se hizo socio y actualmente posee toda la documentación que respalda su condición de usuario medicinal: “Yo sufrí de una hernia cervical y me recetaron Tramadol junto con relajantes musculares, porque cada cierto tiempo me daban crisis con mucho dolor. Estos medicamentos me dejaban más drogado que bien, así que también comencé a utilizar aceite de Cannabis con resultados sorprendentes”.

Debido a los efectos que en la práctica demostraba el Cannabis, Francisco decidió apoyar a sus amigos en situaciones parecidas, sumándose a la red de ayuda de la III región de Atacama.

“Somos varias familias que nos reunimos y nos ayudamos; algunas tienen a sus hijos con epilepsia refractaria o síndrome de West. Hemos tenido sólo resultados favorables. Niños que estaban en pésimas condiciones de vida y ahora tienen calidad de vida. Tenemos niños que asisten a la Teletón. Los mismos terapeutas de la organización no esperaban ver los resultados que tienen ahora. Hay médicos interesados en sumarse a esta iniciativa, porque han visto el resultado que otorga el Cannabis”.

Entre los pacientes apoyados por la red solidaria existe el caso de dos pequeños con autismo y elevado nivel de agresividad, los cuales consumen derivados terapéuticos del Cannabis con resultados maravillosos. Francisco se emociona al contar esta experiencia, ya que gracias a su trabajo ha logrado ayudar a aliviar el sufrimiento de varias familias: “Es increíble el efecto que produce el Cannabis. En algún momento lo probé de manera recreacional y en verdad no tiene nada que ver con lo medicinal. Son cosas muy distintas”.

Las diversas enfermedades presentes en la familia de Francisco están siendo tratadas con Cannabis. Si bien en su familia existió un rechazo inicial hacia la planta, hoy se habla con seriedad, amor y sin tabúes sobre el tema.

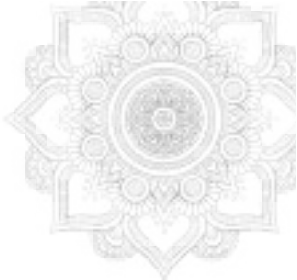
El mensaje de Francisco para aquellos que aún no se atreven a probar esta medicina natural es que la usen sin ningún miedo: “Yo les digo que se instruyan,

que asistan a Fundación Daya y se apoyen de la orientación que entregan los terapeutas y médicos, pero sin miedo, porque existe la legalidad para hacer tus propios cultivos medicinales”.

Lentamente, en cada país, en cada ciudad, surgen redes de apoyo para pacientes que necesitan acceder a ésta alternativa terapéutica, convirtiendo lo que parecía un sueño lejano, en una esperanzadora realidad.



Hoy mi hijo no sufre de dolores



Una vez iniciado el tratamiento los cambios en Bastián fueron notorios desde los primeros días, relata su madre. El tratamiento post operatorio incluía quimioterapias, las cuales provocaban fuertes dolores los que fueron paliados con aceite de Cannabis. "Hoy mi hijo no sufre de dolores y todo gracias al Cannabis, porque antes de su consumo los dolores tanto estomacales como musculares, eran terribles y no cesaban".

Uno de los episodios que más marcó a Noelia fue cuando no se le pudo administrar Cannabis por dos días, pues debía internarse una noche para recibir el tratamiento de la quimioterapia. "Bastián sufrió de tanto dolor estos días, que hoy prefiere no acordarse de ese episodio", relata su madre. Posteriormente, en otra sesión de quimioterapia, Noelia le administró una dosis más alta para no repetir la experiencia anterior. El resultado: Bastián durmió excelente esa noche, sin dolores y de corrido.

"La Cannabis es maravillosa, es casi un milagro para mi hijo. Cuando comenzaron las radioterapias y las quimioterapias, todo cambió. No podía caminar bien, su fuerza corporal bajó drásticamente. Pero gracias al Cannabis mi hijo ha tenido una mejor calidad de vida, porque no tiene dolor y eso es un gran alivio", relata la madre.

Además de ayudar en un 100% a combatir los dolores producto de las quimioterapias, su madre piensa que la planta también ha ayudado a recuperar el cabello de Bastián, ya que tras la operación quedó completamente calvo. "Le tengo tanta fe a la Cannabis y considero que su crecimiento capilar en los últimos meses se debió al consumo del aceite. Su ánimo mejoró. Está más optimista y contento, porque ha evolucionado bien, dentro de lo difícil y duro que ha sido el camino, pues no hay palabras que describan todo este proceso", señala Noelia.

En la actualidad Bastián y su familia se encuentran estables. De las ocho quimioterapias ya van cuatro, proceso que ha podido vivir sin grandes problemas gracias al aceite de Cannabis que ayuda a disminuir sus dolores: "Estamos de pie y queremos seguir adelante con optimismo y fe. Como mamá recomiendo el Cannabis a ojos cerrados. Todo ha sido beneficioso para Bastián. No tengo ningún reparo con el Cannabis medicinal".

Para Noelia la ciudadanía no debería dudar en probar esta medicina: "Ha sido una bendición grande. Gracias a Fundación Daya tuve la posibilidad de comenzar este camino, porque sola no podría haber llegado a esto, pues una se bloquea, se ciega cuando tienes tantas preocupaciones" concluye.





Aunque me vuelvan a acusar otra vez



Intentaron quitarle la custodia de su hijo por tratar su epilepsia refractaria con Cannabis medicinal. “Aunque me vuelvan a acusar, seguiré administrándole aceite de Cannabis a mi hijo, porque es la única solución que ha encontrado para su **epilepsia**”, señala enfática Yercika Fernández, la madre del menor afectada por la situación.

La primera vez que Gabriel probó el aceite de Cannabis medicinal para tratar su epilepsia refractaria, no fue una decisión fácil para su madre. En esa época ella mantenía una visión negativa de la planta da Cannabis, producto de los falsos prejuicios que el prohibicionismo ha difundido mediáticamente, a pesar de toda la evidencia científica que respalda su efectividad en el tratamiento de diversas enfermedades y dolencias, incluida la epilepsia refractaria que afecta al hijo de Yercika.

Hace un año, ella consideraba a la Cannabis como una droga que se fumaba. “No quería ver a mi hijo volado”, relata. Pero tras su visita a Fundación Daya y presenciar los beneficios que el tratamiento con Cannabis medicinal produjo en la calidad de vida de su hijo, Yercika cambió su visión. “Derribé un montón de mitos sobre el tema gracias a Fundación Daya”, dice.

“Ningún remedio le hacía bien, probamos con muchos fármacos. El ácido Valpróico por ejemplo, nunca le hizo efecto. Llegó a tener varias urticarias producto de los medicamentos. Ni siquiera podía asistir al colegio”.

La epilepsia refractaria que afecta a Gabriel, su hijo de diez años, es un tipo de epilepsia que no responde al uso de los medicamentos tradicionales. Es por ello que Gabriel y su familia, tuvieron que lidiar durante años con que el niño viviera unas 70 convulsiones diarias. “Ningún remedio le hacía bien, pese a que probamos con

muchos fármacos. El ácido Valpróico por ejemplo, nunca le hizo efecto. Llegó a tener varias urticarias producto de los medicamentos. Ni siquiera podía asistir al colegio”.

Debido a esta situación, Yercika, quien vive en Villa Alemana, acudió a Fundación Daya Quilpué tras contactar con una amiga que le recomendó acercarse a la organización, pues ella le administraba aceite de cannabis a su hija de manera exitosa. Desesperada frente a los nulos efectos de la medicina tradicional, la madre de Gabriel decidió recibir orientación sobre los verdaderos efectos medicinales de la planta. Y su vida mejoró repentinamente. Los resultados fueron inmediatos: el mismo día que le administraron las gotas de cannabis, Gabriel bajó de 70 a 20 convulsiones diarias, llegando a no tener ninguna crisis después de una semana.

La persecución policial contra la Cannabis medicinal

En febrero de este año, Gabriel fue internado en el Hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar, debido a una hepatitis medicamentosa. “El primer diagnóstico fue que tenía presión alta y lo mandaron de regreso al hogar, recetándole paracetamol. A los días, Gabriel volvió a decaer y descubrieron que era un problema al hígado, producto del ácido Valpróico – uno de los medicamentos tradicionales en el tratamiento de epilepsia- recetado para su enfermedad”, indica su madre.

En el hospital, Yercika recibió una llamada de la Policía de Investigaciones, pues desde el recinto de salud informaron que ella había intoxicado a su hijo con cannabis: “Llegaron tres policías y me tuve que retirar del hospital, ya que necesitaban registrar mi hogar. Al llegar a mi casa no encontraron más que un frasco de vidrio con el cual había preparado la medicina de mi hijo”.

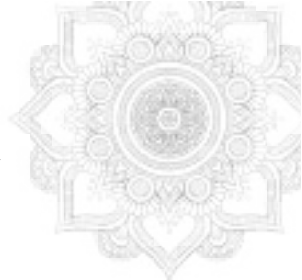
Finalmente, el hospital interpuso una medida cautelar en contra de la madre. Fue entonces cuando Catalina Delgado, abogada del consultorio jurídico de Fundación Daya, la acompañó al Juzgado de Familia quedando sin efecto la medida presentada.

“Acompañamos a la madre en este proceso para demostrar jurídicamente que la conducta de administrar un fitofármaco en base a cannabis, era legítima. En este tipo de audiencias no se requiere de un juicio previo y el juez a cargo de este procedimiento tampoco vio la necesidad de realizar un juicio y menos aún de interponer una medida cautelar a la madre”, expresó Catalina.

Luego de experimentar la mejoría que el cannabis medicinal ha provocado en la calidad de vida de su hijo, Yercika se mantiene firme ante la situación.



El primer bebé autorizado para utilizar aceite de Cannabis en un hospital



Tras un parto natural alejado de toda intervención clínica, los padres de Lucas Riffo debieron trasladar a su hijo a la UCI de la clínica Santa María, debido a que su piel se puso de color púrpura en su tercer día de vida. Exámenes, fármacos y especulaciones sobre su diagnóstico fueron la tónica de su primer mes. Los estatus epilépticos y las convulsiones por un periodo prolongado no cesaban, haciendo que los médicos aumentaran las dosis de remedios tradicionales, sin generar ninguna mejoría notoria.

Lucas regresó a su hogar luego de un mes de hospitalización, como parte de una "alta compasiva". Al poco tiempo debió volver a internarse, esta vez en la UCI del Hospital Calvo Mackenna. "Quedamos con una deuda de 36 millones en la clínica y con un futuro incierto", relata Jorge Riffo, quien, junto a su esposa Gabriela Reyes, tuvieron que lidiar con el desahucio de Lucas cuando su hijo tenía apenas tres meses de edad.

Fue por entonces que la madre de Lucas vio por televisión la historia de Charlotte, una niña estadounidense que recibió autorización para usar Cannabis medicinal en el tratamiento de su enfermedad: **Síndrome de Lennox**, una variante de epilepsia infantil de difícil manejo, que se caracteriza por convulsiones frecuentes y diversas.

"Nos pareció lógico y cuerdo el tratamiento, más en nuestra situación de tener un hijo desahuciado y que lo mandaron a morir a la casa", recuerda Gabriela.

Averiguando sobre Cannabis medicinal, la pareja llegó a Fundación Daya en busca de ayuda. Ana María Gazmuri, directora ejecutiva de la organización y Nicolás

Dormal, director de desarrollo, logran contener a estos padres que buscaban un futuro esperanzador para su hijo. "En la Fundación nos entregaron información muy valiosa. Como no había registro de guaguas que usaran Cannabis medicinal, tuvimos que ir probando con distintas dosis", recuerda Jorge.

A días de cumplir tres años, hoy Lucas casi no presenta convulsiones. Luego del tratamiento con cannabis medicinal, el niño pasó de convulsionar 300 veces al día a alcanzar un estado de cero convulsiones en los primeros seis meses de tratamiento. De esta forma la familia Riffo Reyes cambió un desesperanzador diagnóstico médico que desahució a su hijo, a ver cómo sigue creciendo con salud y calidad de vida.

Luego de decidir tratar a su hijo con aceite de Cannabis, la pareja compartió su decisión con el médico Marcelo Devilat, en aquella época Jefe de Neurología del hospital, quien apoyó la administración del aceite, pues conocía los estudios científicos que demuestran las propiedades de la planta. De esta manera, Lucas se convirtió en el primer bebé clínicamente autorizado para utilizar aceite de Cannabis en Latinoamérica.

"Gracias a esto logramos una tranquilidad, administrándole con permiso médico el Cannabis. Las primeras dosis fueron en acuerdo con el neurólogo a cargo. De esta manera Lucas llegó a tener cero crisis", relata su padre.

Aunque hoy Lucas presenta convulsiones ocasionales, la vida del pequeño y su familia mejoró considerablemente: "Debido a que fue un proceso de experimentación, las crisis aumentaban o cesaban. Semanas buenas, semanas malas, pero por lejos hay una mejor calidad de vida. Lucas estuvo seis meses sin crisis, utilizando fármacos y Cannabis, debido a que no se pueden retirar los fármacos tradicionales de una vez, ya que el organismo se altera y puede provocar un daño peor", cuenta Jorge Riffo.

En la actualidad Lucas tiene algunas secuelas de su primer año de vida, cuando convulsionaba todo el día, previo al uso de Cannabis medicinal. Y aunque no se ha logrado reducir nuevamente sus crisis a cero, como durante los primeros seis meses de tratamiento cannábico, las propiedades medicinales de la planta han reducido notablemente la aparición de ellas. Con su tratamiento actual, Lucas solo presenta crisis ocasionales: puede pasar una semana sin episodios convulsivos, los que cuando aparecen no son más de cuatro al día. Un gran alivio para un niño y su familia, que debieron enfrentar hasta 300 crisis diarias.

Jorge y Gabriela nunca tuvieron una visión negativa hacia el Cannabis; aunque desconocían sus propiedades medicinales. Si bien el padre de Lucas escuchó en algún

momento que servía para los dolores oncológicos, jamás se cuestionó el por qué. “Hoy somos estudiosos del tema y aprendimos cómo funciona. La familia e incluso amigos, han cambiado su visión hacia la planta al ver los resultados en Luquitas”.

El mensaje que entrega Jorge hacia quienes aún se niegan en conocer las propiedades del Cannabis es que deben abrir la mente a la información científica y clínica que existe en la actualidad. Es por ello que considera un deber hacer pública su historia.

“La ciudadanía no debe regirse por los estereotipos tradicionales. El Cannabis es parte del conocimiento que debemos tener, así como también debemos saber qué comemos y por qué. Debemos entender que la medicina puede salir de una planta, sin mirar su nombre ni su estigma. La información es poder”, concluye.



Conmigo se equivocaron: lo mío era uso medicinal



Raúl García Vergara, usuario de Cannabis Medicinal, fue despedido arbitrariamente de su trabajo.

Raúl García Vergara vive en Arica y tiene 56 años. Nació en Santiago en la comuna de Independencia y, por razones de trabajo, sus padres se mudaron al norte del país. A raíz de una severa **artrosis de cadera**, es usuario de Cannabis medicinal. Cuenta que nunca tuvo una visión negativa hacia la planta, pues conoció personas que la consumían de manera recreativa y no eran delincuentes ni personas irresponsables.

Raúl trabajó durante once años en la empresa Ultraport como movilizador de cargas. Tras un accidente de trayecto en agosto de 2009, ingresa a pabellón donde le implantan una prótesis en la cadera. Estuvo un año en tratamiento para volver a caminar y tener fuerzas: "Después de esto seguí trabajando a pesar de mis dolencias. La empresa no me reubicó en otro puesto, como capataz, por ejemplo. Seguí siendo un movilizador más, no se preocuparon de mi salud. A uno lo tratan como un número más, no se preocupan de nuestro bienestar". El doctor le recomendó no levantar cargas, pero en la práctica esto fue imposible. Producto de ello, hoy Raúl tiene artrosis en la espalda.

En marzo de 2015 la Comisión Médica de la Superintendencia de Pensiones determinó que el trabajador padecía de una invalidez transitoria parcial, con una pérdida del 58% de la capacidad de trabajo. Raúl buscó entonces alternativas terapéuticas que le permitieran mejorar su calidad de vida, transformándose así en usuario de Cannabis medicinal bajo la supervisión médica de la Dra. Daniela Palavecino, quien indicó el uso de Cannabis en gotas y de manera tópica, para manejar el dolor.

El 30 de mayo de 2016, la empresa Ultraport realizó un examen de alcohol y drogas a los trabajadores, el cual en el caso de Raúl arrojó positivo, pues consumía aceite de Cannabis para tratar su artrosis de cadera izquierda y su hipoacusia. La

empresa lo despidió, desvinculándolo inmediatamente y sin indemnización por sus años de servicio, argumentando que era una falta al artículo 160, números 5 y 7 del Código del Trabajo, referidas a las causales de terminación de contrato por actos, omisiones o imprudencias temerarias que afecten a la seguridad o al funcionamiento del establecimiento, a la seguridad o a la actividad de los trabajadores, o a la salud de éstos (artículo 5), y por incumplimiento grave de las obligaciones que impone el contrato (artículo 7).

La administración de Ultraport, señala el trabajador, estaba en conocimiento de su tratamiento en base a aceite cannábico y del consumo de Morvex desde el 2015: “Yo no inventé nada. La empresa me dijo ‘Ud. se va y no le vamos a pagar nada’, porque según ellos yo fumaba. Yo no falté a ninguna ley interna de la empresa ni tampoco a las leyes del trabajo”. El reglamento interno de Ultraport indica que si un trabajador consume algún tipo de medicamento, estos deben ser respaldados por una prescripción médica, normativa que efectivamente, Raúl cumplió.

Tras participar en el seminario de Cannabis medicinal organizado en Arica por Fundación Daya y la Agrupación de Usuarios de Cannabis Medicinal de Arica, Raúl, se acerca a los expositores para recibir orientación jurídica. “Yo lo único que quería es que se hicieran valer mis derechos. No tengo casa propia, no estoy bien de salud. Si fuera joven quizás no le daría tanta importancia, porque uno tiene las fuerzas para luchar, pero a mi edad ya no. Y menos con mi enfermedad”.

“Ellos me enseñaron, sí, pero mi sentimiento es más hacia la administración, pues llegó un gerente que quiso “limpiar” la empresa de alcohólicos y drogadictos, pero conmigo se equivocaron; lo mío era medicinal. La desvinculación sin argumentos me pareció horrible”.

Frente a la negativa de la empresa a reconsiderar la decisión, Raúl inició un juicio por la arbitrariedad de su despido y el Juzgado de Letras del Trabajo de Arica, falló a su favor, declarando indebida la desvinculación del trabajador y condenando a Ultraport al pago de la indemnización de los años de servicio. Darío Santander Herrera, abogado defensor en el caso, demostró que Raúl era usuario de Cannabis medicinal y que su tratamiento se encontraba prescrito por una profesional médica, recalcando que el Cannabis es admitido en el ámbito de la salud a nivel mundial.

“Que ingiera esta medicina alternativa no tiene otra razón que su necesaria aplicación para aliviar los dolores, producto de una dolencia diagnosticada con mucha antelación a la época de entrada en vigencia del referido convenio. Además, gracias a este tratamiento, que ha sido permanente en el tiempo, ha podido continuar

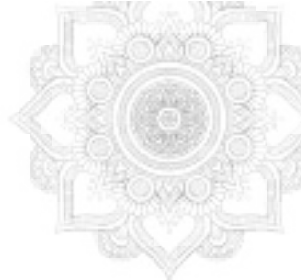
trabajando y superar los intensos dolores que implica esta enfermedad degenerativa, por lo que no es posible la suspensión del tratamiento” mencionó el abogado.

Luego del pago de la indemnización, Raúl se compró una camioneta en la cual hace fletes. Actualmente casi no consume fármacos y está muy agradecido de la ayuda prestada: “Agradezco a Fundación Daya, porque me acogieron muy bien, me respetaron, me informaron a tiempo, además de acercarme al cultivo medicinal de Cannabis”.

Este positivo fallo, que viene a sumarse a la cada vez más larga lista de sentencias similares a favor de los usuarios de Cannabis medicinal, fue dictado por Gonzalo Brignardello Cruz, Juez Titular del Juzgado de Letras del Trabajo de Arica.



Cuando vuelves a reír, te ríes desde el alma



Inés Ximena Martínez Olivares es nativa de Río Bueno, región de Los Ríos, Chile. Los dolores de Inés comenzaron en el año 2000. Pasó por varios diagnósticos y exámenes médicos; inclusive la catalogaron como hipocondríaca. Hasta que una doctora, sensibilizada con su situación, le manifestó que, a pesar de no lograr dar con el diagnóstico, ella no creía que se estuviera inventando las dolencias.

“Llegaba a casa muy cansada, no sabía qué tenía; llegué a pensar que hasta era brujería. Asistía al trabajo agotada y tenía que funcionar igual, pues era el sustento de la casa cuando mis hijos eran chicos”, nos cuenta Inés.

Cuando al fin supo el diagnóstico, ella no sabía de qué se trataba. Jamás había escuchado hablar de “**fibromialgia**”, enfermedad crónica que causa dolores musculares y cansancio en todo el cuerpo. “Me dijeron que por suerte no me había atacado las articulaciones, porque podría incluso estar inválida”. Ante esto, los médicos le recomendaron bajar el ritmo de vida, debido a que esta enfermedad no tiene cura y los medicamentos recetados sólo sirven para atenuar el malestar.

Inés recibió una gran lista de medicamentos como tratamiento, pero ella utilizó sólo paracetamol: “No me gusta la medicina tradicional, no me gustan las pastillas. Siempre me he tratado con hierbas medicinales, comiendo cosas naturales. El paracetamol lo consumía, porque en algo me ayudaba”.

De profesión peluquera, la enfermedad redujo totalmente su capacidad de trabajo: “Algunos días no tenía fuerzas para levantar ni siquiera una máquina de cortar el cabello. Sin embargo, mi voluntad era mucho mayor, cortaba más lento, pero lo cortaba. Porque tenía que llevar el sustento a la casa. No podía parar”.

Su vida después de conocer Fundación Daya.

En una actividad realizada por Fundación Daya, Inés se subió al escenario. “Le dije a mi sobrina; yo no me voy de aquí sin hablar con Ana María Gazmuri. Logré hablar con ella y doy gracias infinitas a Dios por haberla conocido y que haya sido tan accesible. Me agendó de inmediato una hora y desde ese día hago lo que sea por mi salud”.

Actualmente, a sus 53 años, Inés no tiene dolores, sino solo pequeñas molestias en las articulaciones. “A veces ni me lo creo. Me impresiona. Yo funciono desde las 7, algo impensado antes del Cannabis. Antes me quedaba en la cama y sentía mi cuerpo adolorido y no tenía ganas de levantarme. Siempre fui muy ‘hiperquinética’ y con el Cannabis volví a ser la de antes. La que llega a la casa después de las siete de la tarde a hacer aseo, a limpiar mi casa y acostarme sin dolor”, relata Inés, quien en varias ocasiones tuvo que cerrar la peluquería, porque no podía seguir atendiendo a sus clientes debido a su estado.

Su familia y el Cannabis.

Su hijo se desempeña como carabinero y en un principio dudó de este proceso, pero quedó impresionado al ver que el Cannabis sí funcionaba en su madre y tenía efectos tan positivos en su salud y bienestar. Su hija, en cambio, no dudó y desde un principio estuvo de acuerdo con que su madre utilizara una terapia a base a Cannabis.

Los resultados fueron muy rápidos. Al primer mes de comenzar el uso del aceite de Cannabis, Inés comenzó a sentirse mucho mejor, lo que también atribuye a no estar lidiando con los efectos secundarios de la farmacología tradicional. Debido a esto, ella cree que su cuerpo reaccionó más rápido a las propiedades del Cannabis.

“Hay muchas personas incrédulas que piensan tal cual como yo pensaba antes. No conocen la relación de la planta con el ser humano. A esas personas les sugiero que lean, porque uno nunca deja de aprender y la lectura ayuda mucho a conocer las propiedades de la planta.

Cuando en el trabajo me preguntan si ando “volada”, yo les respondo que no es así. En mi caso no soy usuaria recreativa, no fumo; soy usuaria medicinal y el Cannabis me cambió la vida. Tienen que confiar en esta medicina”.





El Cannabis me trajo a la vida



Mariana Vera Barraza vive en el centro de Iquique y tiene 53 años. Madre de dos hijos, fue diagnosticada con **Fibromialgia** en 1996. Cuenta que su vida era normal junto a su esposo René, hasta que comenzó a padecer diversos dolores físicos.

“Mis hijos sufrieron cuando empecé a enfermarme. Eran chicos y me veían tirada. Ni siquiera podían prender la luz porque me molestaba. Era un dolor terrible desde el pelo hasta los pies. Ni los ojos podía abrir a veces”, recuerda.

El primer diagnóstico de Mariana fue una osteoporosis. “Empecé con un problema hepático y del páncreas. Me dieron medicamentos que me hicieron bajar de peso y nunca me dijeron lo que tenía realmente. Los medicamentos me hicieron muy mal”, comenta. “Pasé mucho dolor, desprecio e incomprensión por parte de los médicos que me vieron. Más de alguna vez me miraron como una enfermedad, no como un ser humano. Me vieron como un paciente, alguien que tiene paciencia y espera”, cuenta.

Mariana comenta una experiencia que le tocó vivir. “¿Cómo le explicas a un médico que te duele el brazo si ni siquiera te mira? Y te receta y receta medicamentos. Una vez un doctor me dijo que a los 45 años era normal tener dolor. Lo miré, me paré y me fui”.

Pero hoy aprendió a vivir de nuevo “Cuando llevas tanto tiempo sin reírte y te vuelves a reír, te ríes desde dentro, desde el alma”, asegura la iquiqueña.

Historia con el Cannabis.

Sus dos hijos le pidieron que probara con el Cannabis hace un par de años, pero Mariana no quiso hacerlo. “Tenía un rechazo enorme y mi marido también. Era

lo peor. Mis hijos consumían y yo no estaba de acuerdo”, indica. “A ti te enseñan que las cosas son así y no puedes desviarte”, agrega.

Tras una visita al departamento de sus hijos, todo cambió. “Vine a Santiago a ver a mis hijos y su departamento estaba muy desordenado, pero no pude limpiarlo. El cuerpo no me daba; me sentí muy mal”, recuerda.

En mayo de 2016, Mariana acepta conocer más sobre el Cannabis medicinal y se acerca a Fundación Daya, asistiendo a la marcha “Cultiva tus Derechos”, a la que asistieron más de 400 mil personas para apoyar una nueva política de drogas. “Lo pasé estupendo. La gente fue muy amable, lo que me extrañó: tenía muchos prejuicios. Llegué a Fundación Daya y todos me atendieron súper bien. Me enseñaron sobre autocultivo y medicina cannábica”, comenta. “Como me fue bien, insté a mi prima que tiene cáncer a que se acercara también. Las dos hemos vuelto a la vida. Dentro de todas las nubes negras, vemos rayos de sol. Y eso lo logré gracias al Cannabis”, agrega.

De haber estado enferma física, mental y emocionalmente, Mariana ha pasado a tener una vida totalmente distinta.

“Ahora bailo con mi esposo, salgo, me baño y me visto sola y hasta he ido a pescar. Soy capaz de tirar una lienza. Aunque tenga mis dos codos fracturados por problemas en los huesos, no importa: puedo caminar, bailar, tejer. Me he sanado. Sé que estoy enferma y que la Fibromialgia no se me va a pasar, pero he vuelto a vivir, el Cannabis me trajo a la vida, porque como estaba, no estaba viviendo”, comenta emocionada. “Prefiero vivir un año así como estoy, que vivir 10 años como estaba”, asegura.

Tratamiento con Cannabis.

En la actualidad, Mariana no se ha realizado examen médico alguno ni ha vuelto a consumir medicamentos tradicionales. “Consumo aceite de cannabis tres veces al día y vaporizo a voluntad. De haber estado con una vida muy limitada, como no poder vestirme sola o tener dificultades para cepillarme los dientes, pasé a tener una vida totalmente distinta”.

René, su esposo, si bien fue el más reticente a la medicina cannábica, en la actualidad la ayuda a cultivar. “Mi única preocupación ahora es que mis plantas tengan sus frutos y preparar mi medicina”. El cambio radical en su vida ha hecho de Mariana una mujer jovial y con ganas de emprender proyectos.

Al vivir en una de las zonas más desérticas, Mariana se crió sin plantas. “Ahora tengo otras plantas, aparte de Cannabis, como una ruda y quiero tener más. Me he conectado con la tierra. Me he vuelto menos consumista”, indica.

“Quiero ayudar a difundir, porque cuando recibes un regalo, y un regalo que te ha hecho tan feliz, no puede ser solo para ti. Tienes que devolverle al mundo lo que te entrega”. El cambio de vida ha sido tan radical, que apenas suena el reloj, ella se levanta aunque no tenga cosas que hacer.

El aceite lo probó por primera vez en mayo, y a los dos meses ya presentaba una notoria mejoría.

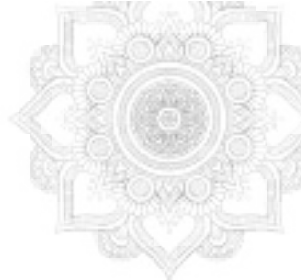
-¿Qué le dirías a la gente que no cree en el Cannabis Medicinal?

-Lo primero que les digo a las personas, es que uno tiene que mirar las cosas sin prejuicios y tiene que vivirlo para poder saber. Antes de asistir a Fundación Daya, leí sobre Mamá Cultiva, y si una mamá es capaz de darle Cannabis a su hijo... Ese argumento lo usé para mí, ya que a mis hijos nunca les hubiese dado algo malo.

Si alguna persona tiene la más mínima duda, que se instruya, que lea con la mente abierta. Puedes descubrir que estuviste equivocado muchos años de tu vida.



Pasé de la silla de ruedas a tener una vida completamente normal



Arturo Pérez Tapia tiene hoy 39 años, y hasta los 25 llevaba una vida completamente normal. “Andaba en bicicleta, hacía pesas, jugaba fútbol, trotaba, me encantaban los deportes al aire libre, los deportes extremos, subir los cerros de esta zona; en fin, era muy deportista”, relata. Pero a esa edad comenzó con dolores, cuya causa a los médicos les tomó más de un año diagnosticar.

A pesar de la vida sana que siempre llevó, Arturo comenzó a tener sufrir mucho. “Todo partió con una inflamación en el tobillo, el dedo índice del pie después, y al poco andar ya no podía caminar. Me movía con muletas o gracias a una silla de ruedas”, cuenta.

De pronto Arturo pasó de tener una vida deportista a no poder caminar y vivir con mucho sufrimiento. “Ya ni siquiera podía pararme de la cama para ir al baño, todo era muy complicado por el dolor”, recuerda.

Al año de los inicios de sus padecimientos, Arturo estaba a poco de perder la esperanza. “La ilusión me volvió cuando un kinesiólogo de Curicó me recomendó ir donde el doctor Luciano Villanueva, un reumatólogo que atendía en Santiago”, comenta.

Al llegar a Santiago, el doctor Villanueva le hizo una serie de exámenes, y en un par de horas dio con el veredicto que durante un año había resultado equivo: **Espondilitis Anquilosante**. “Por fin tengo el diagnóstico, pensé”, cuenta Arturo. “Ahora, el remedio y vuelvo a vivir”.

Pero no fue tan fácil: la Espondilitis Anquilosante es una enfermedad autoinmune, degenerativa y sin cura, por lo que los medicamentos sólo sirven para mantener a los pacientes sin dolor y evitar que la enfermedad avance tan rápido.

“Estuve tres años bien”, asegura Arturo, quien a esas alturas consumía diversos medicamentos, gastando en ellos más de \$200 mil pesos mensuales. “Una gran cantidad de remedios, que si bien me solucionaban el tema del dolor, me hacían daño al estómago. Económicamente hablando se me hacía cada vez más difícil sostenerlo”, recuerda.

Luego de tres años de tratamiento, los medicamentos dejaron de hacerle efecto. Con 30 años, un matrimonio y dos hijas, Arturo debió cambiar de medicamentos, cuadruplicando su valor. “\$800 mil pesos mensuales me costaba el nuevo tratamiento, algo imposible de pagar para mí”, cuenta.

Fue en ese momento cuando este oriundo de la Región del Maule comenzó la búsqueda de una alternativa. “Estaba sin plata; y sin plata desaparecieron los amigos y muchas cosas; entonces había que ver qué hacer”, asegura.

En ese momento, le comentaron que el Cannabis podía aliviar los dolores. “Un par de veces, de adolescente, había fumado Cannabis, pero no era algo habitual, y decidí probar”, confiesa. Arturo un día fumó Cannabis y sintió un cambio. “Fue un efecto inmediato, se me fue el dolor, me sentí mucho mejor, e incluso se me olvidó la depresión que tenía producto de esta enfermedad”, comenta.

Fue así que siguió fumando Cannabis, mientras buscaba otra manera de medicarse. “Llegué a ver en Internet y vi cómo fabricar leche de Cannabis, por lo que me animé, y me sirvió mucho”, asegura. “Estuve un mes completo tomando leche y el primer día que la probé dormí espectacular, nunca había dormido tan bien”, agrega.

Convencido de que el Cannabis era una buena alternativa para sus dolencias, Arturo conoció Fundación Daya en 2014. A esas alturas, Arturo ya estaba armando la Fundación Espondilitis, cuyo fin era mostrar los beneficios del Cannabis en el tratamiento de la patología.

Al poco tiempo de conocer a los cofundadores de Fundación Daya, se enteró que Andrea Acevedo, de Mamá West, impartió un curso de preparaciones medicinales en Teno, también en la Región del Maule. “Fue gracias a Andrea que aprendí a preparar aceite de Cannabis, y con eso tenía una nueva alternativa aparte de fumar o consumir en leche”, asegura Arturo.

Hasta hoy, Arturo consume leche a diario para dormir, y también aceite de Cannabis en las mañanas y en las tardes. “Se me quita el dolor y puedo hacer una

vida normal", sostiene. "Siempre agradezco a Daya y a Andrea por enseñarme este camino" agrega. "Volví a andar en bici, a subir cerros, a hacer todo tipo de deportes", asegura. "Y lo mejor es que de tener que desembolsar \$800 mil pesos mensuales para mi tratamiento, ahora no gasto más que \$1.000 pesos mensuales, ya que sólo en caso de crisis compro prednisona, que es muy barata", agrega.

Ahora, Arturo mantiene su autocultivo de Cannabis, un cambio que no fue fácil para su familia. "Tener dos hijas y una señora, con el estigma que genera el Cannabis y ver que su marido y su padre la usa, por supuesto que impacta", indica. Eso duró hasta que "vieron que pasé de no poder pararme ni al baño, a poder caminar y sonreír", sostiene.

Finalmente Arturo formó la Fundación Espondilitis, para dar aliento a otras personas con la enfermedad a salir adelante. "Cuando fui al taller de Teno y vi madres con niños con epilepsia refractaria y teniendo tanta esperanza en el Cannabis y la mejora de sus hijos, sentí que debía hacer lo mismo; si a mí me ayudó, por qué no mostrar al resto", puntualiza.

¿Qué le dirías a la gente que no cree en el Cannabis medicinal?

Simplemente les diría que si ellos se dan la oportunidad de probar todos los tipos de fármacos que entrega la medicina tradicional, que también se animen a probar este tipo de medicina, mucho más natural, mucho mejor y mucho más barata. Hay que eliminar el tabú que genera el Cannabis.



Le cambió la vida a mi hija



Andrea Bello Cruces tiene 40 años. Hace siete años, está acompañada de Sofía, su hija, penquista igual que ella. Sofía nació el 23 de junio de 2009 con una malformación cerebral, aparentemente por citomegalovirus, contraído en la primera etapa del embarazo de su madre. El embarazo iba absolutamente normal, pero fue en la semana 27 cuando se encendieron las primeras alarmas: "Me hicieron una eco transvaginal y el doctor no me decía nada", recuerda Andrea, quien se llenó de incertidumbres.

A pesar de la poca información que el médico le dio, luego de mucha insistencia, supo que, desde la semana 14 de embarazo, la cabeza de Sofía había dejado de crecer. La malformación cerebral de Sofía le ha traído diversas secuelas, como microcefalia, cuadriplejía, y una serie de anomalías. Debido a esto, a su hija se le manifestó por primera vez una epilepsia refractaria cuando sólo tenía tres meses de vida.

A los 5 meses la niña fue derivada al Hospital San Borja, de Santiago. Andrea viajó desde Concepción con Sofía, a quien internaron por un mes y medio para confirmar un posible **Síndrome de West**. "Le hicieron miles de exámenes, electros, video monitoreo, entre otros, y nunca se tuvo un diagnóstico cierto", sostiene Andrea, quien asegura que "después de la larga espera, sólo salió con un par de medicamentos". Esos fármacos fueron ácido Valpróico, y un fenobarbital que le recetó la neuróloga.

Así, comenzó la búsqueda de esta madre, de médico en médico, para lograr aliviar la condición de su hija. "Cada uno de ellos recetaba un medicamento nuevo", indica Andrea. "Finalmente, probaba con lo que me dijeran; lo único que quería era una mejor calidad de vida para Sofía", agrega.

Cuando la niña cumplió los cinco años de edad, Andrea la llevó al Centro de Epilepsia de la Clínica Las Condes. "Esto es un costo emocional y económico gigante. Con sólo un día de internarla en la clínica, la cuenta salía más de dos millones de pesos", asegura. A esa altura, Sofía ya se medicaba con tres anticonvulsivantes y un antipsicótico. "Uno, en la angustia, hace todo lo que le dicen los médicos, pero ahora pienso en todos los daños colaterales de esos medicamentos", cuenta Andrea.

Con toda la carga emocional Andrea comenzó a sentir crisis de angustia; su hija llena de medicamentos y endeudada de manera importante. "Reventé línea y tarjeta de crédito", recuerda. En todo este tiempo, Sofía también sufría de crisis de irritabilidad, porque tenía trastorno del sueño. "Dormía con suerte dos horas en la noche; recuerdo noches enteras sin dormir", sostiene.

Fue a fines de julio de 2014 cuando Andrea por fin vio algo de luz. "En la tele hablaron del Sativex -fármaco cuyo principal ingrediente es el Cannabis- y vi que apareció Ana María Gazmuri comentando que en Fundación Daya acompañaban a padres de niños con epilepsia refractaria", recuerda.

La madre tenía un prejuicio enorme frente al Cannabis. "Para mí eran los marihuaneros de la esquina", cuenta. "No tenía nadie de mi entorno que estuviera familiarizado con Cannabis, no conocía profesionales ligados a esto", agrega.

Sin embargo, decidió probar. "Yo venía de una familia donde todos pensaban igual que yo sobre el Cannabis, pero en la desesperación y en la búsqueda de una mejor calidad de vida para mi hija, decidí averiguar", comenta.

Andrea se contactó con Ana María Gazmuri mediante Twitter, y ella la derivó con Paulina Bobadilla, presidenta de Mamá Cultiva, organización que agrupa a madres de niños con epilepsia refractaria.

Una amiga viajó a Santiago a entrevistarse con Paulina y salió con otra visión. Me contó todo y me ilusioné, por lo que empecé a pensar cómo conseguirme Cannabis, sobre todo cuando en mi entorno no conocía a nadie que tuviera algo que ver con la planta.

"A los diez días de eso, recibí mi primer regalo, que fueron cogollos de Cannabis índica", recuerda Andrea.

Ese mismo día, Andrea le preparó leche de Cannabis a Sofía. "El resultado fue inmediato", asegura la madre, quien cuenta que por primera vez en su vida, su hija durmió más de cinco horas seguidas. "Eso fue el 29 de agosto de 2014; recuerdo patente la fecha porque es significativa, un antes y un después en la 'Sofi' y en la familia", explica.

Fueron 15 días donde Sofía se medicó con Cannabis a través de leche, para luego pasar a macerado en oliva durante un mes, y al mes siguiente, directamente resina.

Con el positivo cambio en el sueño que tuvo Sofía, bajó automáticamente su irritabilidad. "Nos cambió la vida", sostiene Andrea y cuenta con orgullo que gracias a ese tratamiento, el 29 de noviembre de ese año, Sofía gateó por primera vez: algo impensado. "El 14 de enero de 2015 me reconoció por primera vez como su mamá y me dio un beso", cuenta emocionada.

Fue en mayo de 2015 cuando Sofía pasó de tomar tres anticonvulsivantes y un antipsicótico, a medicarse exclusivamente con Cannabis. "Los cambios los vimos del día uno; tuvo una evolución cognitiva impresionante, empezó a gatear, comer, a mostrar sus sentimientos", asegura Andrea, quien recalca que "nunca más volvió a tener crisis, salvo una que duró sólo 15 segundos, pero dos años con una crisis es impresionante".

El cambio en la calidad de vida de la familia también se hizo patente. "Antes lloraba todo el día y ahora no; ahora podemos salir a la calle con ella, y podemos hacer actividades", cuenta. "Soy de las mamás que dice que, si le hace bien, hay que probarlo, y me he preocupado que mi hija sea feliz y que tenga mejor calidad de vida", indica Andrea.

Fue tal el cambio, que Andrea, a través de Mamá Cultiva en Concepción, comenzó a asesorar a madres, realizar talleres de autocultivo de Cannabis y charlas sobre su uso medicinal.

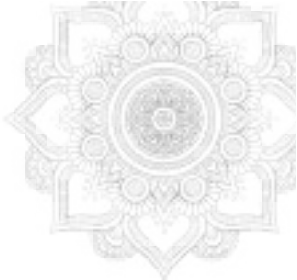
-¿Qué les dirías a los padres que, como tú en un principio, tienen tantos prejuicios frente al Cannabis?

-Les diría que no hay que tener miedo, que hay que investigar y educarse al respecto. Creo que uno tiene que conocer casos concretos, como el de la 'Sofi' y tantos niños que han tenido una evolución maravillosa. Hay que dejar de lado los prejuicios, y no sólo quedarse con lo negativo que te dicen, sino también saber sobre casos clínicos reales.



Tengo Esclerosis
Tuberosa con Epilepsia
Refrajaria
hace más de un año que
como Mariana
más de un año que
de convulsiones

Me olvidé de mis convulsiones



Ninoska del Carmen Reyes López tiene 18 años y desde pequeña, sufrió crisis epilépticas sin ser diagnosticadas. “Cuando tenía dos años, me daban unos dolores fuertes de estómago y creyeron que podía ser producto un tema estomacal, por lo que me indicaron una dieta que debía seguir”, comenta Ninoska.

Si bien algo mejoró, los problemas continuaron, y no eran poco frecuentes los dolores. “Los médicos que me veían me recomendaban medicamentos para el dolor o dietas, pero nadie supo que yo tenía **epilepsia refractaria**, hasta muchos años después”, sostiene.

Fue cuando cursaba segundo medio cuando la epilepsia refractaria de Ninoska, comenzó a mostrarse más agresiva. “Un par de veces tuve convulsiones y llegué a caerme al piso en varias oportunidades”, cuenta. En ese momento, su familia decidió consultar a otro médico, quien les entregó un pre diagnóstico absolutamente errado, declarando que Ninoska sufría de problemas psiquiátricos y que las convulsiones eran producto del estrés.

Sin embargo, la joven estudiante se sometió a un electrocardiograma y este arrojó algunas anomalías, las que contrastaron con una resonancia magnética que les permitió llegar a un diagnóstico acertado: esclerosis tuberosa, que se manifiesta con epilepsia refractaria.

En esa época, Ninoska ya sufría de tres convulsiones diarias en promedio. “A pesar de estar llena de pastillas, la mejoría fue a medias, y al año siguiente, en tercero medio, ya me tuve que cambiar de colegio por las convulsiones y me cerraron el semestre”, recuerda.

Ninoska y su familia no estaban contentos con el tratamiento convencional. “Estaba todo el día cansada, el cuerpo adolorido, no reaccionaba y no tenía razón de mí misma”, sostiene. “No podía ni salir a la calle sola porque en cualquier momento me venía una convulsión”, agrega.

La situación ya los tenía desesperados. Los padres de Ninoska empezaron a investigar y en Internet llegaron al tema del Cannabis medicinal.

“Esto remeció a mis papás. Mi papá se espantó: mi familia completa, desde mis padres, hasta mi hermana, mis abuelos, tíos, y todos en ese momento eran súper cerrados al tema de las drogas; quien usaba Cannabis era un drogadicto, pensaban”, comenta Ninoska.

Debido a su desesperación, siguieron investigando sobre el tema. “Buscando en Google llegaron a la Fundación Daya, y nos dieron una hora de atención”, cuenta. A pesar de los prejuicios, y ante la desesperación de ver a su hija con estos cuadros convulsivos, hicieron que el padre de Ninoska tomara medidas inmediatas. “Mi papá vio por YouTube cómo fabricar aceite de Cannabis, y se consiguió la materia prima en el mercado negro, con todos los riesgos que eso acarrea y lo caro que resulta”, sostiene.

Luego de esa experiencia, finalmente llegaron a Fundación Daya. “La terapeuta de la Fundación nos explicó súper bien todo el procedimiento del aceite, nos enseñó a cultivar nuestra propia medicina y cómo comprar las semillas que necesitaba, porque si bien consumo THC, es el CBD el que tiene que ir en mayor proporción. Y eso se logra sólo con ciertas cepas”, agrega. “Plantamos cuatro plantas en mi casa, asesorados por el ahora Director de Operaciones de Fundación Daya, Pablo Meléndez”, comenta.

A pesar de todo, el padre de Ninoska seguía sin convencerse. “De verdad es que el tema drogas en mi familia era muy potente, mi papá estaba escéptico y cerrado con la posibilidad de que yo me tratara con Cannabis”, cuenta.

A pesar de todo, al poco andar ya no hubo dudas. “El aceite lo empecé a tomar a fines de tercero medio y nunca más me vino una convulsión”, comenta. “Salvo una”, agrega. “Esa convulsión me vino a los cinco meses de empezar el tratamiento, y fue por irresponsabilidad mía; olvidé tomarme las gotas”.

Durante todo cuarto medio, Ninoska no tuvo convulsiones. “Fue fantástico, porque pude estudiar para la PSU, que sin tratamiento hubiese sido imposible, y el puntaje me alcanzó para lo que quería: Ingeniería Civil en Obras Civiles, en la Universidad de Santiago”, cuenta orgullosa.

Hoy, mientras cursa el primer semestre de su carrera, Ninoska sólo se trata con Cannabis. "Ahora mi tratamiento es de seis gotas en la mañana y cuatro en la noche, y si siento alguna molestia tomo una o dos al mediodía", cuenta.

Gracias a su positiva experiencia, la percepción familiar sobre el Cannabis cambió abruptamente. "Ahora mi abuelito que tiene más de 80 años, me acompaña a la marcha Cultiva tus Derechos, porque sabe lo bien que me ha hecho", sostiene. "Y no sólo mi abuelo; cambió el paradigma a nivel familiar".

-¿Qué les dirías a las personas que no se atreven a usar Cannabis?

-Que se abran de mente. Que toda la vida nos dicen que el Cannabis es malo, entonces uno tiende a creerlo, pero debemos cambiar el switch y ver lo positivo que tiene el tratamiento con esta planta. Mi familia estaba desesperada buscando una salida a mis convulsiones y la encontraron en el Cannabis. Finalmente, creo que no hay que seguir estrictamente lo convencional, sino también buscar una alternativa: gracias a eso, mi vida cambió de forma radical.



El Cannabis permite que mi hijo esté vivo y bien



Verónica Garrido tiene 36 años, y hace 13 es madre de Joaquín. Cuando Joaquín tenía sólo 3 meses de vida, Verónica recibió un balde de agua fría: en un examen de rutina su hijo fue diagnosticado con **Neurofibromatosis**, enfermedad genética producida por una falla del cromosoma 17, que produce la aparición de múltiples tumores en distintos órganos del cuerpo.

"Desde ahí, Joaquín siempre estuvo en constante monitoreo y estudios. Le han hecho innumerables resonancias, scanner, controles y visitas periódicas a diversos especialistas", comenta Garrido. Como los tumores pueden salir en cualquier parte del cuerpo, Joaquín debe consultar a médicos de varias especialidades. "Finalmente, hay que entender que a Joaquín, en cualquier momento, le puede salir un tumor en el pie, en la boca o en la cabeza", sostiene su madre.

A partir del momento en que Verónica se enteró de la enfermedad de su hijo, comenzó una etapa de investigación y estudio. "Empecé a leer mucho sobre la Neurofibromatosis", asegura. Pero también, Verónica aprendió a tener otro estilo de vida: "Ya mis planes no son a largo plazo, prefiero vivir el día a día, porque en cualquier momento a Joaquín le puede pasar algo y los planes cambiarían radicalmente", indica.

Cuando Joaquín tenía 11 años, en uno de sus tantos exámenes de rutina, una resonancia magnética salió alterada. ¿El diagnóstico? Joaquín presentaba un glioma en el nervio óptico, y tenía que partir, cuanto antes, con quimioterapia.

Luego de visitar a numerosos especialistas, como oncólogos y neurocirujanos, Verónica supo que el tumor no se podía operar. "Sacar el glioma significaba dejarlo ciego, igual que la radioterapia", recuerda su madre.

A partir de ese momento, Joaquín abandonó el colegio mientras durara la quimioterapia. "Afortunadamente, nunca sintió dolor", comenta. "Pero fue el peor momento de mi vida", sostiene Verónica. En ese proceso, conoció el caso de una mujer que tenía a su hija con neurofibromatosis, con un tumor parecido al de Joaquín. "La historia de la niña tenía mucho sufrimiento de por medio, y yo no quería que Joaquín sufriera como esa niña", esgrime Verónica.

Fue a fines de 2014 que la quimioterapia de Joaquín comenzó. Dieciocho meses de tratamiento con una sesión semanal. Ya a la segunda sesión "Joaquín quedó muy mal de su guatita, no podía ir al baño y sufrí dolores neuropáticos. Le dolían todas las extremidades, comenzó con vómitos, no comía, bajó 15 kilos", cuenta su madre. Por este motivo, la oncóloga decidió suspenderle la terapia.

Cuando Verónica ya comenzaba a desesperar, una amiga le contó sobre el Cannabis. "Estaba desesperada, en la fase en que uno intenta todo, por lo que no tuve ni tiempo de cuestionarme el hecho de tratar con Cannabis a Joaquín", sostiene.

Fue ahí cuando su amiga la contactó con una persona que a su vez le dio el teléfono de la Directora Ejecutiva de Fundación Daya, Ana María Gazmuri. "Ana María apareció en el momento preciso en mi vida. Me comentó que tenía que tener cogollos de Cannabis y que con eso ella me ayudaría, enseñándome a hacer macerado", cuenta. "En esos días, antes de conseguirme los cogollos, apareció una persona que me regaló un frasco de aceite de Cannabis", agrega.

El mismo día que le regalaron el aceite a Verónica, le dio 10 gotas a Joaquín. "Por primera vez en 20 días, Joaquín durmió toda la noche", recuerda. "El Cannabis para mí fue una bendición, la bendición más grande que me pudo pasar", asegura.

Una vez iniciado el consumo, para Joaquín fue posible seguir con su quimioterapia. "Gracias al Cannabis pudo combatir los efectos secundarios", sostiene su madre.

"Cuando le hablé a la oncóloga del aceite de Cannabis, me confesó que de no haberle dado, Joaquín no habría podido seguir con el tratamiento", indica, y agrega que "el caso era tan grave que habían tres opciones: quimioterapia, ceguera o muerte. El Cannabis hizo que mi hijo hoy por hoy esté vivo y bien y tenga la esperanza de recuperarse del glioma", dice emocionada.

Además, Verónica no sólo usa el Cannabis para seguir con la quimioterapia, "sino también por sus propiedades antitumorales", cuenta. Ahora Joaquín lleva una vida prácticamente normal, y volvió al colegio.

La mamá de Verónica y su actual pareja son ambos uniformados. Es más, el marido de su madre trabajó en el OS7 de Carabineros. "Hubo un cambio de

paradigma total en la familia. Vieron el cambio impresionante de Joaquín y no pudieron decirme nada en contra”, asegura Garrido.

Sin embargo, no fue fácil: “Fueron cambiando de a poco sus visiones acerca de la planta. Ahora los dos hablan bien del Cannabis, tuvieron un cambio de mentalidad y ahora saben que hace bien para la salud”, sostiene.

A fines de enero de 2015, Joaquín tuvo un descanso de la quimioterapia y Verónica decidió ir a Punta Arenas a visitar a su familia. Fue ahí donde conoció la realidad del Hospital de Punta Arenas, la que encontró muy buena y con una atención personalizada, lo que hizo que Verónica tomara la decisión de dejar su vida en la capital para radicarse en Magallanes.

“Cuando decidí irme, pasé a despedirme de muchas personas en Santiago. Pasé a la Fundación Daya a despedirme de Ana María y a darle las gracias y ella me contó que mucha gente necesitaba ayuda e información en Punta Arenas, que sería bueno ayudar allá”, cuenta.

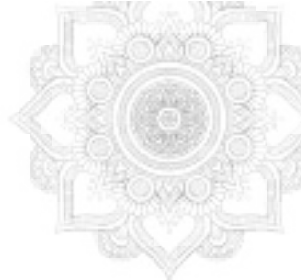
Así nació Fundación Daya Punta Arenas, con Verónica como representante. “No le pude decir que no. La verdad es que era algo impensado para mí, pero me sirvió para ayudar al resto, así como también me empoderé en mi papel de mujer y mamá”, asegura. “Antes de llegar allá, nadie se hubiera atrevido siquiera a hablar públicamente a favor del Cannabis, todo se hacía a escondidas, con miedo a dar la cara”.

“Hicimos un llamado a través de las redes sociales y llegaron muchos interesados,. Ahora ya tenemos un equipo sólido con mucho trabajo de charlas, talleres, y otros”.

“A los padres que están en situaciones similares que yo, les diría que estudien el tema, que se informen, que se empoderen, y así puedan decidir. En mi caso, Joaquín gracias al Cannabis pudo seguir con la quimioterapia y quizás sin eso la historia hubiese sido diferente”, resume.



Mi hijo volvió a reír



Andrea Acevedo tiene 36 años. En marzo de 2014, fue madre de León, quien a temprana edad fue diagnosticado con **Síndrome de West**, una alteración epiléptica, lo que implica que el cerebro está continuamente haciendo crisis. La anomalía comenzó a sentirse una semana antes de la fecha probable de parto. “Estaba muy ansiosa por el nacimiento de León y una semana antes del parto lo dejé de sentir y no se movía”, relata Andrea.

Ante este hecho, Andrea concurrió al hospital. A pesar de sus dudas y temores, la matrona le dijo que no se preocupara, que se preparara para el parto y volviera a la tarde. A pesar de lo que dijo la matrona, la intuición de Andrea era cierta: “Mi hijo se estaba muriendo”.

Cuando Andrea dio a luz, su hijo nació con hipoxia (falta de oxígeno) y tuvo una reanimación en el parto de siete minutos, mientras que su puntuación de Apgar marcó 1 punto, siendo que 7 a 10 es la puntuación ideal.

La primera noche de vida de León fue agitada: tuvo un paro cardiorrespiratorio, lo que lo dejó con daño neurológico severo. Con este antecedente, le comentaron a Andrea que su hijo no viviría más de 72 horas.

Fuera de todo pronóstico, León pasó sus primeros dos meses de vida en la UCI. “Cuando ya lo vi bien, me lo llevé a la casa; se veía como un bebé normal”, comenta Andrea. Pero a fines de mes, en mayo, León comenzó a tener una pésima calidad de sueño. “Lloraba mucho, no dormía, no sabíamos lo que le pasaba”, recuerda Andrea.

“Llevamos al hospital a León unas cuatro veces, y siempre me decían que tenía cólicos y que no lo llevara más”, relata. Sin embargo, Andrea insistió hasta que un

médico le ordenó un electroencefalograma. ¿El resultado? Hipsarritmia, y luego Síndrome de West.

Sin dar mayores explicaciones, León fue diagnosticado con el extraño síndrome. “Como no me decían nada los doctores, comencé a investigar”, asegura Andrea, quien agregó que “leí que León tendría una muerte lenta y dolorosa. Busqué y busqué por internet y supe del caso de una epilepsia tratada con aceite de Cannabis”, comenta. “Me interesó saber más, y le comenté a la neuróloga, pero ella no me avaló la idea”.

Al poco andar, León tuvo una nueva crisis epiléptica. “Quedó hospitalizado, perdió la vista, y la crisis no paraba a pesar de las 15 inyecciones recibidas. No miraba, no respondía a estímulos, no hacía nada”, recuerda la madre del pequeño paciente. Sin importar lo que le había dicho la especialista, Andrea decidió probar con aceite de Cannabis. Por internet llegó a Fundación Daya. Escribió y a los dos días me atendieron. “Yo estaba desesperada, y en la Fundación me ayudaron”.

Con los consejos de Fundación Daya, Andrea obtuvo una botella con macerado de Cannabis y se lo dio a su hijo, quien ya hacía entre 150 a 200 crisis diarias. “El aceite se lo di el 22 de septiembre de 2014. Me acuerdo perfecto el día, porque marcó un antes y un después”, cuenta Andrea. “A las dos horas de darle el aceite, León estaba comiendo, tomando leche, volvió a dormir, andaba de buen humor. La vida le cambió en un mil por ciento, volvió a reír y mejoró su calidad de vida. Ahora está más conectado con su entorno, entiende su nombre”.

“Siempre estoy agradecida de la fundación: fueron los primeros que me brindaron apoyo”, dice Andrea.

Tan sorprendente fue el cambio en su hijo, que ese mismo 22 de septiembre de 2014 en la noche, Andrea decidió difundir la noticia, y creó una agrupación: Mamá West.

“Escribí mi historia en Facebook y animé a mamás con hijos con epilepsia que probaran con aceite de Cannabis”, comenta. “A mí me enseñaron a hacer aceite de Cannabis así es que empecé a enseñar”, agrega.

Hoy día Mamá West agrupa a más de dos mil doscientas personas de Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Venezuela, Colombia, México y Holanda. Andrea comenzó a hacer talleres de autocultivo y extracción de Cannabis, con el apoyo de Fundación Daya y la Presidenta de Mamá Cultiva, Paulina Bobadilla.

Hoy día, Mamá West atiende a personas con epilepsia, cáncer, depresión, fibromialgia y otras patologías. A pesar de tener una muy buena impresión sobre el uso medicinal de Cannabis hoy día, Andrea en un comienzo no pensaba igual.

"La gente y la sociedad te dice que el Cannabis es malo, y uno piensa lo mismo por osmosis", asegura.

- ¿Qué les dirías a las personas que no creen en el uso medicinal de la Cannabis?

- Les diría que, al igual que yo, olviden el estigma que tiene el Cannabis. El Cannabis es esperanza de vida, funciona. Les diría que crean, que apoyen este tipo de medicina.

Es importante la inclusión, la tolerancia, que se pongan en nuestros zapatos. La sociedad chilena de por sí es apática, pero les diría que se informen, que crean, que no todo lo que sale en televisión es verdad.



Pude mejorar mi calidad de vida y seguir trabajando



Jessica Cossio, estilista de 34 años, es oriunda de La Unión, ciudad cercana al límite entre las regiones de Los Ríos y Los Lagos, a unos 40 kilómetros al norte de Osorno. Desde los 17 años, justo la mitad de su vida, comenzó con diversos dolores que se le han hecho crónicos. “Los dolores son como de artritis, artrosis, muchas cosas juntas”, relata. “Tengo dolores generales, fatiga, dolores musculares en todo el cuerpo que me toman todas las piernas”.

Debido a esto, Jessica fue a diversos especialistas médicos que, al no saber lo que tenía, le fueron recetando de acuerdo a cada diagnóstico nuevo que iba teniendo. Y así pasó más de una década.

“Me recetaron diversas drogas, como el Tramadol. Cuando tenía crisis de dolor me inyectaban pero siempre hacía resistencia, por lo que me traía vómitos, y me dejaban en cama”, comenta.

Hace sólo un año, Jessica pudo tener su diagnóstico definitivo: **fibromialgia**.

Ante los constantes malestares que le traían el Tramadol y otros medicamentos, Cossio empezó a buscar alternativas. Fue en ese momento cuando, en televisión, vio a la directora ejecutiva de Fundación Daya, Ana María Gazmuri, hablando sobre los beneficios del Cannabis.

“Fue la primera vez que escuché sobre el uso medicinal del Cannabis y lo empecé a ver como opción, porque mi objetivo era tomar un medicamento que me permitiera tener calidad de vida y poder seguir trabajando”, comenta la estilista.

Pero no fue fácil. El prejuicio personal y familiar era una barrera no difícil de derribar. “Yo soy una persona muy escéptica: no porque una persona me diga que un remedio hace bien, me lo voy a tomar”. Por eso, Cossio empezó a investigar en diferentes páginas de internet y pudo leer testimonios de personas que se han tratado con Cannabis obteniendo excelentes resultados.

“Adicionalmente, escribí a Fundación Daya para tener más información y participé del Primer Seminario Internacional de Cannabis Medicinal que se realizó en Santiago, que organizó la fundación, y así pude entender mejor todo”, cuenta.

De esta manera Cossio se convenció de que la Cannabis medicinal era una alternativa viable y confiable. Se consiguió macerado y empezó a consumir. Paralelo a esto, comenzó a cultivar sus plantas para fabricar su propia medicina. “Lo mejor de esto es que los médicos te dan drogas muy fuertes, más fuertes que el Cannabis, y ni siquiera sabes cómo se fabricaron. Cuando cultivas, sabes que es una planta y que no tiene ningún aditivo dañino”.

Esto fue algo que le interesó, porque los medicamentos tradicionales muchas veces le provocaron efectos secundarios, por los que Jessica terminó en salas de urgencia en más de una ocasión. “Aparte de eso, estaba todo el día en cama, no podía trabajar, estaba mareada, con vómitos y muy decaída”, confiesa.

Hoy, Jessica es otra. “Gracias al Cannabis hago mi vida normal, dejé de consumir medicamentos fuera del Cannabis y ahora tengo mejor calidad de vida. Puedo trabajar, no sufro de los dolores terribles que sufría, y quiero mostrar a todos esta excelente alternativa”, puntualiza, asegurando que su médico está al tanto.

-¿Qué les dirías a las personas que no se atreven a probar tratamiento médico con Cannabis?

- Que se atrevan. Acá en La Unión había y hay gente con mucho miedo al respecto. Es el Estado el que debe proporcionar los medicamentos necesarios. Y si los remedios que entregan son drogas más nocivas que el Cannabis, hay que probar otras alternativas. El Cannabis es una hierba, mucho más natural que un medicamento que te puedan proporcionar.

Cabe destacar que Jessica Cossio fue víctima del actuar policial el 25 de enero de 2016, cuando personal de la PDI ingresó a su casa y le requisaron sus plantas de Cannabis, que tenía destinadas a uso medicinal.

Debido a este hecho, Fundación Daya llamó a corregir procedimientos policiales para no vulnerar el derecho fundamental de acceso a la salud.

“Lo sucedido en La Unión es un pequeño avance, ya que la usuaria no fue detenida y no se le pasó posteriormente a control de detención, lo que celebramos, porque se le respetó su condición de usuaria medicinal. Pero aún se mal aplica la ley 20.000 y se vulnera el derecho a la salud de esta persona, cuando se le quitan sus plantas para su posterior destrucción”, comentó en la ocasión la directora ejecutiva de Fundación Daya.

Ante este caso, Ana María Gazmuri señaló que “hay un avance a medias, ya que en este caso corresponde devolver las plantas a la usuaria hasta que haya una determinación del juez y así no vulnerar su derecho a acceder al tratamiento”.



Niño chillanejo mejora su calidad de vida



Martín tiene 13 años. Desde pequeño, sufre de un daño neurológico severo, que desencadenó en **epilepsia refractaria**, y que lo ha llevado a tener diversos tratamientos. “Desde chico, el daño neurológico trajo secuelas importantes”, comenta su madre, Brenda Castillo. “Las crisis duraban cerca de una hora, y los médicos donde buscamos tratamiento lo medicaban con anticonvulsivantes, Diazepam y Ravotril, del cual tomaba hasta 15 gotas”, agrega.

Fue cuando Martín tenía 11, que Brenda escuchó sobre el tratamiento con Cannabis. “Vi en la tele un reportaje de una niña que se trataba con Cannabis. Comencé a investigar y supe de la Fundación Daya”, comenta.

Sin embargo la chillaneja siempre vio el tratamiento con Cannabis con recelo. “Uno está constantemente conviviendo con personas que hablan del Cannabis de una forma negativa y tomar la decisión de tratar a Martín con este método no fue fácil ni para mí ni para mi familia”, confiesa.

Pero lo hizo, “Abrí mi mente y fue una de las mejores decisiones que he tomado”. Con la Cannabis medicinal Martín pudo bajar el nivel de fármacos que consumía y su vida cambió significativamente. “El gran cambio lo notamos a los 15 días, donde por fin pudo dormir en las noches. Antes dormía con suerte cuatro horas, lo que fue un descanso para toda la familia”, relata Brenda, quien agrega que “los espasmos también comenzaron a disminuir. Antes del tratamiento tenía de 5 a 7 crisis convulsivas diarias, y con el tratamiento desaparecieron”.

Actualmente, Martín lleva una vida más tranquila después de casi dos años de medicarse con Cannabis. "Tiene otra mirada, está más conectado, y sonrío cada vez más", relata emocionada su madre.

- ¿Qué les dirías a otros padres que están pasando por una situación similar y no se atreven a dar el paso?

-Que se atrevan, que no le cierren la puerta, que investiguen sobre la historia del Cannabis y cómo ésta ha beneficiado a tantas personas a través del tiempo. Yo no creía al principio, pero ahora sé que el Cannabis no le hace daño a mi hijo, como sí lo hacía mantenerlo con tantos fármacos.





Mi hija bajó de diez a cero crisis diarias



Pía Fernández es una tierna niña talquina de 4 años de edad. Hace dos años le detectaron el **Síndrome de Angelman**, una complicada enfermedad que le trajo diversas consecuencias, incluido un cuadro de epilepsia. "Apenas comenzó, tuvimos que hacer exámenes, como algunos electroencefalogramas con privación de sueño, y tratar con medicamentos", comenta la madre de la menor, Pía Ubilla. A pesar de ello, la niña continuó con las crisis de epilepsia. "Le daban en diferentes momentos y eran más de diez al día", relata la madre.

Fue durante este proceso cuando el padre de la menor, Luis Fernández, leyó sobre el uso medicinal del Cannabis, contactando con Andrea Bello, representante de Fundación Daya en Concepción y miembro activo de Fundación Mamá Cultiva. "Luis viajó a Concepción y Andrea le habló de los beneficios del aceite de Cannabis, de las aplicaciones y los beneficios que podía tener con su uso", agrega la madre de Pía.

Fue ella quien decidió viajar a Santiago para conversar sobre el mismo tema con la directora ejecutiva de la Fundación Daya, Ana María Gazmuri y la directora técnica de la misma organización, Alejandra Ahumada. Ahí empezó el tratamiento en base a macerado de Cannabis, donde Pía ha visto un gran avance en su hija.

"Mi hija no habla, pero desde el primer día de tratamiento comencé a verla más despierta y se nota que me toma mayor atención", asegura la madre. "Después de haber tenido más de diez crisis diarias, ahora los episodios le bajaron a cero", agrega, y asegura que a lo sumo tiene una crisis cada tres meses.

“Esto ha permitido que mi hija consuma la dosis mínima de medicamento hace tiempo. El último electroencefalograma arrojó como resultado una epilepsia que no ha avanzado, logrando que esté hace más de un año estable”, cuenta.

Además asegura que su hija “tiene una vida mejor, más tranquila”, y lo que más agradece es que el tratamiento con Cannabis “no le mata neuronas, como sí lo hacía cada una de las crisis que ella tenía”.

-¿Qué les dirías a otros padres como tú, que no saben sobre el tratamiento con Cannabis?

-Que confíen para dar el paso, que lo hagan para mejorar la calidad de vida para sus hijos. Todo está en confiar, y en mi caso la Fundación Daya siempre ha caminado de la mano conmigo en el proceso de mi hija y estoy segura que así será con el resto de los pacientes.





La sonrisa de Florencia volvió



Soy Andrea Callejas, mamá de mellizas, María Jesús y Florencia Paz. Escribo desde Viña del Mar para dar testimonio del tratamiento de Cannabis.

Mis nenas nacieron prematuras de treinta semanas. Una de ellas, María Jesús, evolucionó favorablemente y sin complicaciones, pero nuestra Florencia, quedó con secuelas debido a su gravedad. Perdió la movilidad de sus piernas y presenta leucomalacia periventricular y parálisis cerebral, lo cual trajo consigo retraso en el desarrollo psicomotor.

A los 5 meses de edad presentó un **síndrome de West** bastante agresivo. Se le hizo un tratamiento con ACTH que la dejó prácticamente como un trapito y con la pérdida de todo el desarrollo psicomotor que había adquirido. Lo más duro es que perdió su sonrisa. Fue horrible para todos, la impotencia y la pena nos inundaron por completo. Y lo que es peor, volvió el miedo a que regresaran las convulsiones.

Mientras estaba en el tratamiento con ACTH busqué información de algo alternativo. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera, allí fue cuando se me acercó una enfermera contándome del aceite de Cannabis. Inmediatamente busqué información y conseguí el contacto de Ana María Gazmuri. Mientras esto pasaba, Florencia tuvo una convulsión bastante larga y comenzaron a volver los espasmos. Me decidí y busqué a Ana María, quien me recibió en la fundación y nos ayudó y guió en el tema. Como era pequeñita, decidí darle el aceite de Cannabis en una concentración más baja (lo consume al 30%) y la verdad fue fantástico. Llevamos siete meses y nunca más tuvo ni siquiera un espasmo. Ahora cuando duerme descansa y está completamente conectada. El miedo pasó a segundo plano y la sonrisa de Florencia volvió.

Soy Ingeniero Agrónoma, conozco propiedades de plantas medicinales que se han usado por años para diversas enfermedades gracias a la investigación.

Hoy en día tenemos una planta que puede mejorar la CALIDAD DE VIDA de tantas personas, he visto como mejoró la calidad de vida de nuestra hija, la veo jugar con su hermana, la veo en sus terapias, la oigo balbucear, pedir comida, pasear, veo un futuro en ella y me parece insólito que aún no se regule legalmente el uso medicinal y la investigación del Cannabis en nuestro país. Es nuestro derecho elegir y vivir mejor.







Volvimos a soñar



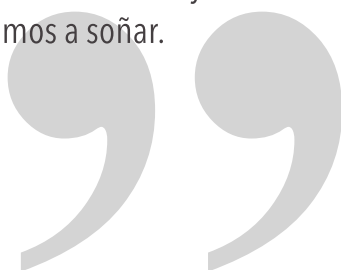
6 Mi nombre es Luz Pizarro, madre de Constanza. Cony es nuestra hija mayor, quien nació hace siete años, un 14 de Julio del 2008. Aparentemente todo era normal, Cony llegó a revolucionar nuestra vida entera, es una niña preciosa, dulce y risueña como ninguna. Su desarrollo era normal, en todo sentido: una pequeña muy extrovertida, divertida y sobre todo muy inquieta.

Una madrugada del 2011, todo cambió. Su primera crisis de epilepsia llegó de manera completamente inesperada y horrorosa. Muy asustados acudimos al hospital más cercano con una niña que apenas respiraba. Desde ese día comenzó nuestro calvario, exámenes que diagnosticaron una displasia cortical bifrontal, que desencadena una epilepsia sintomática. Pensamos positivamente y nos convencimos de que con el tratamiento indicado ella estaría bien y tendría una vida normal.

Lamentablemente no fue así... Probábamos un fármaco, funcionaba un corto tiempo y luego volvíamos a lo mismo. Entonces intentábamos con otro, los mezclábamos y aumentábamos las dosis. Utilizamos varios tratamientos alternativos, dietas cetogénicas, cura CTH, estimulador vagal, etc... Todo seguía igual e incluso peor, por lo que el diagnóstico cambió a **Epilepsia Refractaria, Síndrome Lenox Gastaut**. A medida que las crisis fueron aumentando, Conita, como le llamamos sus seres queridos y cercanos, empezó a deteriorarse progresivamente: De ser una niña independiente, pasó a ser una niña hipotónica, sin controlar esfínter, dejó de hablar, comenzó a alimentarse por sonda nasogástrica y sin conexión alguna. Día a día mi niña se despojaba de la vida. Después de tanto buscar alternativas, escuchamos del aceite de Cannabis.

Como muchos, estábamos llenos de prejuicios y miedos. Pero ante la desesperación de volver a hospitalizar a nuestra niña y verla por tercera vez internada en la UCI, decidimos probarlo. Hace ya 10 meses que Conita lo consume con resultados muy favorables: poco a poco bajaron sus crisis y con ello comenzó a retomar funciones motoras, a hablar, a comer por boca, a sentir, llorar y reír.

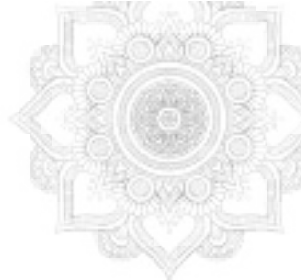
La verdad pensé que jamás volvería a escuchar un “te amo mamá” o verla correr como loca. Hoy tengo la dicha de contarles que gracias a Dios que permitió que este bendito aceite llegara a nuestras vidas, nuestra niña hermosa ha vuelto a vivir y ser feliz y con ello, nosotros, sus padres, volvimos a soñar.







Mi pequeño milagro



Hola, les escribo desde Arica, para contar mi experiencia si de algo les sirve. Mi nombre es Loreto soy mamá de Diego, mi pequeño milagro. Él es un prematuro extremo (nacido con 26 semanas de gestación) con un diagnóstico algo largo denominado: **poencefalia frontal lateral**, en resumen parálisis cerebral, la cual día a día hemos ido superando. Esto trajo como secuela un trastorno en el desarrollo psicomotor, displasia bronco pulmonar, estrabismo, autismo y el año pasado la tan temida epilepsia.

Desde ese día nuestra vida volvió a cambiar. Yo como mamá, comencé a leer y llegué al caso de Charlotte y luego a Fundación Daya, por un tema laboral. Esto no lo puedo hacer público pero me arriesgué con el aceite de Cannabis sola por aquí y por allá, conocí en esta búsqueda a personas maravillosas y tan nobles que aún me emociona.

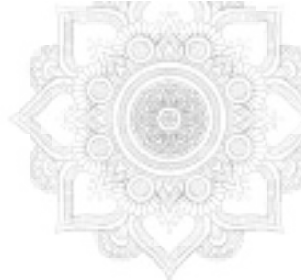
Inicié el tratamiento con el aceite con temor pero comencé a ver lo avances en mi "pollito": está mucho más conectado, cariñoso, regalón y lo mejor; su sonrisa y contacto visual es cada día mayor.

Les cuento esto porque no he visto testimonios en Chile sobre el autismo, todo este cambio mejoró su calidad de vida y la de nosotros como familia.





Les pedimos que se pongan en nuestros zapatos



Hola, soy Alejandra, mamá de Javiera, de 5 añitos. Ella tiene **epilepsia refractaria** producto de una agenesia de cuerpo calloso y una polimicrogiria. Toma Ácido Valpróico, Levetiracetam, y Clobazam.

Para los que no están informados, estos medicamentos a la larga pueden causar muchos problemas de salud adicionales a la epilepsia, la mayoría en el hígado, además de otros que ya se están manifestando en Javiera, afectando su conducta e hiperactividad.

Como padres no nos podemos mantener ajenos a esto; por eso decidimos comenzar la lucha con aceite de Cannabis. Llevamos apenas tres meses y ya hemos logrado que las crisis de la tarde desaparezcan, mejorando su sueño nocturno. Nuestra meta es que las crisis matutinas desaparezcan del todo. Damos gracias a las organizaciones que nos han acogido y ayudado. Cada familia está unida en esta lucha porque detrás hay un ángel que necesita las bendiciones de esta planta, la que entrega la oportunidad de tener una mejor calidad de vida.

Ojalá que los que pueden, quieran hacer de esto una realidad. Me refiero al Gobierno, a algunos médicos y a nuestros parlamentarios, que tienen como labor velar por el bienestar de los chilenos sanos, enfermos o con algún síndrome o condición que nos pone en el porcentaje más indefenso de este país. Nosotros como familia apoyamos y les pedimos que se pongan en nuestros zapatos.



Ahora me puede decir 'mamá' con su voz adolescente



Benjamín, es mi hijo menor, actualmente de 14 años. Nuestra historia cambió a los cinco meses de vida de Benjita, cuando comenzó con un cuadro febril. Los médicos no sabían qué podía tener y comenzaron a dar muchos posibles diagnósticos. Luego de 3 meses, en los cuales a mi pequeño le indujeron el coma, en el hospital San Juan de Dios pudieron dar con él diagnóstico definitivo, en el cual nos señalan que presenta **aciduria glutárica Tipo I, epilepsia refractaria y Síndrome distónico generalizado**.

Como madre no entendía qué eran todas estas enfermedades y veía que mi hijo no era el mismo que antes de ingresar al hospital, pero solo sabía que haría cualquier cosa por verlo bien y feliz.

Nuestra familia se unió mucho más y nuestra vida cambió completamente, pasando a girar en torno a Benjamín. Desde entonces comenzamos a vivir el día a día con las convulsiones, hasta que en un momento sus crisis llegaron a ser de 25 minutos exactos. Los médicos solo nos señalaban que teníamos que estar preparados por que Benjita se moriría en cualquier momento o al término de una convulsión.

Eso fue terrible; era angustiante ver cómo mi hijo quizás moriría en mis brazos y yo sin poder hacer nada.

Benjamín, llegó a tener 60 convulsiones diarias. Lo llevábamos al hospital y solo le inyectaban Diazepam a la vena y lo veía dormir durante horas sin tener conexión con su entorno.

Con el paso de los años nuevamente me señalan los médicos, que él no pasaría los 11 años de vida. Cada cumpleaños de Benjamín eran sentimientos encontrados, pues por un lado veía que mi hijo cumplía un nuevo año pero a la vez se estaba acercando a la edad en que me señalaban que moriría. Fueron muchos años de angustia y temor, hasta que pasamos los once años y yo estaba feliz, porque le habíamos ganado a la palabra de los médicos. Ahora solo nos quedaba hacer algo para cambiar la vida de Benjita.

El año pasado, en el mes de septiembre, fue diagnosticado con bronconeumonía y estuvo hospitalizado durante un largo mes. Nuevamente los médicos comenzaron a decir que mi hijo se moriría en cualquier momento, pues ya no tenía defensas, por presentar una desnutrición severa. Esto fue tan duro, ya que la carita de mi hijo me decía todo lo contrario: solo veía sus ganas de luchar y vivir.

Un día mi hija mayor me comenta que había visto un reportaje en un canal de televisión, donde mostraban a una niña que consumía aceite de Cannabis y había cambiado completamente su vida. Mi hija Beverly, se contactó con Fundación Daya y Paulina Bobadilla, madre que dirige Mamá Cultiva, y ellas amablemente la invitaron a una charla, en la cual, expusieron muchos padres destacando los cambios evidenciados en sus hijos al consumir el aceite.

Desde ese momento mi hija buscó ayuda en sus contactos y un gran amigo le regaló materia prima para utilizar durante los dos primeros meses. Desde el primer día de consumo de la resina de Cannabis, se observaron en Benjita cambios notorios en su vida. Ahora mi hijo afirma su cabeza solito, algo que jamás en 13 años, había sucedido durante todo su tratamiento alopático. Así mismo, duerme todas las noches y se aprecia con menos dolores y malestares; además sus convulsiones han disminuido considerablemente.

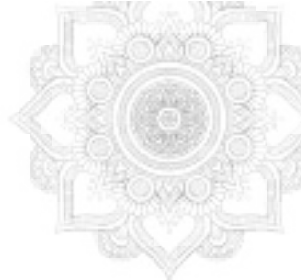
Lo más maravilloso es poder escuchar con su voz de adolescente el decirme “mamá”, palabra que jamás pensé escuchar en mi vida.

Agradezco a Fundación Daya por el acompañamiento en este proceso y a Paulina Bobadilla, por su entrega y dedicación hacia todas las familias que tienen hijos diagnosticados con epilepsia refractaria.





El Cannabis significó un despertar en nuestro hijo



Cristóbal fue paciente de Fundación Daya por más de tres años. El tratamiento con cannabis le entregó una calidad de vida impensada para el diagnóstico que tenía. El 26 de julio del 2018, Cristóbal falleció. A continuación, el testimonio escrito por Daniela, su mamá, años antes.

“Un día 8 de febrero del 2011, a la edad de dos meses y 14 días, llevamos a nuestro bebé a una neuróloga infantil en Concepción, ya que el diámetro de su cabeza había aumentado 6 cms. desde el último control que había tenido hace 20 días. Luego de examinarlo nos dijo que se trataba de una hidrocefalia. Inmediatamente le tomaron un escáner y se trataba de un **tumor cerebral**. Ha sido el dolor más tremendo que hemos sentido con mi marido. Recuerdo que la doctora nos pidió que fuéramos inmediatamente al Sanatorio Alemán porque nos estaban esperando con la cama en UCI lista. Fuimos al auto y nos abrazamos los tres. Lloramos al vivir la muerte tan de cerca.

Ese mismo día a Cristóbal, grave, le indujeron un coma porque la presión que tenía en su cabeza era demasiada. A eso de las 23:00 horas le hicieron una resonancia. El neurocirujano nos dijo que lo que tenía Cristóbal era muy malo, de ahí en adelante fue luchar por su vida. Los oncólogos no querían empezar tratamiento sin antes saber qué tipo de tumor tenía y los neurocirujanos no se atrevían a operar por encontrarse dicho tumor en el centro del cerebro.

Finalmente, se hizo la biopsia con una máquina que se arrendó en Santiago, la cual indicó que el tumor de Cristóbal se trataba de un Astrocitoma anaplásico. Pronto comenzaríamos con la quimioterapia. A pesar de tratarse de un tumor de alto grado, el protocolo de quimio era para tumores de bajo grado.

Dentro de los 18 meses que estuvo con quimioterapia pasamos por un sin fin de inconvenientes, entre ellos una hiponatremia severa que causa mucho daño neurológico, constantes transfusiones de sangre, decaimiento e inapetencia. Pero salimos adelante victoriosos y ya el tumor había desaparecido, sólo quedaban restos encapsulados. El tumor de seis centímetros que tenía Cristóbal lo dejó con múltiples secuelas, retraso global de su desarrollo psicomotor y casi sin visión.

El año 2013 llegamos a Santiago porque mi esposo vino a realizar su beca de especialización en neurología adultos y nos dedicamos a rehabilitar a Cristóbal en centros especializados. Iba todo marchando bien, incluso empezó a ir al colegio.

El 13 de marzo del 2015, realizamos resonancia de control, creíamos que sería un mero trámite, pero no fue así. La resonancia nos decía que el cáncer había vuelto. Fue una mala sorpresa para nosotros, no nos explicábamos como no presentó síntomas por tener tres tumores en su cabeza, el más grande de 5 cms. Nos fuimos al auto y volví a tener esa sensación que ya había olvidado, ese miedo a perderlo, el terror a su muerte. Inmediatamente con mi esposo dijimos que no le haríamos radioterapia por todos los contras que tiene y que veríamos la posibilidad de hacerle quimioterapia, siempre y cuando fuera algo muy suave. No someteríamos a Cristóbal, a nuestro hijo amado a procedimientos muy invasivos y que finalmente le perjudicarían su calidad de vida.

Fue un par de días después, que mi amiga de Concepción, Andrea Bello, me dice que confiemos en el Cannabis medicinal. La verdad no lo pensamos dos veces y el 21 de marzo nos reunimos con Ana María Gazmuri, quien nos abrió las puertas de su casa. Con ella pudimos aclarar nuestras dudas. Después de eso apareció un angelito y ese mismo día comenzamos con Cannabis. Con el tiempo, leímos sobre el tema "Cannabis en tumores cerebrales" y me comuniqué vía correo electrónico con uno de los científicos españoles que hicieron los estudios del THC.

A los cuatro meses con tratamiento en base a Cannabis pasamos de tener un niño que se sentía como si algo le molestara, que se pegaba mucho, que dormía en el colegio o mañoseaba la mayor parte de la jornada, a tener un niño que conectado con su alrededor. Todos los días la tía del colegio me decía que se portaba excelente, que participaba en todas sus clases muy motivado. Por primera vez sentí que él me reconoció al oír mi voz, un niño que por primera vez volteaba cuando alguien dice su nombre, un niño que quiere pasar más tiempo en la calle paseando que estando en el departamento, un niño que por primera vez está moviendo con intención su brazo derecho que casi no tenía movilidad. Cristóbal hoy mantiene muy bien su

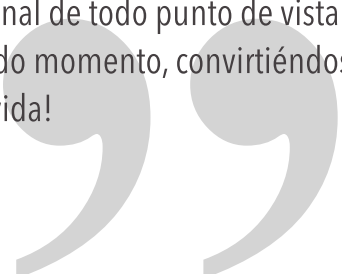
postura al sentarse. Cuando le hablaba, aparte de voltearse y mirar hacia donde estaba, comenzó a emitir ruidos como si me estuviera conversando, ruidos que muchas veces han terminado en un hermoso "MÁ".

El cannabis medicinal para nosotros significó un despertar en nuestro hijo, y si bien, no sabemos por el momento como ha avanzado su tumor, estamos contentos de verlo feliz, logrando hacer cosas que antes eran impensadas.

En junio del 2016 comenzó a tener crisis epilépticas debido a su tumor, subimos las dosis de cannabis, llegando a tomar 1,8 ml de resina por día, lo toleró excelente y las crisis fueron cada vez más aisladas y por sobre todo la recuperación post crisis era muy rápida.

Nosotros como padres no nos rendimos nunca, confiamos en cannabis en todos sus formatos, siendo este el único tratamiento para nuestro hijo desde que reapareció el tumor. Sabemos que no nos equivocamos en la decisión, Cristóbal gracias al amor que pusimos en nuestra medicina pudo ser un niño feliz y quebrarle la mano al destino muchas veces. Así pudimos disfrutarlo y amarlo cada día en el calor de nuestro hogar.

Agradecemos el apoyo incondicional de todo punto de vista que Fundación Daya nos brindó en todo momento, convirtiéndose en nuestra familia. ¡Cannabis es vida!





Yo no pensaba que volvería a creer así en la vida



Tengo 30 años y una **epilepsia refractaria** que me ha acompañado durante toda mi vida, pero que ha sido muy mal tratada por la medicina tradicional y la burocracia chilena. Me llamo Milena, soy cantante profesional y sonoterapeuta. Hace no más de un año estoy vaporizando Cannabis.

Luego de una larga vida de tratamientos clínicos que han sido irritantes y devastadores, tanto anímica como económicamente, y de una enfermedad francamente humillante, he logrado quererme y querer la vida, comprender el rol que me tocó y saber lo fuerte que he sido y como lo he enfrentado; estar orgullosa, poder ver a mi familia y amigos, agradecerles, poder sentir goce y alegría.

Es un trabajo que acabo de comenzar a vivir y que me tiene completamente extasiada, ya que volví a tener la esperanza que tenía cuando era niña y creía en la vida. Esa energía y capacidad de sorprenderme que había perdido por completo.

Hace un par de meses comencé, después de 30 años, a vivir sin miedo y eso no fue posible con ningún otro remedio. No fueron pocos los que utilicé en tratamientos, ya que mi epilepsia está en el lado derecho del cerebro (lado no estudiado por la ciencia), por lo que se desarrolla de múltiples maneras, desde bajarme los pantalones en la mitad de la calle porque quiero hacer pipí inconsciente, hasta hacerme pipí y convulsionar desmayada. Pero las que más me molestaban eran las crisis focales complejas, que duran hasta un minuto en que me desconecto y me sale el inconsciente y digo cosas raras, entre otras manifestaciones, quedando como loca. Para el resto (más que para mí, porque yo no sé lo que hago) esto causa miedo, desconcierto y alejamiento. De hecho en la universidad de Chile no me dejaron entrar a un post título por tener esto. Decían que iba a desconcentrar a los alumnos de Musicoterapia.

Por suerte en EEUU no pensaron lo mismo y si me dejaron ir a realizar un curso. Eso sí, para ir, tuve que estar con mis remedios al máximo, lo que no era nada nuevo. Hay que recalcar que uno de esos remedios (Kopodex), ya me tenía peleada con casi todas mis amigas, ya que el medicamento te pone terriblemente irritante. Aún lo tomo. La última vez que traté de sacármelo me dio una crisis oftálmica, quedando ciega del ojo izquierdo. A eso le sumo una depresión que ya llevaba en tratamiento bastantes años. Mi psicoanalista de ese entonces, me retaba con cada una de mis crisis epilépticas, porque creía que yo estaba tratando de llamar la atención.

En EE.UU. se me abrió la mente cerrada que tenía en Chile y comencé a ver las farmacias de Cannabis. Apenas volví, quise probarla como terapia y bueno, en eso estoy. Feliz porque realmente yo no pensaba que volvería a creer así en la vida. Uno piensa que después de nacer en un país en que solo te meten miedo y te rodeas de gente que lo tiene, uno no puede salir de ahí, pero esta planta ayuda a eso. A mí parecer ayuda a salir del miedo y así el cuerpo se va sanando solo, ya que le empieza a llegar el amor, el amor universal, el amor de verdad.





Llegó la paz y la calidad de vida



Hola soy Valeska Castro, madre de Belén. Mi hija tiene 7 años y ha luchado desde los 5 meses de vida con una **epilepsia refractaria** con un difícil control de sus crisis, registrando alrededor de 20 diarias.

Aún utilizando todos los medicamentos tradicionales nunca logró estabilizarse. Hoy, siendo usuaria de Cannabis medicinal, puedo decir que llegó la paz y la calidad de vida.

No puedo entender cómo dejamos en manos de personas sin corazón, leyes tan importantes como es la calidad de vida de un enfermo. Con esa cantidad de crisis la única solución para mi hija es dejarla en estado de coma ¿Eso es calidad de vida?

Mi hija empezó a usar Cannabis medicinal estando en estado de coma. Hoy es capaz de correr después de solo 10 meses de tratamiento, pudiendo dejar atrás los efectos secundarios de los medicamentos tradicionales. Además, está súper conectada con el entorno. Todos los terapeutas que trabajan con ella están admirados por sus logros, al igual que yo. Agradezco eternamente todo el respaldo que me han brindado Fundación Daya y Mamá Cultiva.





Nunca había estado tanto tiempo sana



6 Mi nombre es Ana María Saavedra. Sufrí por casi dos años de una severa **psoriasis** en mis manos y mis pies. Hoy tengo 57 años. Recorrí un sinnúmero de médicos y dermatólogos, que me llenaron de corticoides y medicamentos que tenían efectos pasajeros y que luego detonaban un brote aún más agresivo que el anterior.

Cansada de tanto medicamento, llegué donde una dermatóloga que me realizó una biopsia y nuevamente me recetaron medicamentos. Me dijo que ella me podía ayudar a paliar los efectos con cremas y medicamentos, pero que debía ir al psiquiatra porque la psoriasis tiene un gran componente desencadenante que es el stress y debía tomar antidepresivos. La verdad nunca fui ya que no quería tomar más remedios.

Resignada a convivir con esta invalidante enfermedad, que en la mayoría de las veces me obligaba a usar guantes, ya que todo el mundo me preguntaba si me había quemado o si tenía alguna infección. En muchas ocasiones me sentí discriminada, ya que me miraban mucho y eso me deprimía y causaba mucha picazón.

En una ocasión estando en mi trabajo vino a visitarme una amiga que sufre de Parkinson y toma el aceite de Cannabis. Vio mis manos y me propuso usar el aceite. Me convidó y sin muchas expectativas, ya que lo había probado todo, comencé a poner en mis manos 5 gotas 3 veces al día. Al quinto día comencé a ver una mejoría notable. A los 15 días prácticamente las llagas habían desaparecido. Seguí con este pero solo una vez al día y ya llevo sin heridas desde principios de mayo. Nunca había estado tanto tiempo sana y mis pies volvieron a ser los de antes sin grietas sangrantes.

Hace un tiempo, fui a Fundación Daya a visitar a una terapeuta. Encantadora, ella me atendió y tomó mis datos. Al tiempo le envié a su correo una foto de mis manos: cómo estaban de enfermas antes del tratamiento y cómo han mejorado

Fundación Daya

luego de utilizar el aceite de Cannabis. No sabría decir qué cepa es la que utilicé, ya que el aceite me lo regaló una amiga y siento que me hace bien.

Un abrazo fraterno y un beso gigante. Sigán adelante por favor, hay mucha gente que los necesita.

La Cannabis me cambió la vida. Estoy feliz de nuevo y la recomendaría para cualquier tipo de afección a la piel.

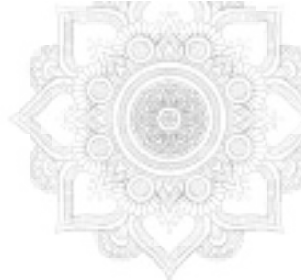






VIVA
CHEEK

Hasta tres meses sin crisis



Hola, soy Ingrid mamá de Juan Diego Rojas, de 13 años de edad y esta es nuestra historia. Mi pequeño nació bien, hasta que a los cuatro meses de vida comenzó con fuertes espasmos, los que fueron retrasando su desarrollo psicomotor y cognitivo.

Después de varios exámenes realizados en Ovalle y Coquimbo, le diagnostican un **tumor cerebral**, por lo que es derivado al Instituto de Neurocirugía, lugar en cual ponen en duda dicho diagnóstico. Desde ahí es enviado al hospital San Borja para hacer nuevos estudios, donde nos dan la devastadora noticia sobre el diagnóstico: esclerosis tuberosa y epilepsia refractaria.

Sentimos que el mundo se nos venía abajo, pero no podíamos permitirnos que esto durara mucho tiempo: nuestro hijo necesitaba a sus papás con todo el poder para comenzar a dar la pelea.

Juan Diego llegó a convulsionar hasta 20 veces al día, se agredía muy fuerte. Tomaba dos medicamentos para sus convulsiones y Resperidona, cuyos efectos secundarios fueron terribles: aumentó de peso, dormía todo el día y se irritaba mucho más de lo normal.

Hasta que en septiembre del 2014 llegamos a Fundación Daya. Viajamos desde Ovalle a un encuentro de padres de niños con epilepsia refractaria, donde conocemos a Anita, Paulina y Pablo, tremendas personas. Retornamos felices y esperanzados a nuestra ciudad.

Desde ese mismo mes, conseguimos todo el material y preparamos el aceite de Cannabis para Juan Diego. Al cuarto día de comenzar el tratamiento notamos excelentes resultados. Vamos a cumplir ya un año de ser usuarios medicinales de Cannabis. Mi hijo ha llegado a estar 3 meses sin crisis. Ha dejado de agredirse, está muy conectado, dejó de tomar la maldita Resperidona. Recuperó también su peso

Fundación Daya

y lo que nos tiene aún más feliz, es que está balbuceando y tratando de pronunciar palabras.

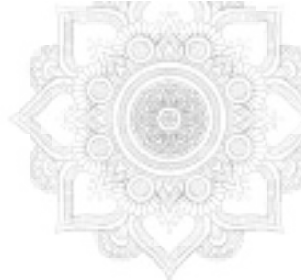
Ojalá todos nuestros testimonios sirvan para que el Gobierno de Chile de ponga en nuestros zapatos. Muchas gracias a Fundación Daya y Mamá Cultiva.







¿Sabem?: soy una niña feliz



Mi nombre es Odila, soy de Puerto Saavedra, de la Araucanía y ahora les presento la historia de mi hermosa hija. Si Lafken pudiera hablar, este sería el testimonio de mi hija:

Mi nombre es Lafken Antonia, tengo 9 añitos y nací con una **parálisis cerebral espástica**. Bajo todo diagnóstico médico, mi evolución llegando a este mundo fue muy positiva. Me sentía conectada con todos, solo me costaba afirmar mi cabecita que era lo único distinto en mí. Me sentía una niña afortunada por el amor que recibía cada día de mi mami y de toda mi familia, que luchaban por darme lo que necesitaba para estimularme y ser mejor.

Cuando aprendí a hacer pucheros y a balbucear, veía la felicidad de mi madre ya que según los médicos nunca lo haría y pasaría mis días casi en un estado vegetal por mi diagnóstico, en ese entonces no muy claro.

Recuerdo ver a mis tíos molestarme para verme hacer pucheros. Nunca supe por qué se entretenían tanto y yo sólo lo hacía para llamar a mi mami. Todo marchaba bien, yo crecía y era una niña feliz. Fue así que llegué a mi primer añito de vida llena de energía por superarme cada día.

Un día comencé a saltar sin querer, sentía que era raro ya que antes nunca lo hacía, trataba que mi mami lo notara pero ella pensaba que era producto de los ruidos y solo me asustaba. Esto con el pasar de los días fue en aumento, peor y más fuerte. Yo me desesperaba y gritaba para qué mi mami me entendiera. Ella me llevó al hospital: lo recuerdo muy bien: muchos delantales blancos, de esos que hasta hoy me dan miedo; nunca me gustaron. ¿Quizás por qué?

No había un diagnóstico claro de qué me ocurría. Siento aun la angustia de mi mamita sin saber nada y escuchando términos médicos que nadie más que ellos entendían. Sé que ella sufría y yo no podía ayudarla y decirle que todo estaría bien. Yo sería fuerte y saldríamos de esto, como fue desde que llegué a sus brazos.

Después de varios meses y muchos doctores y exámenes, estaba lejos de mi casita, del Puerto querido, de mi familia, solas las dos con mi mami. Cada día empeoraban mis saltos, ya eran como cinco saltos juntos. No los podía controlar y me sentía horrible, veía esa nube negra que venía sobre mí y me perdía. Gritaba antes, para avisarle a mi madre que ya venían otra vez. Al reaccionar, ya en sus brazos, escuchaba a mami hablar y decirme que todo estaría bien y que estábamos juntas, que no tuviera miedo, mientras afloraban sus lágrimas por no saber qué hacer para ayudarme.

Así fue como un día uno de esos caballeros de blanco nos hablaron de un "West", ¿Qué era eso? Mi mami estaba descolocada haciendo preguntas, nunca antes habíamos escuchado esa palabra. Ese era el nombre para mis súper saltos: eso era lo que hacía perder el control de mi cuerpo hasta el nivel de olvidar todo. Ya no recordaba cómo eran los pucheros que tanto les gustaban a mis tíos, ni como balbucear a mi mamita, ya que yo disfrutaba al ver brillar sus ojos al escucharme.

Saben, con el pasar del tiempo eran 40 o 50 gritos, saltos, o como decían los de blanco "crisis". Ellas me volvieron a convertir en una bebe cuando ya tenía casi dos años. Fue terrible para mí no poder hacer lo que había aprendido y ver sufrir a mi familia sin poder hacer nada. Solo tenía mi fuerza, que me ayudaba a aguantar y poder acoger a mi mami cuando sentía que ella bajaba sus brazos. Como podía le demostraba que yo tenía aún mucho por luchar y que ella debía ser igual que yo, una guerrera, como lo soy desde el primer día.

Años pasaron en donde no descansaba, mis días estaban llenos de eternas crisis, días enteros en donde me perdía por su culpa. El West era fuerte y no me dejaba tranquila, sentía que cada día que pasaba era peor. Ya no era yo, Lafken, la niña feliz. Era la niña dopada llena de medicación, convulsionando igual y sin poder expresarme.

En una de las largas visitas de los amigos de mi mami fue donde le preguntaron si le gustaría probar con Cannabis. Ella abrió los ojos y no la pensó mucho. Dijo que si a mí me relaja, a ella le puede ayudar. Comencé tomando unos tecitos de esta planta y sentía que me relajaba mucho. Noté un cambio en mí. Mi mami igual vio que me ayudo y me daba todos los días en secreto, solo ella y yo sabíamos. Nuestra familia no lo entendería y prefirió que fuera nuestro secreto. Ni los de blanco lo sabían. Fue así que cada día estaba más tranquila; tenía crisis pero menos, y estaba más rato relajada.

Luego pasaron los años y comencé a tomar manteca de Cannabis, de distintas cepas y algunas no me hacían tan bien. Ahí mi mami tenía que experimentar con ellas en mí. Muchas veces escuche reclamar a mi mamá que nos habían engañado y que perdía la plata. Yo sabía que eso le dolía porque era para mí, su bella musa inspiradora como me dice.

Un día ella decidió contarlo a todos en mi familia; los cambios eran notorios y ellos nos apoyaron. Luego, cultivamos y seguimos probando hasta encontrar y saber qué era mejor para mí.

Hoy sonrío y estoy conectada con mi entorno. Soy sociable y tierna. Paso días y semanas sin crisis; soy una niña feliz, consumo Cannabis medicinal, que fue mi cura y mi alivio. Hay veces en que vuelven, pero ya no es como antes, que me perdía y no sabía qué ocurría. Hoy las aguanto y no me desconecto, sigo dándoles la batalla, pasan rapidito y yo me recupero muy pronto, ya soy más fuerte y no me ganan.

Ahora tengo una mejor calidad de vida, no camino ni hablo pero ¿saben?: soy una niña feliz. Y agradezco a mi mami por haber probado qué ocurría con esta planta santa en mí, que fue la que me devolvió a la vida. Gracias a la Cannabis medicinal hoy soy Lafken, la niña feliz.





Sus ojos ya no sólo buscaban los míos, sino los de muchos más



Cumplimos trece años de vida, trece años de un camino que lejos de ser fácil ha sido el más duro que nos ha tocado vivir como familia. En julio de 2002, llegaste a nuestras vidas y junto contigo la **epilepsia**, enfermedad ajena que nos deparaba un futuro incierto y angustiante.

Un bebé pequeño, de días de nacida, con crisis diarias y recurrentes. Tan pequeña, indefensa y conectada a tanta máquina y agujas porque sus crisis no se detenían. Pensando con la mayor fe, esperábamos que cada hospitalización fuera la última, pero no paramos: crisis mutantes, que fueron cambiando con el paso de los años. Uno, dos, tres medicamentos, y todos los que en el mercado existen. Hospitalizaciones, dietas especiales, perderlo todo y volver a empezar una y otra vez, porque a pesar de hacerlo todo, las crisis no paraban.

Y llegó la adolescencia y con ella el mayor temor cumplido: crisis con pérdida de conocimiento, cual muñeca que va caminando y es apagada. Las crisis la desploman al suelo en un segundo, sin previo aviso. Lo que ya habíamos aprendido a soportar y contener como familia, nos supera con este nuevo escenario. La vida de mi hija corre peligro cada día, cada segundo, y nada puedo hacer más que implorar a Dios que como siempre me la cuide. Y la fe mueve montañas y Dios escucha.

En enero de 2014 recibo de parte de una amiga, el video de Charlotte Figi. Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón de esperanza al ver que aún hay algo más por hacer. Y como una madre nunca se da por vencida, comencé la búsqueda de esta planta milagrosa, la Cannabis, una hierba vetada por mi familia y por mí misma.

En esa búsqueda y tras miles de correos a todo el mundo y pensando en dejarlo todo e irnos a vivir a Estados Unidos, alguien me habla de que había ya un grupo

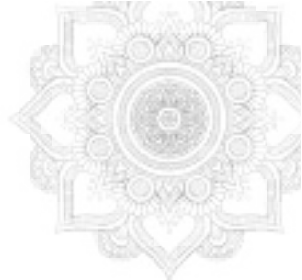
de madres usando aceite de Cannabis en Chile. Y me dan el teléfono de una Ana María: inmediatamente la contacto. Me señala que nos juntemos cuando yo viaje a Santiago para conversar. En marzo de 2014 este encuentro se concreta y me cuenta la experiencia de las madres y del auto cultivo y sus maravillosos resultados. Cuando le pregunto si ella tiene algún pariente con epilepsia o por qué lo hace, me dice que sólo porque ha visto el sufrimiento de muchos. Por primera vez después de años me encuentro con una persona que me tiende la mano sólo por amor y empatía.

Me habla de la Fundación Daya y de todo lo que el aceite de Cannabis está haciendo por miles de enfermos. Me invita a leer e informarme. Cómo padres y ante tantos testimonios no podíamos obviarla. Ese mismo mes la elegimos como tratamiento.

Tomamos un camino nada fácil: germinar, plantar, cuidar, cultivar, pero todo valió la pena. La esperanza volvió. De ocho crisis visibles bajamos a tres y volvimos a dormir y a vivir. Sus crisis generalizadas bajaron en un 70% y sus ojos ya no sólo buscaban los míos sino los de muchos más.

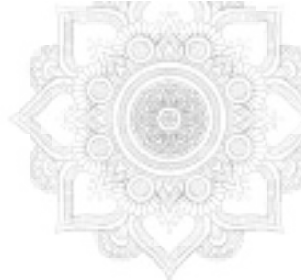
Sueño con un día poder liberarla de tantos años de fármacos, limpiar su cuerpo, conocerla. También sueño que en Chile nos permitan usar lo natural porque nos está funcionando; y que ella vuelva a ser ella y miles de niños puedan contar en el futuro con un mejor mañana. Yo la elegí, nuestra vida cambió, no la dejaremos.







Mi hija había vuelto a nacer



Mi nombre es Andrea y soy la mamá de Valentina, hoy de 9 años y medio. Mi segunda hija llegó al mundo el 2 de octubre de 2014 y todo era perfecto junto a mi marido y mi otra hija de 2 años. De pronto, todo cambió el 15 de enero del 2015. Un par de días antes noté unos movimientos extraños en la Vale: extendía brazos y una pierna, encogía la otra y miraba hacia arriba, luego lloraba. Estos movimientos los repetía varias veces por un par de minutos y luego todo volvía a la normalidad.

Cuando ya fueron varias veces en el día que hacía lo mismo la grabé con el celular y partimos con ella a urgencias de la clínica Dávila. Mientras estábamos ahí, la Vale siempre se mostró normal pero los médicos pasaban y pasaban y a lo lejos escuchábamos una y otra vez el video que yo había llevado. De pronto vino una neuróloga y nos dijo que le harían un electroencefalograma y se fue. No entendíamos nada. Se lo hicieron y a las horas vuelve la doctora y de sopetón nos dice "su hija tiene **Síndrome de West**, necesita ser hospitalizada de inmediato en la UTI, voy a hacer los papeleos". Lo primero que hicimos fue buscar en Google qué era el Síndrome de West. Se nos vino el mundo abajo, ese día partió nuestra lucha.

Lo primero que hicieron fue una cura con ACTH. Los espasmos desaparecieron a los dos días y su EEG ya no mostraba el patrón característico de hipsarritmia, sólo focos epileptiformes. Nos fuimos a la casa con Kepra. Alcanzamos a estar tres días y volvieron los espasmos, nuevamente debió ser hospitalizada. Trataron de hacer una segunda cura con ACTH, pero en la segunda dosis se dieron cuenta de que ésta ya había dañado su corazón, el cual se estaba hipertrofiando. Igualmente los espasmos cedieron y nos fuimos nuevamente a la casa, esta vez usando Vigabatrina.

Todo iba bien, la Vale no tuvo retraso en su desarrollo, era y hacía todo lo que una guagua normal tenía que hacer a su edad (5 meses). Estábamos felices. A los 5 meses y medio todo volvió a cambiar. La notaba más retraída. A ratos, mi estómago me decía que algo no andaba bien. Le hicimos un EEG y había regresado la hipsarritmia, había vuelto el famoso "West".

Comenzaron aumentando dosis, agregando otros antiepilépticos, cambiando de fármacos y nada. Algunos le provocaron alergias cutáneas que dejaron huellas que todavía mi Vale acarrea en su cuerpo. La hipsarritmia seguía ahí, los espasmos cada vez eran más seguidos y duraban más tiempo, cada vez que dormía un rato y despertaba. Para Viernes Santo llegó a estar 40 minutos haciendo espasmos cada 5 o 10 segundos, multipliquen.

Los doctores ya no sólo hablaban de West, sino que de epilepsia refractaria. La Vale en dos semanas dejó de hacer todo. Sólo miraba al infinito. Era menos que un recién nacido, ya que éstos al menos se mueven. Mi hija ni eso hacía.

Fue en ese minuto que recordé un grupo de Facebook del cual me había hecho miembro pero al cual no le había dado importancia, ya que hablaba sólo de marihuana y del uso de aceite de ésta, para tratar casos como el de mi hija.

En ese momento me había dado miedo, pero como veía que mi hija seguía y seguía matando neuronas y todo lo que hacían los médicos no daba resultado, me atreví a ir a un taller de elaboración de aceite de Cannabis que impartirían ese mismo fin de semana. El grupo se llamaba Mamá West. Ahí, Andrea me recibió con los brazos abiertos y por coincidencias que sólo Dios planea, ella había visto el último EEG de la Vale y un angelito me regaló una jeringa con aceite.

Mi hija seguía hospitalizada y cuando vi a su neuróloga le dije que habíamos decidido darle el aceite de Cannabis. Ella me miró incrédula y solo me pidió que esperara a que le hicieran un EEG de control después de la segunda dosis de ACTH (los doctores habían decidido intentar otra cura con ACTH y si no resultaba intentarían con la dieta cetogénica) para que no interfiriera en los resultados.

Acepté y luego de que el EEG seguía mostrando focos de hipsarritmia comencé a darle el aceite, el 25 de marzo en la misma clínica. Los espasmos se detuvieron. Nos fuimos a la casa y a la semana le hicimos otro EEG que sólo mostraba alteración en los elementos fisiológicos del sueño y ya sin crisis epilépticas. A los diez días de usar el aceite de Cannabis, mi Vale simplemente despertó riéndose. No lo podíamos creer, mi hija había vuelto a nacer. En sus ojos se notaba como estaba totalmente conectada con su entorno, desde ese día todo ha sido para bien. A la semana siguiente

su EEG era normal. Y así han salido los demás hasta el día de hoy, normales. Mi hija ya no tiene Síndrome de West, así de simple.

No me queda más que agradecer a Andrea de Mama West, a Fundación Daya, a la Teletón, a los médicos, kinesiólogos, terapeutas y fonoaudiólogos de la clínica Dávila, y por último a mi familia que me apoyó en mi decisión, porque mi Valentina cada día, cada semana, logra más y más avances en su desarrollo, en todos los aspectos. Hoy es una bebita feliz, hermosa y normal y eso no se paga con nada.

Digan lo que digan, quien sea quien lo diga, la Cannabis me devolvió a mi hija y punto.





Tiene días, y momentos de tranquilidad, que antes no tenía



En septiembre del año 2014 le detectaron un cáncer a mi mamá, **Linfoma Non Hodgkin**, cáncer que surge en los linfocitos, en etapa IV. Esta noticia devastó a mi mamá y mi familia; es tan fuerte que no sabes cómo enfrentarlo. Luego del shock que implicó la noticia, iniciamos las gestiones para ver cómo y dónde se trataría. En enero del año 2015 recién comenzaron con las sesiones de quimioterapias: seis sesiones, en el hospital Sotero del Rio, con el doctor Rojas y la Dra. Suárez, médicos tratantes.

Durante todo este proceso, la información proporcionada fue escasa. Los doctores cumplen su labor y conversan poco con los pacientes, por tanto la desorientación es máxima. Pensamos, erróneamente, que luego de las sesiones, y lo que implica en términos de agotamiento del cuerpo, desgaste y dolores, se terminaría toda esta pesadilla, pero, lamentablemente recién comenzaba. El debilitamiento del cuerpo fue enorme: bajó 20 kilos porque durante y después de las quimioterapias no comía, vomitaba todo, se sentía pésimo. Tenía demasiados dolores y, agravando más este panorama ya oscuro, estaban sus hemorroides, que ya no la dejaban vivir, ni caminar. Con las quimios todo se agravó; esta situación era insostenible.

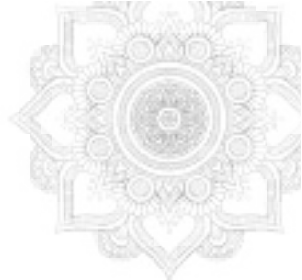
No sabíamos cómo ayudarla, sólo la veíamos llorar y sufrir por sus terribles dolores. Un día, vimos en televisión a Ana María Gazmuri hablando de la Fundación Daya y de su ayuda y apoyo a las personas con cáncer. Busque de una u otra forma la dirección y me comuniqué con ellos, hasta que por fin me respondieron y me dieron una cita.

Cuando salí de la Fundación, con las chicas que son un amor, y me atendieron fantástico, por primera vez, en mucho tiempo sentí que alguien nos podía ayudar, y que alguien nos escuchó y guió. Había oído los efectos del aceite de Cannabis en los enfermos de cáncer, pero, ahora les puedo decir que efectivamente es maravilloso. Mi mamá lleva casi un mes tomándolo, y si bien, sus dolores no han disminuido del todo y aún tiene crisis, por lo menos tiene días, y momentos de tranquilidad, que antes no tenía. Se ha notado un cambio en su vida. Lo único que me complica y preocupa hoy, es qué pasará cuando se termine el aceite que me proporcionó desinteresadamente la red solidaria, ya que es extremadamente difícil conseguir la materia prima para hacer el aceite.

Con una mano en el corazón, hoy no existe conciencia de ayuda, de mejora, de brindarles una salud y una vida digna a las personas afectadas con cáncer. Parecemos delincuentes intentando conseguir la materia prima, que dicho sea de paso, debemos comprarla con el riesgo que eso implica. No la queremos para fumar, ni pasarlo bien: la queremos para salvar una vida, brindarle una mejor calidad de vida a una persona que sufre. Es necesaria la aprobación de la ley, y el apoyo a la Fundación Daya. Las personas egoístas que piensan que la despenalización de la ley implicará un mayor consumo para uso no terapéutico, creo que se equivocan: piensen en el otro lado de la moneda, en las personas que lo necesitan para terapias, en las personas que sufren y mueren por un pensamiento egoísta y simple.

Hay que estar en los zapatos de una persona enferma y una familia desesperada para saber de cuánta ayuda es la Fundación y los beneficios que aporta el aceite de Cannabis, para saber de lo que hablo.







Está más conectado con su medio



Esta es la historia de Bryan Nicolás Carrasco Díaz, diagnosticado con **Síndrome de West**, epilepsia refractaria, diabetes insípida central, entre otras patologías.

Mi hijo nació de 41 semanas de gestación debido a un mal manejo en el hospital Félix Bulnes, en el que me hospitalizaron una semana antes del parto. Lamentablemente el sistema no me realizó una cesárea y mi hijo terminó teniendo sufrimiento fetal debido a su tamaño, de 51 cm y su peso de 4.060 kg, quedando atrapado y debiendo realizarse una cesárea de urgencia. En ese momento comenzó un calvario en su vida, fue internado en neonatología. Un bebé que solamente debía presentar fisura palatina terminó teniendo muchas complicaciones.

A los dos meses de nacido se diagnostica una diabetes insípida central, la cual provocó unas hipernatremias terribles. El 25 de diciembre del año 1998 mi niño comenzó con sus espasmos. Me dirigí al hospital San Borja Arriarán, donde la doctora de turno me dijo que no era nada, que solo son gestos de un bebé de 4 meses. El día 28 de diciembre del mismo año volví a hospitalizar a mi hijo para estudios. Lamentablemente se volvió a descompensar en neurología, debiendo ser trasladado al 8° piso, donde gracias a Dios me encontré al doctor Jorge Orellana, a quien expliqué lo que le estaba sucediendo. Él me contestó: cuando le dé eso que tu llamas crisis, avísame. El día 29 de diciembre volvieron los espasmos mucho más fuertes debiendo poner oxígeno a mi niño, por lo cual fue enviado rápidamente a un electroencefalograma y arrojó inmediatamente alteraciones. No eran "gracias" de un bebé de cuatro meses.

El día 31 de diciembre comenzamos con el ácido Valpróico, y una cura con ACTH: disminuyeron las crisis por unos dos años. Luego de su última cirugía de labio, comenzaron las crisis mucho más violentas y rebeldes, por lo menos una vez

a la semana. De ahí comenzaron a probar uno y otro medicamento. En estos últimos 14 años, 34 hospitalizaciones y 5 de ellas en UCI han marcado los 16 años del Nico.

El 23 de agosto de 2014 tomamos la decisión más difícil: someter a nuestro niño a una cirugía de columna. Las alternativas eran un paro respiratorio o la cirugía. Le instalaron 28 pernos para realizar la corrección. De ahí los dolores y el postoperatorio fueron el primer indicio de que algo había cambiado. Las crisis aumentaron considerablemente, pero eso no era todo: el 15 de enero del año 2016 comenzaron las nuevas crisis cambiando de espasmos o movimientos clónicos que no duraban más de 5 minutos a saltos y gemidos, como si se estuviese electrocutando. Estas duraban a lo menos de 15 a 20 minutos, una o dos veces al día. Tales crisis lo terminaban dejando rendido, y nuevamente comenzaron a subir los medicamentos, Valpróico de 250 cada 8 horas, Lamotrigina 150 cada 12 horas y Risperidona de 1mg cada 12 horas también, debido a que se auto agredía, mordiendo sus manos hasta sangrar.

Era tanta la angustia. Ningún medicamento servía, mi niño sufría y se estaba deteriorando cada día más. Pasó de ser un niño activo, con control de tronco a un cuerpo sin energía. Decidí trasladarlo a Iquique para tratar de hacer terapias en piscina, para evitar que se siguiera atrofiando. Lamentablemente le ayudó en relación a su diabetes y tono muscular en piernas, pero las crisis no cesaron; iban en aumento.

Gracias a unos conocidos logré contactarme con Paulina, de Mamá Cultiva. Al llegar a Santiago lo primero que hicimos fue ir donde ella. Nos ayudó al principio y un angelito nos regaló una maceración de Cannabis y nos indicó los pasos a seguir. Conseguimos la materia prima y Andrea nos enseñó a realizar el medicamento. Comenzamos el 11 de mayo, nos cambió la vida. En el último periodo sólo ha presentado una crisis suave, está muchísimo más conectado con su medio y ya controla el tronco.

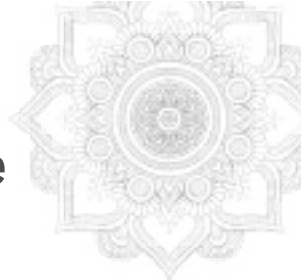
Estoy tan agradecida, en estos dos meses sin Lamotrigina y Risperidona, con su tratamiento de aceite de Cannabis, administrado dos veces al día. Espero que los políticos de este país logren entender a nuestros pacientes que tanto necesitan de este medicamento.







Hacer tu propio remedio en casa no puede ser más noble



Filippa nace el 3 de Octubre de 2011 por RCU (Restricción de Crecimiento Uterino), a las 34 semanas de gestación, con 37 cms de talla y un peso de 1.300 gramos. Hasta ese momento, solo era una guagüita prematura, con todos los riesgos y cuidados que esto amerita.

Al pasar de los días comenzaron a aparecer las dificultades: no se lograba alimentar por boca, es decir, no succionaba y los médicos empezaban a dudar de su estado. Fue la primera vez que escuchaba la especialidad de genetista, y al reunirme con la doctora, luego de que ya había examinado a mi Filippa pequeñita, me comienza a hablar, explicándome una serie de imperfecciones físicas: tamaño, de pies, orejas, entre otras. Me dice que existe la posibilidad de que mi guagüita podría tener una **genopatía**.

Sin entender nada de lo que me decía, logré darme cuenta rápidamente de que lo que me estaba comunicando era algo grave y una condición que estaría presente de por vida. Termina de hablarme diciéndome que hay que hacerle un cariograma para descartar.

Quedé angustiadísima, no lograba ni entender ni dimensionar lo que estaba pasando, solo me quedaba esperar el resultado. Finalmente el examen salió bueno; la Filippa estaba OK, lo que nos alivió un montón y quedamos felices de que nuestra chiquitita era solo chiquitita, pero que iba a engordar rápidamente al igual que lo habían hecho sus hermanos.

A los dos meses la dieron de alta, llegamos a la casa felices, estábamos ansiosos de que los niños la conocieran, y ver cómo reaccionaban al conocer a su hermanita. Sin embargo, cada vez se hizo más difícil alimentarla. Filippa no crecía ni engordaba,

partieron las complicaciones. A los dos meses es diagnosticada con neumonía y hospitalizada en UCI. A los tres meses presenta un cuadro febril que gatilla su primer estatus epiléptico, con solo 2,5 kilos de peso. Estuvo con riesgo vital, le hicieron todo tipo de exámenes, la vieron muchísimos médicos y tuvo diversos diagnósticos. Finalmente concluyeron que fue un status epiléptico, dado un cuadro de fiebre alta.

Luego fue un periodo de exámenes tras exámenes. Filippa seguía muy lento con su crecimiento y aumento de peso. No se alimentaba bien, no avanzaba a los pasos de un niño en su primer año de vida.

Luego es diagnosticada con luxación bilateral de ambas caderas, por lo que la operamos dos veces, y estuvo cinco meses enyesada, del pechito a la punta de sus pies. Posterior al yeso estuvo unos meses con zapatitos que tenían un fierro al medio, luego otros meses más con un cojín triangular (día y noche). Su proceso de las caderas fue eterno y horrible.

Se enfermaba muy fácilmente por lo que pasaba mucho hospitalizada, ya que con 37 de fiebre ya estaba con riesgo de convulsión. Al presentarse la primera crisis partíamos a urgencia y se quedaba hospitalizada en UCI pediátrica. Claramente esta situación no era normal y teníamos que seguir investigando y solicitando ayuda para que nos orientaran con lo que estaba pasando con la Filippita.

Fuimos a un nuevo genetista en Santiago, hicimos cariograma en Chile (el segundo) y mandamos otro a Estados Unidos, el último nos dio el diagnóstico definitivo: Filippa tiene una genopatía, al parecer única. No es ningún síndrome conocido, es un caso particular del cual no se tiene ningún diagnóstico, por lo que nadie sabe qué logros puede alcanzar, qué limitaciones puede tener, ni se tiene certeza sobre su proyección de vida, ni tampoco de cuál es el camino más claro para darle la mejor calidad de vida posible.

Hasta ese momento Filippa convulsionaba sólo cuando se enfermaba, cuando tenía fiebre o se contagiaba con algún tipo de virus o infección. Pero el problema era que se enfermaba demasiado y no subía de peso; siempre estuvo bajo peso, por lo que finalmente decidimos hacerle una gastrostomía (alimentación directamente a su estómago, con un botón gástrico), con el fin de mejorar su calidad nutricional y sus defensas. Sin embargo, no logramos mejorar ninguna de las anteriores, continuó con bajo peso y enfermiza.

Pasó el tiempo; Filippa ya tenía más de dos años y medio. El 15 de diciembre de 2013 comienza a tener una, dos, tres y hasta cuatro crisis diarias. En conjunto con el neurólogo comenzamos a ajustar las dosis de anticonvulsivantes, semana a

semana, dado que las crisis no bajaban. Al contrario, seguían en aumento siete, ocho, nueve, incluso diez crisis diarias. Agregamos otro medicamento, y también fuimos subiendo dosis semana a semana. Llegó un momento en que ya no podíamos seguir subiendo dosis y Filippa no tenía menos de cinco crisis diarias.

Todo lo que había avanzado a nivel motor, lo perdió. Se desconectó totalmente del mundo y la situación no mejoraba. Llevábamos dos meses sin parar las crisis, y la gordita despierta un día con una extraña carita, eran las 13:00 horas aproximadamente y ya llevaba veinte crisis. Era mucho, cada vez aumentaba más el ritmo de las crisis, por lo que partimos a urgencias. Pasó rápidamente a la UCI pediátrica. Filippa tenía una crisis tras otra, llegando a presentar hasta 60 diarias, los medicamentos no hacían efectos, y si seguíamos aumentándolos podría ser muy riesgoso para su salud, implicando dificultad respiratoria, entubarla, etc. Finalmente los médicos deciden comenzar con la dieta cetogénica.

Primera vez que escuchaba el nombre de la dieta cetogénica, que se basa principalmente en grasas, y un muy bajo porcentaje de proteínas y carbohidratos, con el fin de que el organismo haga cetosis, es decir, produzca cetonas, ya que éstas tienen un efecto anti convulsionante.

Comenzaron la dieta con Filippa en la UCI, logrando estabilizarla, cada día mejor, y llegó a erradicar todas las crisis. Estábamos felices, aliviados y sentíamos que había pasado el peligro, y que con esta dieta íbamos a lograr estar estables y sin crisis. Unos días después, Filippa sale de alta, y nos fuimos a la casa con la dieta, y altas dosis de dos anticonvulsivantes. La dieta era compleja, pero teníamos que hacerla, ya que los medicamentos no lograban estabilizar a Filippa y teníamos que erradicar las crisis.

Luego de un tiempo sin crisis, comenzamos a sacar los medicamentos de a poco. Semana a semana fuimos bajando las dosis, sacamos uno y luego el otro. Filippa, estaba sin crisis, pero muy desconectada, ya no me miraba a los ojos, no me sonreía, dormía mucho, había días completos en que dormía, era imposible levantarla. Desde que había partido con las crisis Filippa nunca más sonrió, esa fue una de las cosas más duras que me ha tocado vivir: no verla sonreír.

Estábamos felices sin crisis, pero esta dieta no era nada de fácil. Para darle la fórmula, la única opción era una que vendían solo en Estados Unidos o Inglaterra, por lo que teníamos que importar la leche, y abastecernos, ya que era terrible si se nos acababa. Para hacer comida necesitabas ingredientes especiales, todo perfectamente medido, ya que no se podían alterar las proporciones de alimentos.

Filippa no comió nada por boca por 10 meses, no sintió nada en la boca, solo el gusto de la acidez y el reflujo que producía su cuerpo. Casi la totalidad de la alimentación era aceite o grasa, muy pesada para su guatita, ya que tiene reflujo y retraso del vaciamiento gástrico, y ambas cosas se potenciaban con esta dieta.

Al pasar el tiempo Filippa fue empeorando. Su dolor de guatita fue cada vez peor, le daba la leche, la vomitaba y estaba todo el día con dolor. Yo sentía que al alimentarla la envenenaba, fue súper angustiante. Estaba con dolor y molestias todo el día y llegó a vomitar varios días las cuatro comidas. Esto no daba para más: mi hija estaba sufriendo de sobremanera y con un nivel de desnutrición de alto riesgo no podíamos seguir así.

Todos los doctores insistían en que la dieta era un éxito ya que estaba sin convulsiones, por lo que no querían sacarla. Pero yo, como mamá, sabía lo crítica y grave que era la situación y que había que terminar con ella lo antes posible.

Un tiempo atrás yo había comenzado a escuchar de la terapia de Cannabis medicinal para la epilepsia refractaria, pero desconocía totalmente como se suministraba, formatos y dosis. También vi el programa de Contacto, pero pensé que sólo era una cepa, la de Charlotte, y no teníamos cómo acceder a ella. Tampoco se podía importar el aceite. Es decir el camino de la Cannabis era difícil. Sin embargo, dado que la Filippa ya no daba más, y los doctores tradicionales no lograban ayudarnos, vi la Cannabis medicinal como única opción a seguir. No podía seguir con la dieta, pero tampoco podía correr el riesgo de caer en un estatus epiléptico tan fuerte como el anterior, o incluso peor.

Entonces me contacté con la Fundación Daya, donde me acogieron sin gran cuestionamiento de mi situación: solo vieron nuestra necesidad y nos orientaron y facilitaron el aprendizaje, tanto de suministro como preparación y cultivo de la Cannabis, con el fin de que lográramos producir la medicina de Filippa en nuestra propia casa.

Con nuestro primer mililitro de aceite de Cannabis comenzamos la terapia, una gotita al día sublingual y paralelamente a sacar la dieta cetogénica. Luego de unas semanas, Filippa había vuelto a una dieta normal, leche y papillas como cualquier niño de siete meses. Los dolores de guatita desaparecieron y comenzó a alimentarse por boca nuevamente, pero esta vez comía y deglutía como nunca lo había hecho antes. Fue impresionante como se estaba alimentando, logramos que ingiriera por boca las dos comidas principales del día y solo el líquido quedó por gastrostomía. Ya

no tenía las molestias de reflujo y acidez, tampoco vomitaba. Se comenzó a contactar con su entorno, y a recuperar algunos logros motores.

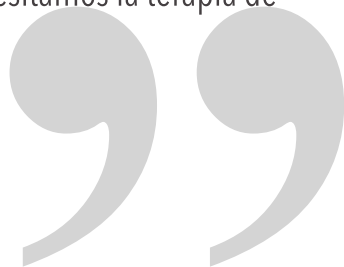
Sin duda el Cannabis ya nos había cambiado la vida, era un tremendo avance. En la primera semana volvió a hacer cosas que había logrado hacer anteriormente: se conectó con su entorno, no tenía molestias. Era evidente su estado más placentero: mejoró su calidad de vida en forma importante.

Filippa estuvo cuatro meses sin crisis, con régimen de alimentación normal, y recuperando peso, se nos comenzaban a abrir las ventanas, y diferentes caminos y posibilidades para ayudar a Filippa en su desarrollo, ya que nunca habíamos logrado continuidad en sus terapias.

Pero Filippa se enfermó, de un resfrío muy fuerte y comenzó con crisis otra vez. Pensé que era pasajero, solo por el resfrío, pero se sanó y la epilepsia se quedó. Le aumenté la dosis de la Cannabis que teníamos, pero no desaparecieron. Finalmente llegó a nuestras manos un extracto de una cepa muy medicinal, y a los dos días Filippa dejó de tener crisis. Pasaron a ser días estables y a acomodarse a esta nueva cepa. Logramos tener nuevamente la paz de días sin crisis, los que de verdad son muy valorados y los sentimos casi prestados, ya que no sabemos cuándo pueden volver.

La Cannabis es una tranquilidad. Luego de un tiempo de terapia de Cannabis, ya sabes que si una cepa no funciona, será otra la que surta efecto, pero que la vas a lograr estabilizar sin medicamentos fuertísimos ni con dietas difíciles, si no que con extracto de Cannabis.

Las mamás somos capaces de cualquier cosa con tal de ver a un hijo feliz, más aún si vemos a nuestros hijos sufrir. Hacer tu propio remedio en casa no puede ser más noble, no puede ser un delito. Necesitamos acceso a esta medicina, necesitamos investigación, aprendizaje, educación. Necesitamos la terapia de Cannabis para que nuestros hijos vivan.





Se ve un niño feliz



Ignacio Jofré Segovia, tiene un año y 4 meses de vida. Nació prematuro de 30 semanas. En neo tuvo su primera convulsión. A los seis meses comienza a convulsionar con mayor intensidad y nos enteramos que producto de un infarto cerebral en el lado izquierdo, tiene **síndrome de West**.

Lo trasladamos a Santiago al hospital clínico de la Universidad Católica, en donde su primer tratamiento fueron diez inyecciones de cura de ACTH, al mismo tiempo que tomaba Kepra y Ácido Valpróico. Ninguno de estos remedios causa efecto en él y le suman Sabril 3 1/2 pastillas. Funcionó dos semanas y luego sus convulsiones volvieron.

Nos dan un nuevo diagnóstico, el cual hoy se llama epilepsia refractaria. Llegó a convulsionar 100 veces en un día. En la búsqueda por algo mejor llegamos a la agrupación Mama West, en donde nos informaron de qué se trataba el aceite de Cannabis y decidimos probar. Nos enseñaron cómo hacer la medicina.

Hoy Ignacio lleva casi cinco meses con el aceite de Cannabis y sus convulsiones llegaron a cero. En ocasiones tiene espasmos, pero son los mínimos. La Cannabis nos cambió la vida, hoy él sonríe, está muy conectado, dice mamá, papá, agua (siendo que por su daño no podría hablar), puede rehabilitarse y lo más importante que se ve un niño feliz y todo gracias a la Cannabis.

Hoy solo toma Sabril 1 1/2 pastilla. Se controla en la clínica de la Universidad Católica con la Dra. Krakowiack.



Se notan sus ojitos que brillan



Esta es la historia de Cristóbal, nuestro adorado hijo de 13 años, autista y con una epilepsia refractaria de toda la vida. Para nosotros su autismo nunca ha sido un obstáculo o impedimento. Creo que incluso nos sirvió a todos para ser mejores personas. No puedo decir lo mismo de su epilepsia que ha significado un deterioro de la vida misma.

Cristóbal ha tomado medicamentos toda su vida, pero aun así sus crisis persistían. Que subidas y bajadas de fármacos, que probemos, que veamos. Era y es un conejillo de indias. Debido a los efectos secundarios de algunos fármacos pasa por periodos anoréxicos, con malestares gastrointestinales, midriasis, guturalidad, somnolencia, insomnio, irritabilidad e incluso notamos retroceso en sus habilidades cognitivas y dificultad en el aprendizaje.

En específico, un medicamento pudo controlar un tipo de crisis, pero a cambio de esto sus crisis se volvieron convulsivas. Por más que le pedí a su neurólogo que me explicara cómo era posible que a su consulta llegara con mioclonías y ahora convulsionaba, nunca tuve una respuesta que me dejara conforme. Por último una respuesta "adornada". Y aún la espero. Claramente el medicamento fue una cosa por otra, otra peor.

La última visita a la "mejor" neuróloga, tuvo como resultado probar otro y otro medicamento, pero paralelamente ir juntando dinero desde ya para operarlo.

Llegamos a Santiago buscando lo mejor para él, pero mirando en retrospectiva ha sido un gastar de tiempo preciado y de dinero que no sobra.

Ese mismo día tuvimos la mejor cita de nuestra vida. Fuimos a Fundación Daya, y atendidos por Paola, quien nos orientó. Y a través de un angelito nos llegó

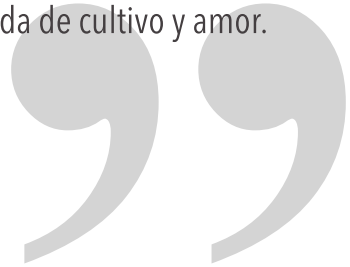
una donación de aceite de Cannabis. Una “donación bendición” le digo yo. Las dos primeras semanas fueron un sueño, cero crisis, cero de todo.

La verdad me sentí la persona más estafada del mundo, estafada por una sociedad médica que no mide consecuencias cuando se trata de lucrar. Veía por primera vez a mi hijo sin crisis.

Posterior a esta “luna de miel”, han venido crisis pero más esporádicas; con mejor recuperación post crisis, con mejor pronóstico. Y los que vivimos diariamente esta realidad sabemos que es un enorme avance. Sin aceite después de las crisis, Cristóbal quedaba mudo por horas, ahora se recupera y conecta más rápido, por ejemplo.

En Fundación Daya entramos a un mundo paralelo de bondad, generosidad y contención. Hace ya dos meses mi Cristóbal está usando aceite de Cannabis. Estamos conscientes que esto es un proceso y como tal tiene sus altos y bajos. Nada es inmediato, pero si tenemos que probar las “mil millones” de cepas, lo haremos.

Han disminuido sus crisis, actualmente está más conectado con el entorno, se notan sus ojitos que brillan, feliz, motivado, conversador. Agradecidos de la Cannabis, de la Fundación Daya y de mi hijo por acercarnos a esta cruzada de cultivo y amor.







Ha descubierto muchas cosas, como mirar las estrellas



Debido a la soberbia y la altanería con que se expresan ciertas cúpulas médicas con respecto al uso del Cannabis medicinal o terapéutico en mi país, y teniendo claro que no representan la totalidad de la opinión de los médicos que, según ellos creen representar (más abajo justifico el porqué de esto), además de ver que en forma artera atacan de manera desmedida a Fundación Daya y en especial a su fundadora Ana María Gazmuri, publicando juicios errados en desmedro de la Cannabis medicinal e induciendo al público en general a creer en forma errónea que dicha planta es altamente peligrosa para consumo humano, debo declarar y testimoniar lo siguiente:

Mi hijo Juan Carlos Jr. de apenas 12 años, sufre de esta maldita enfermedad llamada epilepsia refractaria de difícil manejo, diagnosticada al año y dos meses de edad. Después de una batería de exámenes para confirmar este diagnóstico, los neurólogos indicaron la medicación de antiepilépticos y otros tranquilizantes para comenzar a calmar las crisis convulsivas de Jr.

Nos paseamos por casi la totalidad de los antiepilépticos habidos y por haber en el mercado, llámese por vía oral, vía nasal y vía anal etc., sin conseguir resultados que pudieran evitar en su totalidad las descargas eléctricas cerebrales que sufría Jr. Eso sin contar con el cocktail de benzodiazepinas que acompañaban a los antiepilépticos.

Sus convulsiones llegaban de 10 a 12 diarias, con la certeza de que con cada descarga eléctrica perdíamos neuronas del cerebro de nuestro hijo y, lo más terrible, sin poder recuperarlas jamás. Cabe mencionar el desgaste, la angustia, el dolor y

la impotencia que sentíamos como padres y como familia en general, al no poder ayudar y sólo depender de estos fármacos que, aparte de hacerlos dependientes, a estos niños les causan daños colaterales, como el deterioro de su hígado. Como padres hay que estar alertas para evitar dañar este vital órgano, que en un descuido puede originar su pérdida, con consecuencias ya conocidas.

Pasamos muchos años en este ir y venir, muchas veces no entendiendo el porqué del sufrimiento de nuestro hijo. Muchas veces he deseado conocer el tratamiento adecuado para dejar de ver a nuestro hijo sedado, adormilado, aletargado y desconectado de la realidad. Es un dolor como padre que no se alivia con nada.

Pasaron los años, esperanzados, sin bajar los brazos. Sentados frente al televisor vimos por primera vez con mi familia la posibilidad cierta de brindarle una mejor calidad de vida a nuestro querido Jr. Enfrente estaba Charlotte Figi diciéndonos que si ella sí, ¿por qué nuestro Jr. no?

Fue en septiembre de 2014 que vimos el reportaje y comenzamos a indagar y averiguar sobre el aceite de Cannabis. En febrero de 2015 comenzamos a suministrarle por vía oral el aceite de Cannabis. Nos sentíamos solos en esta aventura y supimos de Fundación Daya, quien nos acogió y nos orientó y, lo más importante, nos dio la tranquilidad para seguir con el tratamiento. Conocimos a personas maravillosas como Ana María Gazmuri y a su esposo Nicolás Dormal y con el tiempo hemos conocido a otros integrantes de este hermosos grupo; personas maravillosas, con una compasión a toda prueba, que lo único que buscan es ayudar y aportar.

Comenzamos lentamente a ver los cambios que se produjeron en Juan Carlos Jr. En un par de semanas comenzamos a ver su evolución, por supuesto positiva. Disminuyeron sus crisis epilépticas, hasta llegar a cero al día de hoy. Su temblor en su cuerpo ha comenzado a disminuir, su autismo está desapareciendo. Está más tiempo conectado con la realidad, su sueño es más reparador, está más feliz, ha descubierto muchas cosas, como mirar las estrellas, etc.

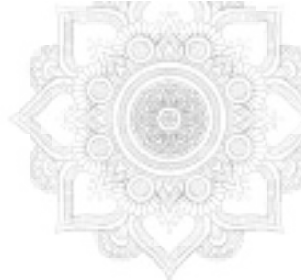
Ha sido un cambio rotundo en su calidad de vida, y qué decir de la nuestra como papás. A la fecha le hemos retirado medicamentos como el Clonazepam, ya en forma definitiva, y hemos comenzado a dejar en forma paulatina y programada el Ácido Valpróico. Lo más interesante de esto que lo hemos hecho en conjunto con su médico neurólogo tratante y eso, que el médico de tu hijo te acompañe en este proceso, es impagable. Por eso afirmo que estas cúpulas médicas no representan el sentir de todos los médicos. Damos gracias a este neurólogo infantil que se la ha jugado por estos niños.

Cuando vemos que elites científicas y autoridades a todo nivel tienen una mirada sesgada, prohibicionista y opinan desde el desconocimiento, no queda otra cosa que alzar la voz y defender a quienes tanto hacen por la despenalización de la Cannabis medicinal en Chile. Como papá me he transformado en un ferviente activista de la causa de despenalizar el autocultivo y ocupar todos los medios posibles para decir que la marihuana le cambió la vida a mi hijo y la de mi familia.





Estoy feliz por fin, después de doce años de lucha



Soy Jacqueline Fuentes, mamá de Lucas Bastías Fuentes. Luquitas tiene doce años, y tiene esclerosis tuberosa y una epilepsia refractaria. Su enfermedad fue diagnosticada a los cuatro meses de vida. Llegamos a la urgencia del hospital San Borja, donde una pediatra después de revisarlo nos dice: “su hijo no tiene nada, para que lo trae señora, Ud. es una alaraca”.

Mi hijo empezó con espasmos y recién ahí se dieron cuenta que algo no estaba bien. Lo dejaron hospitalizado y me habló otra doctora, la cual dice que mi hijo hizo un West, que hay malas noticias, que Lucas en un mes más se le caerá el elástico que tiene en la cabeza y que quedara vegetal para siempre. Imaginarán lo terrible que fue para nosotros lo que los médicos nos decían.

Desde ese momento hasta ahora con su papá nos dedicamos a que Lucas tuviera un buen tratamiento y seguimos toda las indicaciones. Lucas ha tomado casi todos los anticonvulsivantes que existen, dieta cetogénica, cura con ACTH, dos cirugías, la primera una callosotomía parcial y luego el estimulador vagal, cirugías totalmente invasivas y de alto riesgo. Aun así Lucas lleva 12 años convulsionando.

Los dos últimos años Lucas ha estado en coma.

El primer año, al contagiarse una bacteria en el hospital, estuvo 16 días conectado a ventilación mecánica. La pediatra dijo que era un milagro que estuviera vivo, que sus ganas de vivir eran enormes. Lucas estaba infectado y solo respiraba con su musculatura. Gracias a Dios logró salir de su gravedad y con rehabilitación pudo volver a caminar y lograr llevar una vida normal.

El segundo año Lucas tenía casi once años y comenzó a no controlar sus crisis, llegando a tener más de 100 diarias. Cayó en un status convulsivo que lo tuvo en un

coma inducido y sin mejoría alguna. Los neurólogos le hicieron varios tratamientos y no lograba salir de sus estados. La última opción fue cargarlo con fenobarbital, donde Lucas reaccionó y controló sus crisis y después de dos meses logró salir de alta.

Lucas llegó a casa en un estado deplorable: no podía comer por boca, no afirmaba su cabeza y no caminaba. Hubo que empezar de cero. Gracias a Dios su recuperación fue rápida ya a las dos semanas logró volver a su estado normal, aunque la crisis a lo largo de estos 12 años de vida han hecho estragos: mi hijo no habla, usa pañales y tiene un severo retraso. En pocas palabras, es un bebé en el cuerpo de un niño de doce años.

Luego de un mes de haber salido del hospital, Lucas comenzó de nuevo con muchas crisis que no lo dejaban dormir. En mi desesperación me contacté con Ana María Gazmuri, quien amablemente me presentó a Paulina Bobadilla de Mamá Cultiva. Debo agradecer a Dios por ponerlas en mi camino, ellas me han ayudado mucho.

Al poco tiempo, un angelito me regaló unas hojas de Cannabis y empecé a darle infusiones a Lucas. Entonces comenzó a bajar la cantidad de crisis. Luego una amiga me regaló una botella con macerado de Cannabis en aceite de oliva y empecé a bajar más sus crisis, pero aun así, estaba con muchas.

Yo estaba viendo resultados en mi hijo, así que me uní a la campaña "Ponte en mis zapatos" y fui a apoyar la entrega de la carta a la Presidenta. Ahí el destino me hizo reencontrarme con un sobrino que no veía hace años. Mi sobrino junto con sus amigos, le donaron aceite esencial a mi Lucas, quien lleva casi cuatro meses con aceite de Cannabis y los resultados han sido maravillosos. Hoy a Lucas, le da una crisis al día y hay días en que no tiene ninguna. Se está conectando más, ve tele, camina mejor, se comunica más, está feliz y logra controlar esfínter.

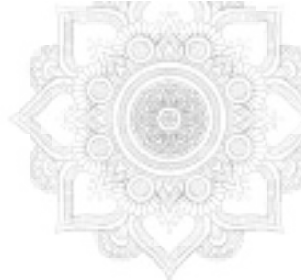
Yo como mamá, estoy feliz por fin, después de doce años de lucha. Y puedo dar testimonio de que la Cannabis medicinal si sirve. Hoy mi hijo tiene calidad de vida y esto es impagable. Por eso pido que nos apoyen con la legalización.

Al ver a tu hijo que puede controlar las crisis, no les puedo explicar la tranquilidad que siento. Cada crisis de mi hijo era un miedo enorme, así que los invito a apoyar el autocultivo de Cannabis.





Cannabis medicinal es nuestro derecho a vivir



Yo tenía 23 años y la Cele cumplía ocho meses de vida. Desperté cerca de las 4 de la mañana, y ella estaba con una convulsión tónico clónica. La miré y estaba morada. La tomé y su cuerpo se sacudía sin parar. Casi no respiraba.

Corrí a la calle y llegué a la urgencia de la Católica. Mi hija llegó saturando prácticamente nada, en status y con apnea. Yo no entendía nada.

Ese día, marcó un antes y un después en nuestras vidas. Fue la primera de miles de crisis y de miles de veces más que visitaríamos los hospitales, clínicas y urgencias.

Comencé a relacionarme con términos que nunca antes escuché: convulsiones, anticonvulsivantes, crisis, estatus, ausencias, **Síndrome de Dravet**, entre otros. Si, era uno el diagnóstico: mi Celeste, mi pequeña bebé, tenía el síndrome de Dravet, una epilepsia mioclónica grave de la infancia, una encefalopatía devastadora.

Tu vida da un giro en 180 grados cuando te enteras que el diagnóstico de tu hija es irreversible, que tendrá la enfermedad toda la vida y más aún, cuando te enteras que los pronósticos no son para nada buenos.

La Cele es fármaco resistente, responde a los fármacos por tiempos cortos y luego nada. Así llevamos seis años ya, en los que ha tomado más de 12 drogas diferentes.

Sumado a esto, su enfermedad es "rara" y bueno, ya todos sabemos lo que significa tener una enfermedad así en Chile.

En todos estos años hemos vivido como familia el miedo día a día de que tu hija pueda morir, porque sí: mi hija puede morir. Hemos aprendido a vivir con ese miedo y hemos intentado mantenerla sin crisis llenándola de fármacos, que por un lado detienen las crisis, pero por otro dañan órganos. La calidad de vida se ve muy, muy vulnerada.

Efectos adversos terribles que nadie te advierte y que no te queda más que aceptarlos porque son "el mal menor".

Que tu hija tenga trastornos de la personalidad, que tu hija no hable, que tu hija viva aislada, que su hígado esté dañado no es más grave a que tu hija caiga en un status convulsivo. Pasando el tiempo, estos efectos adversos continúan, se acentúan cada vez más y los fármacos ya no detienen las crisis. Y así, esta historia se repite mil veces durante estos 6 años.

Como madre nunca te cansas de intentarlo; tocas todas las puertas posibles, aunque la mitad te las cierren en tu cara. Pero este no fue el caso. Escribí a Fundación Daya y a Ana María, y no demoraron más de cinco días en darme una hora con un terapeuta.

Cuando salí de la consulta me fui como hacía mucho tiempo no me sentía: con esperanza, con una oportunidad real de probar algo con la Cele completamente diferente, me fui pensando "por fin, por fin algo devolverá a la vida a mi Cele, por fin la veré muchos días sin crisis".

Entonces, una madre nos donó la primera jeringa de resina de Cannabis medicinal. Ese fue el segundo día que marcó otro antes y otro después en nuestras vidas. Mi Celeste después de años pasó cuatro días sin una sola crisis, saltando, corriendo, jugando, libre de su propia cabeza, libre de convulsiones. Libre al fin.

Así ya estamos próximas a cumplir un año en tratamiento con aceite de Cannabis, realizado de manera artesanal, con apoyo de la Fundación Daya, Mamá Cultiva y, afortunadamente, de nuestro neurólogo tratante. Pero sin apoyo de mi país: la Celeste y cientos de niños más siguen estando excluidos de cualquier sistema de salud.

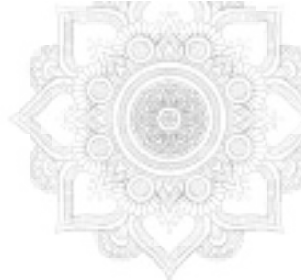
Nuestra experiencia con Cannabis ha sido completamente favorable. Celeste ha demostrado una mejoría en su conexión con el mundo, sus crisis han disminuido mucho, su apetito aumentó.

Como madre mi mensaje sigue siendo hacia el Gobierno: estoy cansada de que mi hija sea marginada. Ella no se va a sanar, lo sabemos, pero si merece una mejor vida, ella merece todas las alternativas posibles para vivir mejor. Si fuera manzanilla, le daríamos manzanilla. Pero es Cannabis y no podemos como familia ser criminalizados por dar mejor calidad de vida a nuestra hija. La salud no puede esperar. Cannabis medicinal es nuestro derecho a vivir.





Sólo traje beneficios positivos a mi vida



En el año 2004 fui diagnosticada de **espondiloartritis anquilosante** y comencé a probar distintos tratamientos para evitar el dolor, la inflamación y la rigidez corporal. Estos incluían remedios que tenían como base corticoides en forma oral o inyectable, relajantes musculares, analgésicos, antiinflamatorios, recubridores gástricos, inductores del sueño y algunas veces anticoagulantes inyectables. Todo esto entre 2004 y 2014.

Esto a largo plazo me provocó glaucoma ocular agresivo, por lo cual he sido operada cuatro veces en ambos ojos. Tres años después de comenzar a ocupar los remedios ya mencionados, se comprobó la poca efectividad de estos. En conjunto, pasé a utilizar terapias biológicas de altísimo costo económico, entre \$ 600.000 y \$1.000.000 mensualmente, desde el año 2007 hasta el 2012. Todo este tratamiento me produjo alergias cutáneas y de vías aéreas, poniendo en alto peligro mi vida.

Por esto, es que decidimos como familia terminar con este tipo de terapia. A fines del 2014 decidí comenzar a consumir leche de Cannabis, para probar los efectos que ésta podría tener en mi cuerpo. Al ver una buena reacción, junto con mi familia decidimos plantar para tener el material suficiente y hacer resina en marzo de este año. Al comenzar a consumir la resina noté que los beneficios eran mucho mayores que los que obtenía con la leche o cualquier otro remedio, por lo que comencé a eliminar los remedios químicos que por años había estado consumiendo.

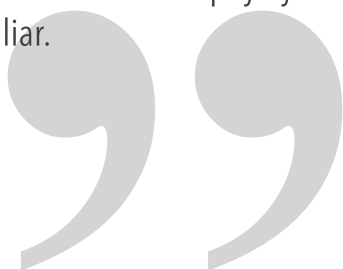
Al realizar esto, note que mi estómago también funcionaba mejor: tenía menos dolor, menos vómitos, menos indigestión; y en cuanto al dolor de base se logró una mejoría en la condición general que nunca habíamos logrado con ningún

otro tratamiento. Sentí menos rigidez, menos sufrimiento, mejor dormir y lo más importante: mi estado de ánimo también mejoró al notar que por fin había un tratamiento que resultaba para mí y podía ser una persona menos enferma.

A pesar de contarles a mis médicos tratantes (reumatóloga y oftalmólogo) del nuevo tratamiento que quería seguir, ninguno estuvo de acuerdo, ni mucho menos dispuesto a darme una receta. Lo que me parece terrible, ya que, una vez más se hace notar que la industria farmacéutica se interpone y se antepone a cualquier otro tratamiento alternativo como la Cannabis.

Si bien los medicamentos convencionales lograron aplacar mis dolores por algunos años, también produjeron otros efectos negativos en mi salud, que de haber sabido antes, probablemente hubiese optado por la resina desde hace muchos años. Es que, además de ahorrar económicamente, sólo trajo beneficios positivos a mi vida. Es por esto que se hace necesario que los doctores tomen conciencia de los efectos a largo plazo que provocan los remedios químicos y opten por terapias alternativas y naturales.

Gracias a la Fundación Daya por toda la información y acogida desde un primer momento, ya que me sirvió para eliminar tanto prejuicio arraigado en mí sobre el consumo de la Cannabis. Han sido una fuente de apoyo y de nutrición para mí y toda mi red familiar.







Por ignorancia desconocía las propiedades medicinales de la planta



Es primera vez en mi vida, que daré nuestro testimonio con alegría. Mi nombre es Sandra, madre de Martín Muñoz Cartagena, actualmente de 15 años de edad. Desde el primer año, Martín fue diagnosticado con **Síndrome de West**.

Como no respondió a los primeros tratamiento farmacológicos, luego derivó en una encefalopatía epiléptica refractaria, con consecuencias de retraso severo en su desarrollo psicomotor, cognitivo y sensorial. Probamos todos los fármacos para tratar su patología, incluyendo dietas cetogénicas, cirugías como Callosotomía y Estimulador Vagal, con resultados transitorios: disminución de las crisis y patrones pero solo por un tiempo.

Al llegar a su pubertad la epilepsia se volvió inmanejable, al punto de limitar lo poco que Martín lograba. Sin hablar de los trastornos graves del sueño y lo que conlleva el día a día de este. Probamos un montón de inductores del sueño, aumentando y cambiando las dosis de benzodiazepinas para mejorar su estado, haciendo electroencefalogramas para darnos cuenta de que su actividad cerebral epiléptica era mayormente alta por las noches, apareciendo crisis generalizadas con compromiso cardíaco, respiratorio y físico al punto de poner en riesgo su vida.

La solución para esas crisis era poner Midazolam en la mucosa de la boca que solo las paraba por unos minutos. Pero después volvía a convulsionar hasta en seis ocasiones durante el día. La única solución que su médico tratante nos ofrecía era hacer por segunda vez la Callosotomía, cuyo objetivo era disminuir esas crisis: ni siquiera nos aseguraba dejarlo sin crisis. Dentro de nuestra desesperación, empezamos a cotizar tal cirugía que es de un costo altísimo.

Cuando estábamos en eso, conocí a Carlos, colaborador de Fundación Daya, quien me comentó sobre el uso de aceite de Cannabis que varias madres estaban usando en sus hijos con epilepsia refractaria con muy buenos resultados. Yo, como mucha gente que por ignorancia desconocía las propiedades medicinales de la planta, acudimos a la Fundación para obtener más información. Gracias a Dios que fuimos.

Ese mismo día, Martín comenzó con su primera jeringa de resina de Cannabis donada por un angelito, y el resultado fue increíble. Durmió siete horas continuas y con eso desaparecieron sus crisis generalizadas. Disminuyeron sus espasmos y mejoró notablemente su alerta, su postura física también. Está más conectado y mejoró su calidad de vida y la nuestra. Ya llevamos ocho meses usando aceite de Cannabis, hemos disminuido los fármacos y por supuesto, desechamos la posibilidad de operarlo.

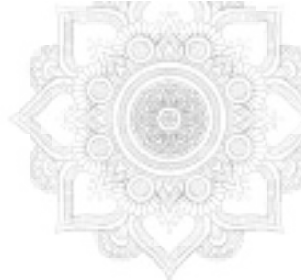
Su médico tratante a pesar de no indicar el tratamiento con Cannabis, aceptó su uso al ver la gran mejoría que tuvo en Martín. Qué más puedo decir, sino que agradecer haber encontrado este tratamiento con la ayuda incondicional de Fundación Daya y todos sus colaboradores.







No se podía vivir así, pero ahora soy feliz



Silvia Valdés tiene 54 años y vive en la provincia de Petorca. Hace 2 años le diagnosticaron **fibromialgia** y su vida cambió radicalmente. Tuvo que dejar la jardinería porque el dolor era demasiado y los medicamentos no le hacían efecto, hasta que descubrió el Cannabis medicinal. "Mi vida mejoró en un 100%", dice.

Silvia sufre su fibromialgia desde hace 3 años, pero solamente fue diagnosticada hace 2, luego de que su neurólogo le realizara una resonancia que no mostró ninguna lesión significativa. "Mis síntomas eran dolores muy fuertes en la médula espina; estaba postrada en la cama, sentía como si me diesen vuelta una tetera hirviendo en la espalda", cuenta.

Le prescribieron Pregabalina y Tramadol, el que sólo usó una vez. "Me daba mucho miedo el Tramadol. Cuando yo conversaba y estaba con otras personas, hablaba mal, parecía ebria. Alcancé a darme cuenta y me asustó. Además, tampoco me hacía mucho, seguía con dolor".

Los efectos secundarios de los medicamentos eran muy fuertes: "Al final, estaba igual que sin tomarlos. No me bajaba el dolor, solo dormía todo el día.

Una amiga le recomendó que intentara con algo más natural, que probara con aceite de cannabis de forma tópica. "Se las acepté y recibí las gotas. Me estaba funcionando súper bien pero un día estaba con una crisis de dolor muy grande. Tomé dos cucharadas y se la puse en el té. Fui a dar al hospital. Nunca me había pasado algo así, pensé que me iba a morir, fue como le dicen, una pálida", cuenta Silvia.

"Después de ese episodio me asusté mucho y no quise saber nada de cannabis. Estuve tan asustada que estaba sin Pregabalina, ningún medicamento. Mi marido

me recomendó que intentara de nuevo con cannabis porque era lo que me había funcionado mejor”.

Silvia vio a Fundación Daya en el noticiero, y perdió el miedo. No se trataba del cannabis, sino de hacer el tratamiento acompañada por médicos y terapeutas. Agendó hora y viajó a Santiago.

El tratamiento ha sido muy exitoso. Silvia toma 4 gotas en la mañana, 2 al medio día y 4 en la noche. “El aceite de cannabis para la fibromialgia es excelente, lo que más me ha resultado. No hay comparación al lado de los otros remedios.”

“Nunca más tomé ni compré la Pregabalina. Conversé con mi neurólogo y traumatólogo y como vieron que me sentía bien, me dijeron que continuara con el tratamiento de cannabis”.

“Ha mejorado la calidad de vida de toda la familia. El 100% de los dolores se han ido. Volví a hacer mis cosas, antes estaba inmóvil”.

Silvia volvió a dedicarse a lo que más le gusta, la jardinería. “Ahora me puedo subir a los árboles, corto y podo, cosas que no pude hacer por mucho tiempo por los dolores.

Los que realmente saben lo que padezco, no lo pueden creer. Me han dicho que estoy súper bien, se nota en mi ánimo, cuando camino, converso. Antes era mal genio, no quería salir, estaba cansada todo el día. Mucho dolor con el frío, sensibilidad, los olores me molestaban. No se podía vivir así, yo lloraba sola. Lloraba cuando me metía a la ducha porque lo único que me ayudaba era el agua caliente. Ahora estoy feliz”, concluye.





Su próximo paso era la silla de ruedas; ahora Benjamín camina



Carolina Valdés (74) está casada con Benjamín Hargreaves (76). Cuando a él le diagnosticaron **Parkinson**, ella fue la encargada de cuidarlo. "Benjamín no caminaba, no podía estar solo, se despertaba 7 veces en la noche". Con Cannabis, el cambio ha sido rotundo.

Más que movimientos involuntarios, su principal síntoma fue la rigidez. "No se movía mucho, no lo podíamos dejar solo en el sillón porque se caía. Apenas caminaba con burrito", cuenta Carolina.

"El remedio que le dio el neurólogo le hizo pésimo. Durante la noche, empezó a transpirar mucho. Estaba mojado entero, pensábamos que se moría ahí". Detuvieron inmediatamente el consumo y junto al neurólogo, probaron con otro, que también le generó complicaciones, no tan graves como el primero, pero que dificultaban la calidad de vida de Benjamín y Carolina.

Debido a los síntomas del Parkinson, Benjamín sufrió una caída que casi le rompe la cadera. Después de eso, quedó con un temor muy grande a caminar, apenas se movía. "Una noche tenía tanto dolor en la espalda que pensamos que eran cálculos. Fuimos al doctor y resultó ser dolor neurálgico. Le dieron Pregabalina para soportarlo", recuerda Carolina.

No alcanzó a estar un año con los medicamentos porque le hacían muy mal. "Benjamín estaba cansado y desesperado, pensaba que ya no se podía hacer nada más por él", cuenta su esposa. Buscando nuevas alternativas de tratamiento, Carolina conversó con una amiga, que también cuidaba a su marido con Parkinson. "Me contó que fue a una charla con una neuróloga que recomendaba Cannabis, y que tenía muy buenos resultados".

Carolina y Benjamín le plantearon a su neurólogo la posibilidad de tratar a Benjamín con cannabis, quien acepta sin dudarle. El doctor les entregó un certificado diciendo que Benjamín no había respondido bien a los remedios para el Parkinson, y por eso probarían con Cannabis medicinal.

“Nos acercamos a Fundación Daya donde nos explicaron de qué se trataba el Cannabis. Yo no conocía la planta, no sabía cómo usarla. Teníamos cierto temor, pero había que intentarlo porque ya no nos quedaba otra opción. Comenzamos a cultivar al tiro”, recuerda Carolina.

Con la ayuda de su terapeuta y de los cursos de cultivo personal de la Fundación, Carolina comenzó con 5 plantas. “Yo siempre he sabido de homeopatía y tinturas madres. Fui a tres talleres que da la Fundación para realmente aprender”.

La primera vez que Benjamín probó el aceite de Cannabis, tomó 3 gotitas debajo de la lengua, en la noche. Durmió de las 9 de la noche hasta las 7 de la mañana, de corrido. “Antes de eso, dormía pésimo, muy intranquilo. Se levantaba 7 veces en la noche. Yo estaba muy mal de los nervios, acompañando a Benjamín en la noche. Con mi hija nos turnábamos para ayudarlo”.

A la semana de empezar el tratamiento ya se podían ver los beneficios. Con Cannabis dejó la Pregabalina, los pañales y el burrito. La calidad de vida mejoró para toda la familia.

“Estoy muy agradecida de la Fundación. Nos cambió la calidad de vida de toda la familia, sobre todo a Benjamín. El próximo paso era la silla de ruedas, íbamos a la clínica 3 veces a la semana. Hoy no hay nada de eso, Benjamín camina hasta 1 kilómetro diario. El otro día salió con sus amigos del colegio hasta la 1 de la mañana.

Ha sido tan lindo llegar aquí, como te acogen, es otra manera de tratarte. Estamos tan agradecidos de la Fundación y la terapia con cannabis”.





Ha mejorado la calidad de vida de la familia



Pedro Jorquera es el papá de Alonso, un niño de 6 años que a los seis meses de vida fue diagnosticado con **epilepsia refractaria**. El camino para encontrar tratamiento no fue fácil, ya que los fármacos no le hacían efecto. Desde que se trata con cannabis, Alonso ya no tiene crisis. A continuación, su testimonio.

La patología de Alonso Jorquera le generaba más de 15 crisis diarias. "Usando los antiepilépticos se le quitaban las crisis, pero no por mucho tiempo. Tenía crisis fuertes todos los días, que a veces paran hasta por tres meses, pero siempre volvían", cuenta su papá.

Buscando otras opciones que pudiesen mejorar la calidad de vida de Alonso, Pedro comenzó a averiguar sobre el Cannabis medicinal. "Nos enteramos de la Fundación por las redes sociales, por Facebook y agradezco mucho haberlo hecho".

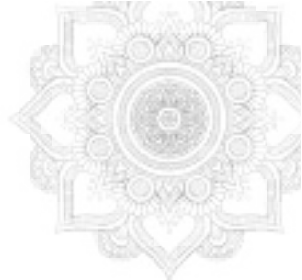
En marzo del 2017 Alonso comenzó a ser paciente de Fundación Daya. "Al principio el proceso fue un poco lento, porque tuvimos que cultivar y aprender a preparar el aceite, pero desde que comenzó el tratamiento las crisis disminuyeron considerablemente. Hace seis meses que no tiene ninguna".

Además de quitarle las crisis, el tratamiento con Cannabis le ha ayudado mucho en otros ámbitos de su vida. "Sobre todo en lo social; ahora Alonso se integra más, se comunica mejor con los otros. Ya no tira los juguetes con rabia, sino que juega con ellos", afirma Pedro.

Además de ser atendido y acompañado por los profesionales de Fundación Daya, el tratamiento para Alonso también está avalado por la neuróloga de la Universidad Católica que lo atiende. "En el caso de Alonso hay que probar todo,

porque la epilepsia refractaria es complicada y hay que probar las opciones existentes. Por ejemplo, el último electroencefalograma que le hicieron le salió súper bien en todo sentido. El tenía un estatus de sueño que era muy complicado y también le salió bien. La neuróloga nos dijo que gracias a todas las terapias está así, los antiepilépticos, el Cannabis y también está con una dieta cetogénica", cuenta su papá.

"El proceso con la Fundación ha sido excelente, estoy muy agradecido porque la vida del Alonso ha mejorado considerablemente. Él va a estar siempre con epilepsia refractaria, pero podemos hacer que su vida sea mejor. La calidad de vida de nosotros como familia también ha mejorado, cuando él está sin crisis, es todo más fácil. Yo les recomiendo a los papás y mamás que se atrevan a probar terapias alternativas", finaliza.





Ojalá que muchas madres pierdan el miedo y se atrevan



Cristóbal tiene seis años y fue diagnosticado con un **autismo severo** hace cuatro. Lleva más de un año tratándose exclusivamente con Cannabis y según Cecilia, su mamá, el cambio ha sido impresionante. “Realmente nos ha cambiado la calidad de vida y espero que este testimonio sirva para que muchas madres que pasan por esto mismo pierdan el miedo y se atrevan”, cuenta.

Cristóbal es el hijo más chico de Cecilia, el concho. Sin embargo, a los 10 meses ya notaba que su hijo era diferente. “Se bajaba de la cama y caminaba solo, hacía poco contacto visual y no hablaba tanto. Era muy hiperactivo”.

Pensando en que sólo necesitaba contacto con otros niños, Cecilia puso a Cristóbal en un jardín Junji. “Fue una pésima experiencia. Hacía crisis y era súper destructivo, rompía cosas. No comía en todo el día, a menos que fuera yo a dársela. Las tías me fueron a ver a la casa, a decirme que no podían seguir con él en clases. La directora incluso me dijo que mi hijo tenía Asperger, que nunca iba a ser un niño normal y yo tenía que aceptar eso y tener un duelo. En ese momento, no tenía ningún diagnóstico”, cuenta.

Cecilia llevó a Cristóbal a 4 neurólogos antes de tener un diagnóstico definitivo. Sin embargo, todos optaban por medicarlo. Le recetaron Risperidona, un fármaco usado normalmente para la esquizofrenia. “Mi hijo estaba con 38 gotas en la mañana y 38 en la noche, y no había ningún cambio. Seguía con crisis de agresividad y sin ningún contacto con sus compañeros o hermanos”.

Encontrar un colegio que pudiese realmente hacerse cargo de Cristóbal fue un proceso muy difícil. Por su trabajo como terapeuta, Cecilia tuvo la suerte de conocer a alguien que le recomendó el actual colegio de Cristóbal. Se trata del Centro de

Recursos Educativos Persevera de Chillán, un espacio donde Cristóbal ha podido formarse con los cuidados adecuados para su autismo.

“Aunque estaba en un excelente colegio, con terapeutas especializados, Cristóbal seguía con crisis y no parecía mejorar. Una paciente me recomendó que probara con cannabis, y aunque tenía algunos prejuicios con el tema, ya no tenía nada que perder”, afirma. Cecilia le preparó una leche con hojas y vio cambios de inmediato. Siguió investigando, para ver las mejores opciones para su hijo y entregarle el mejor tratamiento posible.

Así llegó a Fundación Daya Chillán, quienes le enseñaron sobre las diferentes cepas para cada tratamiento, las dosis más adecuadas para Cristóbal y los modos de uso. “En un comienzo partimos con macerado, pero nos dimos cuenta de que lo que más efecto hacía era la resina. El cambio ha sido impresionante. Ahora va al baño solo, conversa, me pide que le lea cuentos. Hoy, Cristóbal tiene una relación con sus hermanos”.

“Veo a mamás que están igual de complicadas como lo estuve yo y mi consejo para ellas es que no tienen que estar solas en este proceso. Para mí, estar acompañada por Fundación Daya ha sido un alivio. Ellos son profesionales, saben lo que hacen y los pueden orientar”.

Cristóbal lleva más de un año y medio en tratamiento y no ha vuelto a tener crisis. “El avance de mi hijo en este tiempo ha sido rotundo. Ahora habla, se conecta, está tranquilo. Que un niño autista sienta y esté conectado con sus emociones es algo que nunca pensé que iba a ser posible. Realmente el tratamiento con cannabis ha cambiado la vida de mi familia”.

El camino de Cecilia para tratar a su hijo no ha sido fácil. En diciembre del 2016 Carabineros llegó a su casa por la denuncia de su vecina. Las dos plantas que tenía fueron incautadas, dejando a Cristóbal sin tratamiento por un largo tiempo.

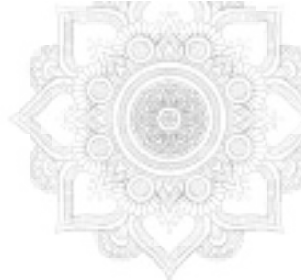
Hoy Cristóbal está exclusivamente con tratamiento en base a cannabis. “Antes vivía con herpes y con mucha agresividad. Ahora no le sale ninguno y dejó de pegarse. En definitiva, el cannabis le sirvió a mi hijo para ser feliz”.

“Hay mucha ignorancia y desconocimiento. A mi el cannabis me cambió la vida, arregló mi matrimonio, independiente de que la vecina me haya causado un problema. Espero que este testimonio sirva para darle esperanza a más personas”, afirma.





La verdadera medicina está en la naturaleza



La señora Juana lleva más de dos años siendo paciente de Fundación Daya. Si bien primero comenzó su tratamiento con cannabis sola, hoy decide hacerlo acompañada y guiada por los terapeutas y doctores de la Fundación. Para ella la planta fue una salvación y por lo mismo, está ansiosa por contar su testimonio.

Hace 10 años Juana Rivera pasó por uno de los momentos más difíciles de su vida: “Me diagnosticaron con **fibromialgia**, un cuadro vertiginoso, un herpes zóster en la cara, un edema en la súper renal izquierda, una lesión en el manguito rotador, además de los dolores por la artrosis y la edad”. Eso, sumado a algunos problemas personales, le provocaron una fuerte depresión. “Mi hija me recomendó un tratamiento con cannabis y ahí empecé a investigar. Para mis las plantas son muy sabias; me gusta mucho esa medicina”.

Hace años tomó algunos medicamentos, pero su cuerpo no los toleraba muy bien. “Para la fibromialgia nada me servía. El dolor era tan grande, que me tocaba el pelo y me dolía. Eran insoportables. Cuando sufrí el cuadro de vértigo, no me podía parar. Fue un cúmulo de cosas que me llevó a pensar que estaba con las energías muy bajas”, afirma.

Una amiga le comentó sobre Fundación Daya hace dos años y desde ese momento sólo se trata con cannabis. Recuerda con mucho detalle la primera vez que probó el aceite de cannabis. “Fue un alivio inmediato. Todos los dolores se fueron y pude dormir bien. Con el tiempo fui dándome cuenta de que me hacía muy bien. Así fui aprendiendo de los beneficios de cada uno de los formatos”.

Hoy ha participado varias veces de los cursos de cultivo personal y preparados medicinales. “Apenas tenga el espacio, voy a cultivar mis plantas. Qué mejor que usar

Fundación Daya

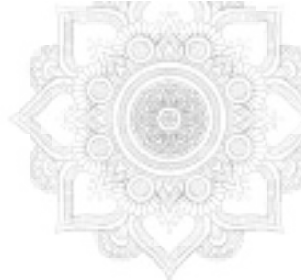
tus manos para preparar tu propia medicina. Es importante aprender a conectarse con lo natural. Una se toma pastillas para despertar, para dormir, tantas. Mi idea no es llenarme de medicamentos”, cuenta Juana.

“Agradezco mucho a la Fundación Daya en cómo me han guiado. Es muy importante saber sobre las dosificaciones correctas. Quiero mi cuerpo, quiero mi vida y estoy cada vez más convencida que la verdadera medicina está en la naturaleza. No estoy en contra de los médicos, mis dos hijos son médicos, ellos estudian para guiarnos, pero tienen que darte todas las alternativas para sanarse. A mí el tratamiento con cannabis me ha ayudado un montón, me devolvió la energía. He logrado tener más consciencia de mi cuerpo, entender mis dolencias”, afirma.





Reviví a la alegría de estar despierta cada día



En 2013 Lorna Aguirre Díaz fue diagnosticada con **fibromialgia**, una enfermedad que se caracteriza por producir mucho dolor muscular y fatiga. Probó todas las terapias y fármacos posibles, pero nada hizo efecto hasta que comenzó tratamiento con Cannabis. A continuación, su testimonio.

“Desde hace mucho tiempo empecé a sentir dolores, estos fueron aumentando hasta que fui diagnosticada por un reumatólogo”. Sus síntomas durante mucho tiempo incluyeron rigidez matutina, impidiendo a Lorna moverse con naturalidad en su cotidiano, como subirse a un auto o ir al baño. “Además sufría de colon irritable; los dolores de intestino hacían que me desmayara. En las noches no podía dormir porque no soportaba el peso de las sábanas, pensaba que estaba enloqueciendo porque cuando me peinaba lloraba de dolor”, cuenta Lorna.

Por años utilizó diferentes tratamientos como Duloxetina, un fármaco paliativo para dormir. En casos extremos de dolor, le recetaron Tramadol más Paracetamol de 1 gramo, cada 8 horas.

Viendo que el dolor no bajaba, Lorna siguió con la medicina alternativa. “Comencé otro peregrinaje: todas prometían mejora o sanar la fibromialgia. Pasé por estimulación magnética intracraneal, cámara hiperbárica, crioterapia, medicina ortomolecular, flores de Bach, masajes, kinesiólogos, quiroprácticos, nutricionistas, etc.

“Esa era mi vida llena de sufrimiento, dolores que te queman, hormigueos, puntadas, inflamación, incapacidad para moverme o caminar, cefaleas que no te dejan pensar. Te duelen los músculos, tienes fatiga y malestar, problemas gastrointestinales”.

Sin embargo, a comienzos de este año Lorna comienza a ser paciente en Fundación Daya Arica, donde elevó solicitud para acceder a Cannabiol, fitofármaco que ha cambiado su vida.

“Solo comencé con 2 gotas la primera noche y pude dormir sin la ayuda del Alprazolam. A la semana comencé con 3 gotas cada 8 horas. El resultado fue increíble: despierto con energía, duermo profundamente, amanezco y puedo levantarme sola, cosa que no hacía debido a los dolores apenas me levantaba y caminaba. Los dolores han disminuido en un 50%”, afirma.

Para Lorna el tratamiento ha sido muy exitoso. El Cannabiol se llevó la rigidez matutina, los dolores diversos, la ansiedad, el insomnio y otros síntomas negativos de la fibromialgia. Además, ha significado el abandono del Tramadol y Paracetamol.

“Estaba como muerta en vida, ya no hacía nada. El dolor me había quitado la capacidad de disfrutar de la vida. Por eso doy gracias a Fundación Daya y a usuarios Medicinales de Cannabis Arica, a Carol, Eduardo y a Nicky su mascota”, concluye.





El tratamiento con Cannabis fue el complemento para las quimioterapias



Sophia tiene siete años y está en segundo básico. Tiene el pelo largo y sonríe cálidamente, mientras recorre con familiaridad los pasillos de la Fundación. Sophia es la paciente número 17 y junto a su mamá llevan cuatro años siendo parte de la Comunidad Daya. A simple vista no se nota, pero gracias al tratamiento con cannabis, Sophia superó un cáncer muy intenso. A continuación, su historia.

Gabriela Paz Díaz tiene 31 años y es de Copiapó. Su hija, Sophia Contreras Díaz, fue diagnosticada con un **linfoma de Hodgkin** de células grandes cuando tenía sólo 3 años.

“De un día para otro empezó con una fiebre que no bajaba con nada. No se podía controlar y sentía un dolor muy grande en el cuerpo. Pensamos que era una infección en el estómago, porque sentía dolor localizado ahí”.

Sophia estuvo hospitalizada en Copiapó por 20 días y después de muchos exámenes sin resultados concretos, fue derivada al hospital Roberto del Río en Santiago. Solo con una biopsia se pudo confirmar el diagnóstico, y desde ese mismo día, Sophia comenzó con quimioterapia.

“Los médicos hicieron una reunión conmigo y partimos el tratamiento inmediatamente, porque el cáncer estaba muy avanzado. Las quimioterapias empezaron el mismo día que nos dieron el diagnóstico”.

El primer fue el más invasivo, la quimioterapia le quemó la piel a Sophia, dejándole manchas en la espalda. Además, adelgazó muy rápido, ya que dejó de comer y vomitaba constantemente. Por dos semanas, sumado a la quimioterapia, le recetaron Clonazepam y Morfina. “Yo veía que los efectos que le producían no eran

buenos, la dejaban peor. Yo misma tomé la decisión de dejar de administrarle esos remedios y al siguiente mes de empezar con tratamiento, le di aceite de Cannabis”.

“Yo nunca había escuchado sobre Cannabis, tenía una noción que en adultos podría funcionar. En redes sociales vi algunos comentarios de la Fundación y le escribí directamente a Ana María, contándole lo que estaba pasando”.

“Estaba desesperada por que la Sophia pudiese comer y dejara de vomitar, porque hasta el agua devolvía. Se estaba recién creando la Fundación. Ana María me recibió en su casa y me dio toda la información que necesitaba del Cannabis; me entregó un gotario y ahí ya no paramos”.

Gabriela Paz y Sophia llevan cuatro años siendo parte de la Comunidad Daya. “Fundación Daya me ayudó informándome y acompañándome durante todo el proceso. Estoy muy agradecida que me dieran ese espacio y de crear una relación tan cercana, piensa que Ana María y Pablo Meléndez me ayudaron a cambiarme de casa.”

Al tercer día de tratamiento con cannabis Sophia ya no vomitaba más; dejó de alimentarse vía intravenosa y comenzó a tener apetito. Gabriela le administraba el aceite de manera escondida, por miedo a lo que podían pensar los médicos. Hace 4 años aún muchos de ellos desconocían esta alternativa y existía mucho prejuicio. Sin embargo, el cambio de ánimo en Sophia hizo evidente la situación. En una primera etapa, estuvo 6 meses con quimioterapia, hospitalizada tiempo completo. “Después nos dieron descansos de una semana, y luego una semana completa con quimio. Estuvimos así por 4 meses más. Nosotros tuvimos que quedarnos en Santiago, porque la Sophia no podía viajar”, cuenta Gabriela Paz.

“Siguió con las quimios y no tenía vómitos ni tanto desgaste físico ni emocional. Cuando se enteraron de que estaba usando aceite de Cannabis, hubo un debate con los médicos y yo les dije que iba a seguir dándole Cannabis, porque le hacía bien y tenía resultados muy positivos”.

“En un principio yo quería cualquier cosa que le calmara los dolores y que evitara su sufrimiento. El tratamiento con Cannabis es muy completo y le ayudó demasiado. Es una solución para los niños que están con mucho dolor, pueden recibir sus quimios, evitando tener que usar, además, tantas pastillas y fármacos”.

“El tratamiento con Cannabis fue el complemento para las quimioterapias, para que la Sophia comiera, tomara agua y se sintiera bien. Para mí, fue la solución a toda esta enfermedad”.

Sophia tiene 7 años y está en segundo básico. Después de cuatro años de tratamiento, está en remisión y ya no tiene ningún indicio de cáncer. Sólo debe controlarse cada cuatro meses. "Ella se siente súper bien, vive su vida con mucha normalidad, como si nunca hubiese tenido un cáncer tan invasivo", relata Gabriela Paz.



Para mí el cannabis no es medicina alternativa, es mi opción de vida



Cecilia León tiene 49 años y fue diagnosticada hace dos años con **Parkinsonismo Plus Idiopática**. “Un año antes de mi diagnóstico me empecé a descoordinar, estaba más lenta y torpe. Me atrasaba, caminaba con pasos cortos porque me desequilibraba, dormía súper poco. Fue todo muy rápido; entonces fui al doctor quien me derivó a un neurólogo. Él me hizo una resonancia y a través de un examen cerebral, pudieron diagnosticar específicamente el parkinsonismo.

Una vez que la diagnosticaron, le aclararon que su enfermedad no es Parkinson como tal, sino que presenta síntomas similares, pero es mucho más agresiva y no responde a tratamiento con fármaco. De todas formas, decidieron probar con los fármacos que usan para tratar la esquizofrenia. Usaron una serie de medicamentos, que, por los efectos secundarios, la llevaron a una arritmia cardíaca severa.

“Estuve en cama, no me podía vestir, abrocharme los zapatos o cosas cotidianas como abrir una llave. Además de los efectos secundarios, los síntomas del parkinsonismo avanzaron. Usaron los tres medicamentos disponibles y no mejoraba nada. Estuve 6 meses con ese tratamiento, bajé 10 kilos y quedé en cama”, cuenta Cecilia.

Una amiga le comentó de Fundación Daya y ahí comenzó su aproximación con el cannabis medicinal. Hace seis meses tuvo su primera atención y el cambio ha sido rotundo. “Estoy con gotas sativas más vaporizaciones, que son mis colaciones. Va a depender de mi ánimo si subo o no la cantidad de gotitas. Pero sin duda me cambió la vida. Hay días que me siento muy bien, que hasta mis temblores no se notan.

Debido a los cambios notorios en sus síntomas, junto con su neurólogo Cecilia dejó los otros fármacos y hoy continúa con un exitoso tratamiento con cannabis medicinal.

Para mí el cannabis no es medicina alternativa, es mi opción de vida. Yo no tengo plan B, no tengo la opción de comprar algo en la farmacia, ya probaron todo. Esto es lo que me está devolviendo mi calidad de vida, de disfrutar a mis hijos. A mi todavía me queda mucho, yo tengo proyectos. Este tratamiento me da dignidad."





Toca convencer a la comunidad médica de que existen otros tratamientos



Luis Torres es kinesiólogo y trabajando en la Fundación Artesanos de la Vida conoció a Kevin; un niño de 5 años con **síndrome de Lennox**, una epilepsia refractaria que no responde a medicamentos. Se diagnostica por un electroencefalograma que muestra un patrón del cerebro específico. "Al momento en que lo conocí, Kevin tenía entre 20 y 25 convulsiones diarias. Por una operación que le hicieron, no integraba el lado izquierdo de su cuerpo. Durante las siete semanas que duró mi internado, la terapia consistía en tratar de que usara su lado izquierdo y que se desplazara", afirma Luis.

Desde la Teletón lo dieron de alta porque era muy difícil avanzar en que realmente integrara el lado izquierdo del cuerpo. Ver mejorías durante la terapia era una tarea muy difícil o casi imposible, por la severidad y la cantidad de convulsiones.

En el internado, como kinesiólogo de Kevin, Luis preparó una presentación sobre el uso de cannabis en pacientes con epilepsia refractaria. "Yo había escuchado que a la escuela estaban yendo de la Fundación Mamá Cultiva, enseñando a cultivar a las madres con hijos con epilepsia y espasticidad en niños con parálisis cerebral. Me contacté con Karina Vergara, de Fundación Daya, quien me mandó algunos papers para aprender más. Después de leer todo, me di cuenta que se usa mucho; hay muchos estudios que se han hecho con niños y que han dado con buenos resultados".

Al saber que existía un tratamiento que podría ayudar a Kevin, Luis habló con Ignacio- su pareja- pidiéndole apadrinar a Kevin y entregarle un tratamiento con cannabis medicinal. "La familia estaba súper dispuesta porque a Kevin, en

diciembre del 2016 lo operaron, una de las últimas alternativas que te dan. Si bien, le disminuyeron las crisis tónicas, aún sufría 20 convulsiones diarias”.

“Mientras estaban atendiendo a Kevin, le dio una crisis súper grande. Desde Fundación Daya activaron un protocolo de emergencia, y gracias a una red solidaria anónima, comenzaron a tratarlo de inmediato. Cultivar tomaría por lo menos un par de meses y Kevin necesitaba ser atendido de manera urgente”.

Una vez empezado el tratamiento, las convulsiones de Kevin disminuyeron considerablemente. En el último control con su neuróloga, las pruebas mostraron que el síndrome de Lennox había desaparecido. La epilepsia no se va por completo, pero ese síndrome en particular, que es muy difícil de tratar, ya no estaba. “Ahí me surge toda la rabia. Para Kevin no existe opción. El Cannabis no está siendo una medicina alternativa, está siendo su única medicina, porque nada más hace efecto”.

Gracias a que bajó su nivel de convulsiones, lo volvieron a aceptar en la Teletón. En marzo comenzará una terapia restrictiva, donde le amarran la mano que él usa para que empiece a usar la otra. Ahora Kevin se desplaza, algo que no hacía antes. Su mamá dice que está mucho más despierto, llora, está empezando a hablar de nuevo. No sólo le disminuyeron las crisis, sino que también hay una evolución completa.

“Hace 2 o 3 semanas la neuróloga quedó súper sorprendida. Ella está formada en la Católica y cuesta que acepten el Cannabis, porque están formados bajo una línea de la farmacología que no la incluye como tratamiento. Esto abre un mundo de posibilidades, porque ella está viendo que sí genera resultados. Kevin no ha tenido ningún otro cambio; además del uso de Cannabis, no hay nada más a qué atribuirlo”.

El tratamiento de Kevin partió con una prueba de tolerancia, 1 gota en la noche por 4 días. Después aumentó a 2 gotas en la mañana y 2 en la noche. Así fue subiendo hasta hoy que está con 5 gotas en la mañana y 5 en la noche. En marzo vuelve a tener hora con el neurólogo de la Fundación.

“A través del caso de Kevin toca convencer a la comunidad médica de que existen otros tratamientos. En primera instancia, yo buscaba ayudar al niño, pero me di cuenta que la comunidad médica está muy cerrada a tratarlo. Pero claramente hay que hacer un cambio”.





Nada se compara a ver la mirada de mi hijo y su sonrisa



Cómo la gran mayoría, nuestra llegada al mundo de cannabis fue desde la desesperación de ver que todo aquello recomendado por la medicina tradicional no funcionó como se esperaba. La **epilepsia refractaria** de mi Guille no respondió ni a todos los fármacos que se disponía en el mercado, ni a la dieta cetogénica y muchos menos a la callostomía total que se hizo.

Nada nos hacía bajar de las 300 convulsiones tónica clónicas en promedio mensuales más todas aquellas incontables subclínicas que lo aquejaban. Era tanta mi desesperación que pasaba noches enteras buscando alguna alternativa que poder ofrecerle. Llegue hasta postularlo como "conejiillo de indias" para nuevos fármacos que estaban en fase de estudios clínicos, pero afortunadamente también había encontrado la alternativa de cannabis medicinal, siendo este el camino escogido desde la mano de Ana María y Fundación Daya y por supuesto junto a Paulina y Mama Cultiva.

Hoy sus convulsiones se han reducido en más de un 90%. Recuperó habilidades que en algún momento dejo de tener, como conexión con el medio, comer por boca más que alimentarse por su gastostromía, disfrutar de los paseos al aire libre, jugar con sus perros, reconocermelo. Todo esto ha redundado en una increíble mejor calidad de vida, no solo para él sino que para la familia.

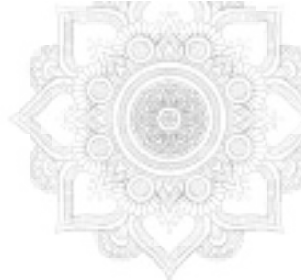
Para mí también ha sido sanador: me he sentido acogida, acompañada y comprendida, encontrando no solo valiosas amigas con quién contar y confiar y que hoy conforman parte de mi vida, sino que trabajar desde la experiencia para que otras familias emprendan este camino.

El tránsito no ha sido fácil. Hemos tenido que luchar contra prejuicios personales y familiares, la resistencia médica, procesos judiciales por denuncia de tenencia de plantas. Pero nada se compara a ver la mirada de mi hijo y su sonrisa.





Nunca nos imaginamos que íbamos a encontrar la paz en una planta



El 2007 nace Javiera, hija de Paulina Bobadilla, quien a los ocho meses fue diagnosticada con esclerosis tuberosa y epilepsia.

“Para nosotros fue terrible. Una hija súper esperada, que durante el embarazo no presentó ningún tipo de problema, hasta los ochos meses de nacida. Comienza a sufrir crisis de epilepsia y se nos derrumbó el mundo.

Recuerdo su primera crisis, salí corriendo pidiendo ayuda, pensé que mi hija había muerto. En 20 minutos no reaccionaba, estaba como un hielo, labios amoratados, con su mirada completamente perdida. Llegamos a la clínica y los médicos me dicen que esto es parte de su enfermedad, que vamos a tener que aprender a vivir con esto”, recuerda Paulina.

Javiera pasó por más de 10 médicos, que sólo le daban más fármacos, pero ella seguía con crisis. “La Javi llegó a tomar seis anticonvulsivos, en su dosis máxima. Todos con efectos colaterales terribles, golpes, autoagresión, se sacaba las uñas y el pelo. Para su neurólogo esto era lo más normal del mundo. Tomaba toda esta bomba de medicamentos y aun así Javiera seguía con sus crisis. Operaciones, hospitalizaciones, años de rehabilitación y no se veía ningún avance, cuenta Paulina.

“Javiera estaba tomando Atempoperator, Keppra, Lamictal, Topictal, Trileptal, Sabril. Algunos le provocaban mucha irritabilidad, angustia, concentración alterada, apatía, temblores, somnolencia. El Sabril recuerdo que le dañó la vista. Otro le

provocó pérdida del cabello. En fin, creo que los daños colaterales eran peores que los beneficios entregados”, comenta.

Todo cambió en una semana, cuando diferentes personas comenzaron a hablarle sobre el cannabis medicinal como tratamiento alternativo para Javiera. Primero, una amiga de la peluquería se lo recomendó. Después, Paulina vio a Ana María Gazmuri, directora ejecutiva de Fundación Daya, hablando sobre cannabis medicinal en un programa de televisión. Esto, sumado al vídeo de Charlotte Figi, una niña de 6 años que redujo sus crisis epilépticas casi en su totalidad con cannabidiol, llevó a Paulina a pensar inmediatamente en Javiera y en cómo esta alternativa podría evitar una operación costosa, que tampoco garantizaba resultados positivos.

“Le escribí a Ana María por Twitter, sin esperanzas. Y me respondió. Nos juntamos y nos entregó toda la información, comenzando este camino”. “Hace seis años partimos en el patio de Ana María, acompañándonos entre las mamás, porque así se creó Mamá Cultiva, de una forma muy orgánica y natural. Creamos la organización porque necesitábamos un alero institucional que nos protegiera ante las denuncias, y no nos quitaran a nuestras hijas por darles cannabis”.

Mamá Cultiva es una fundación sin fines de lucro que tiene por objeto agrupar a madres de niños con epilepsia refractaria, cáncer y otras patologías que no han encontrado una mejoría con la medicina tradicional; buscando impulsar el uso de cannabis medicinal, atendiendo a los maravillosos resultados que esta terapia ha logrado. MamáCultiva está vinculada a Fundación Daya en una sinergia colaborativa que intenta entregar apoyo a todas las familias que lo requieran.

Una semana después de que toman la decisión y comienzan a darle los preparados medicinales a Javiera, sus síntomas se redujeron considerablemente. “Cinco años de sufrimiento pararon en una semana. Lo que la medicina tradicional no había logrado con cinco anticonvulsivos, dosis máximas, endeudamiento y posible cirugía”.

“Al ver todos estos increíbles cambios no nos podíamos quedar de brazos cruzados, ocultar los efectos de esta medicina prohibida a cientos de familias que estaban viviendo el mismo infierno por el que habíamos pasado. Eran muchas las historias de lo mismo: deudas millonarias, médicos que no empatizaban con el dolor de las familias, madres abandonadas por sus maridos y por el sistema. No podíamos seguir adelante sin ayuda, teníamos que gritar a los cuatro vientos nuestra desesperación y nuestra nueva lucha”, afirma Paulina.

Comenzaros a bajar las dosis de anticonvulsivos y Javiera despertó a la vida. Esta planta le devolvió su vida arrebatada. A una chiquitita de cinco años. Empezó a reír, se empezó a conectar. Nos empezó a mirar, cosa que no hacía.

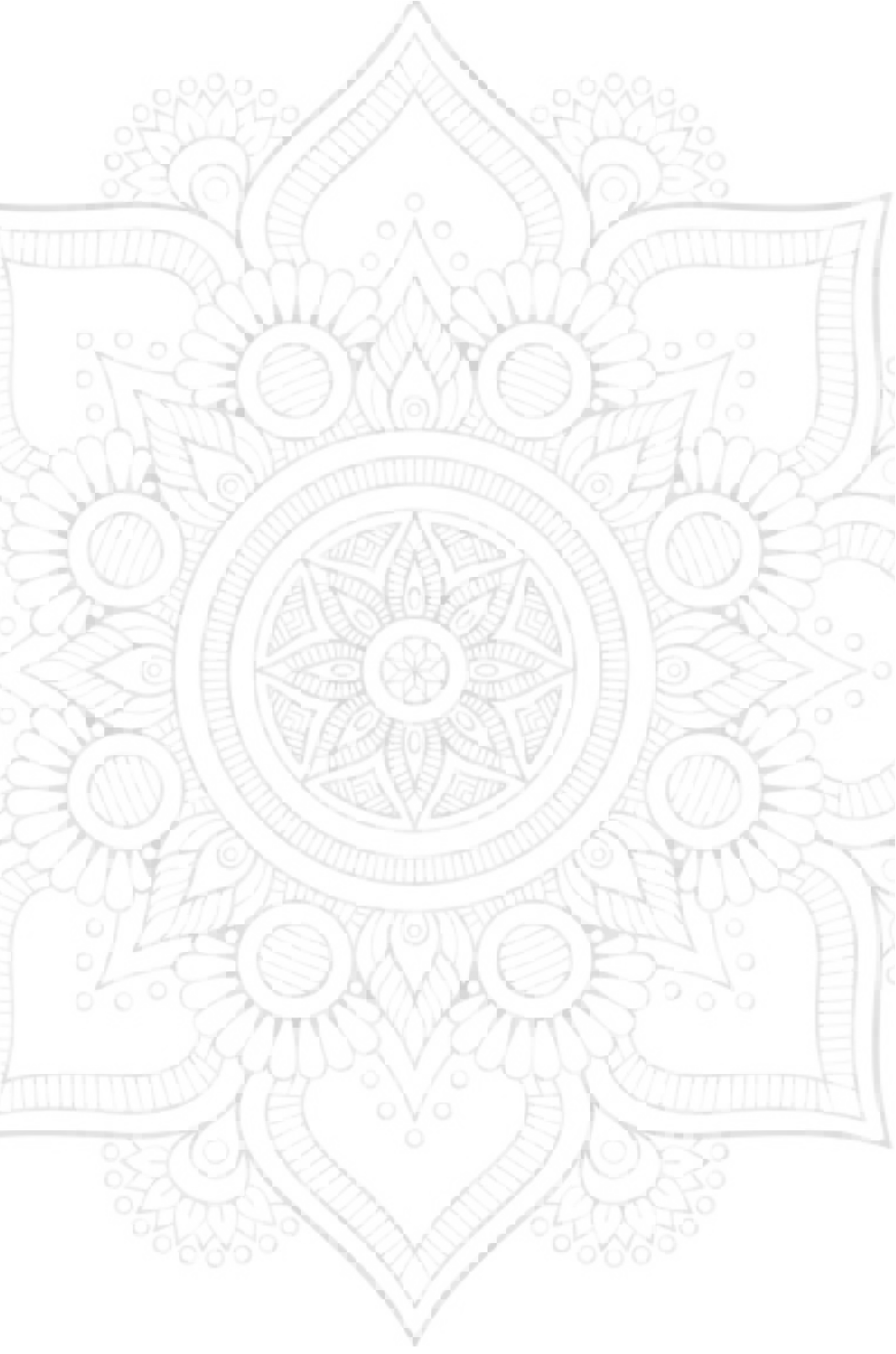
Hoy Paulina cultiva en exterior. Tiene 20 plantas que le alcanzan para el tratamiento de todo el año de Javiera. Con eso prepara macerado, cremas, tintura, resina y supositorios. Para los momentos más extremos, tiene flores listas para vaporizar.

Este tratamiento le cambió la vida a Javiera. Hoy lleva 6 años en este camino y si no lo hubiera empezado, quizás mi hija no estaría o estaría postrada, porque la calidad de vida que tenía era espantosa y la nuestra peor aún”.

“La calidad de vida de todo el entorno familiar es simplemente espectacular. Nunca nos imaginamos que íbamos a encontrar la paz en una planta. Nos ha costado, ya que la Javi es refractaria, nos cuesta encontrar la sepa. A veces estamos muy estables y de pronto ya no funciona y hay que empezar de cero. Aún así vale la pena seguir intentando, todas las veces que sea necesario.

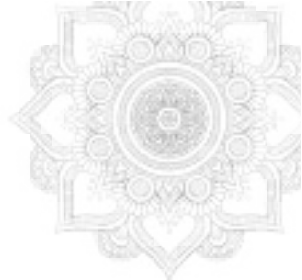
Se que a veces este camino causa temor, sobre todo temor de que nos incauten las plantas. Sin embargo, cuando la medicina tradicional no funciona, el cannabis es una luz de esperanza que se nos ha negado. El mensaje es atrévanse, no hay otro camino”, cuenta Paulina.

Hoy Mamá Cultiva es una fundación con presencia México, Colombia, Perú, Paraguay, Argentina y Chile.



**“Todo parece
imposible
hasta que se hace”**

Nelson Mandela





Relatos de pacientes usuarios de Cannabis Medicinal

Más de veinte mil pacientes han sido acompañados por la Red de Salud Daya en el bello camino del cannabis medicinal, generando vínculos amorosos y colaborativos, compartiendo saberes y experiencias, sufrimientos y también alegrías. Cada uno de ellos es una historia de esperanza y tesón; esperamos se vean representados en esta pequeña recopilación. Bajo la orientación del amor compasivo, la solidaridad y el compromiso de ponerse en el lugar de quien sufre, Fundación Daya, dirigida por Ana María Gazmuri, promueve y difunde el autocultivo medicinal de cannabis, no sólo como un camino para aliviar el sufrimiento, sino que con una profunda vocación de cercanía con el prójimo.